
EL
VERANO
MATA
A.G. Soriano

EL VERANO MATA

A.G. Soriano

Copyright © 2025 A.G. Soriano

All rights reserved

The characters and events portrayed in this book are fictitious. Any similarity to real persons, living or dead, is coincidental and not intended by the author.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

CONTENTS

Title Page
Copyright
Aquella noche de verano
Ocho años después
Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Once
Doce
Trece
Catorce
Quince
Dieciséis
Diecisiete

Dieciocho
Diecinueve
Veinte
Veintiuno
Veintidós
Veintitrés
Veinticuatro
Veinticinco
Veintiséis
Veintisiete
Veintiocho
Veintinueve
Treinta
Treinta y uno
Treinta y dos
Treinta y tres
Treinta y cuatro
Treinta y cinco
Treinta y séis
Treinta y siete
Treinta y siete
Treinta y ocho
Epílogo
Fin

AQUELLA NOCHE DE VERANO

Cada respiración es un martillazo en el pecho, pero no paro de correr. Tengo que escapar de aquí.

Estoy en una forma física pésima y voy demasiado colocado, así que pronto pierdo la respiración y disminuyo poco a poco la velocidad. El aire corta mis pulmones. Es muy tarde. Estoy corriendo por una carretera desierta. A mi alrededor huele a humedad, resina caliente y moho. Lo único que hay a varios km a la redonda son árboles.

Miro detrás de mí para ver si alguien me sigue pero estoy solo. Somos solo el bosque, la carretera oscura y yo.

¿Por qué tengo miedo de que algo me siga? Me da vueltas la cabeza, y no puedo conectar más de tres pensamientos antes de perder el hilo.

Un dolor agudo me atraviesa la rodilla izquierda y bajo la mirada para ver mi pierna. Tengo los pantalones completamente desgarrados y cubiertos de tierra y sangre. Me aparto el flequillo de la cara para ver mejor y entonces noto que mis dedos agarran algo con fuerza.

Miro mi mano sorprendido, es un collar de mujer. Son unas piedras azules jaspeadas, pero el collar está roto y desde luego no es mío. Lo miro confundido. ¿Pero qué diablos le pasa a mis manos? Tengo algo negro pegado, como una costra que se me ha metido bajo las uñas.

Me llevo las manos a la nariz y olfateo una fragancia que huele como a hierro… es sangre. Una sensación conocida de culpa se me clava en el pecho y sube por mi garganta haciéndome gemir.

Una luz brillante me ilumina por detrás. Me doy la vuelta y veo que se acerca un coche. Rápidamente, vuelvo a mirar hacia adelante y sigo caminando como si nada. Salgo del asfalto y camino por la tierra. Escondo mis manos bajo la camiseta y espero que el conductor no se dé ni cuenta de que estoy aquí.

El motor aminora la marcha avanzando lentamente detrás de mí. No dejo de caminar ni un momento. Miro fijamente mi sombra en la carretera, parece la figura de un gigante bajo los faros del coche. ¿Sabrá el conductor lo que me ha pasado? ¿O es un vecino del pueblo que se pregunta qué hago caminando solo por una carretera rural de madrugada?

Yo camino con tensión, pensando seriamente en salir corriendo hacia la espesura del bosque. Entre los árboles, sería más difícil que me den caza.

El coche acelera un poco y ahora está conduciendo a mi lado.

Miro hacia mi izquierda y veo una chica joven al volante. Eso relaja mi tensión un poco. No es mucho mayor que yo, pero sí unos años. Debe tener unos veinticinco o así. No me suena su cara. La chica me observa como si yo fuera un perro callejero abandonado en la carretera.

Me paro y espero a que me adelante, pero no lo hace. Ella también se detiene, y baja poco a poco la ventanilla del copiloto. El pulso me late fuerte en los oídos.

—Oye chaval —me dice con una voz rasgada y cálida—. ¿Necesitas que te acerque a algún sitio?

Yo niego con la cabeza y me quedo donde estoy. Que siga conduciendo.

Ella mira brevemente por el espejo retrovisor y luego me mira de nuevo a mí.

—Anda sube, quedan muchísimos kilómetros hasta el siguiente pueblo. Y está muy oscuro, podrían atropellarte.

Miro sus manos agarrando el volante, y luego yo también miro hacia atrás. Solo puedo ver unos metros y después pura oscuridad.

¿Cuánto tiempo llevaré andando?

—¿Subes? —pregunta ahora con una nota de impaciencia. Es la última llamada. O me subo o me deja en tierra.

Observo su rostro, tiene unos ojos muy expresivos, redondos y atentos, como de búho. Tiene el pelo castaño recogido en una pinza y viste una camiseta blanca ancha que le llega al menos hasta las rodillas. No hay nada en ella que parezca mínimamente amenazante o perturbador. Aunque debe estar pirada. Una chica como ella no debería recoger desconocidos en la carretera en mitad de la noche. No tiene ni idea de lo que son capaces de hacer algunos tíos de madrugada cuando no hay nadie mirando.

Quizás sea mejor que me suba. Quiero alejarme cuanto antes de aquí.

Guardo discretamente el collar de piedras azules en el bolsillo de mis pantalones, me siento en el asiento del copiloto y cierro la puerta.

Ella me mira de arriba abajo examinando los pinchos que llevo de pulsera, los tatuajes de mis brazos y por último sus ojos se fijan en mis manos ensangrentadas y abre los ojos de par en par.

—Me he caído andando en el bosque —le digo con el tono más inocente que consigo sacar—. Pero ya no estoy sangrando, simplemente no he podido limpiarme las manos. No es para tanto…

Meto las manos debajo de la camiseta para que no tenga que verla, pero lo cierto es que la sangre me llega hasta arriba de las muñecas. Es difícil de ocultar.

Ella traga saliva y vuelve a mirar hacia la carretera. Creo que lo de la sangre la ha asustado mucho. Probablemente ya se está

arrepintiendo de haberme dicho que suba. Seguro que está pensando en estos momentos que soy raro y peligroso. Está pálida como una sábana.

—Me llamo Saúl. Muchas gracias por llevarme —le digo. Hago un gran esfuerzo por sonreír.

A ella parece que le gusta, porque me devuelve una sonrisa tímida y contesta:

—No es nada, yo me llamo Lucía. ¿Dónde quieres que te deje Saúl?

Miro el reloj de su coche, son las 4:25 de la madrugada. Lucía suelta el pedal del freno y el coche comienza a avanzar por la carretera.

—Pues… ¿tú para qué dirección vas?

—Yo estoy yendo para Málaga.

Esta vez soy yo el que me sorprendo y levanto las cejas.

Del Alto Tajo hasta Málaga, debe haber más de quinientos kilómetros. Pensaba que iría a Guadalajara, o a Madrid como lejos.

—¿Y sales tan temprano?

—Sí, bueno… es que tengo que estar allí a las diez. Y Málaga queda tela de lejos de aquí.

Noto ahora que esa calidez en su forma de hablar, igual es por su acento andaluz. Miro a través de la ventana los pinos y encinas tan característicos de esta tierra.

—Oye Lucía y… ¿Puedo ir contigo hasta Málaga? —le pregunto.

Ella me mira de nuevo con escepticismo.

—¿Lo dices en serio? ¿Quieres ir hasta Málaga? ¿Para qué?

—Puedo pagarte eh, eso no es problema. Es que quiero un cambio de aires. He tenido una pelea con mis padres… y necesito empezar de cero en algún otro sitio. Málaga suena bien…

—Ya… —la chica parece un poco dudosa—. ¿Y no prefieres que te deje en el hospital de Guadalajara para que te miren eso?

—No, esto solo han sido unos raspones sin importancia.

Ella asiente con la cabeza.

Creo que no le hace gracia tener que llevarme tan lejos. De aquí a Málaga debe haber unas cinco horas en coche por lo menos. Seguramente ella pensaba dejarme en la primera zona poblada que viera. Pero creo que ahora no se atreve a decirme que no. Parece demasiado educada para hacerlo. Creo que mi sangre la incomoda, a mí también. Quizás cuando paremos en una gasolinera, pueda revisarme bien la herida de la pierna y lavarme la sangre de las manos.

Quizás debería llamar a mis padres y decirles que me voy… aunque para qué, ni se van a dar cuenta de que me he ido. ¿Cuándo ha sido la última vez que los he visto?

—¿Qué día es hoy? —le pregunto a Lucía.

Ella frunce el ceño y me mira de reojo a través del retrovisor.

—Es viernes, treinta y uno de agosto… de dos mil dieciocho, por si tampoco tienes claro el año.

¿Viernes? Discutí con mis padres el lunes, justo después de que volviera de los dos primeros días de fiestas en el pueblo. Mi padre se cabreó porque me pilló una piedra de costo en el bolsillo. Nos gritamos de todo. Siento una arcada en el estómago. No recuerdo qué más ha pasado en esta semana de fiestas, no puede ser que ya estemos a treinta y uno y ya hayan terminado. He perdido casi una semana entera de vida.

¿Llevaría algo malo el costo que compré? He visto a Tony desmayarse por fumar maría cortada con coca. Y yo ahora mismo siento como si una batidora me hubiera destrozado parte del cerebro. Miro a través de la ventana, ¿qué diablos hacía yo andando por esta carretera?

OCHO AÑOS DESPUÉS

UNO

Hago a un lado los posavasos y extiendo el plano donde he dibujado mis ideas. El plano son sólo dos hojas *A4* unidas con cinta adhesiva. No es que coincida del todo con el plano del *pub*, pero creo que Lucía entenderá más o menos lo que tengo en mente.

Los dos queremos un cambio radical para este lugar, tanto en el menú, como en la decoración. Este sitio tiene una ubicación excelente, pero tenemos que modernizarlo para competir con otros *pubs* que están abriendo empresarios extranjeros por la zona.

Todos los viejos muebles de color oscuro tienen que desaparecer, de la misma forma que esas lámparas tan feas del siglo pasado.

—He encontrado unos sillones en internet que son justo como los que hablamos, de un tono azul profundo, y podríamos ponerlos aquí y aquí. Y si quitáramos este pequeño tabique todavía nos cabría otro más aquí.

Lucía mira mi boceto y luego mira alrededor del pub, como tratando de visualizar mi idea. Como no hay muchos clientes en el bar en este momento, es más fácil visualizarlo.

He planeado un pequeño espacio para un escenario y que haya música en directo. Queremos hacer un micro abierto, he cogido algunas buenas ideas viendo bares de moda en Singapur. Ahora las actuaciones espontáneas de clientes están en alza, captan la atención de los turistas y se viralizan muy rápido en *TikTok*. Estoy seguro de que con estos cambios el *pub* va a pasar de ser uno más dentro del paseo marítimo, a convertirse en el más popular de la ciudad.

Pero Lucía no parece del todo convencida. Cuando está tensa o concentrada, tiene la manía de poner morritos de pato y apretarse los labios entre el índice y el pulgar. Y ahora lo está haciendo. Espero que no esté tan callada porque le parezca que mi distribución es horrible.

—Sí, me gustan los sillones en esta zona, porque da bastante luz, y podemos liberar esta parte para poner un par de mesas más —dice mientras le da un trago a su taza de café.

Sonrío de verla participar al fin. Sus bonitos ojos color miel están un poco enrojecidos por el sueño, pero aún así tiene buena cara. Es lo que tiene ser la mujer más guapa de la ciudad, que ninguna mala racha puede cambiarlo.

Su cabello castaño sigue tan aleonado como cuando la conocí. Me encanta cuando lo lleva suelto y le cae salvaje por los hombros, pero con los treinta y cinco grados de media que están haciendo en Málaga este verano, lo lleva todos los días agarrado con una pinza.

—¿Y qué son esos puntitos de aquí? —Lucía señala los pequeños círculos que he dibujado sobre el papel.

—Pensé que podríamos poner unos ojos de buey en las paredes. Para darle un toque marino pero muy discreto. Eso combinaría con los platos de pescado que vamos a incluir en el menú.

A Lucía le encanta la cocina con productos del mar y yo también he descubierto un gran amor por esta cocina. Para mí el mar evoca paz y libertad, y estos son también conceptos que queremos aportar al nuevo bar.

Hace ya unos años que los dos bares que gestionaban los padres de Lucía han pasado a estar bajo su gestión. Se trata de un restaurante en el centro de comida tradicional y este pub en la zona portuaria, enfocado más a la música y la bebida. Hasta ahora, hemos estado ofreciendo comida muy poco interesante aquí, fritos mayormente. Patatas, calamares, croquetas y cosas así. Pero vamos

a sofisticar un poco los platos porque cada vez vienen más turistas *gourmet* dispuestos a cenar bien en esta zona.

Ahora que los padres de Lucía se han decidido a vender el piso que no usan, va a recibir una buena inyección de dinero con el que dar un lavado de cara a este sitio.

Pero la verdad es que creo que Lucía está más unida a este local de lo que quiere reconocer y le da bastante pena tirar parte de los recuerdos que ha hecho en este lugar. Al fin y al cabo no son pocas las veces que me ha hablado de los momentos especiales que ha vivido en este sitio con su familia y amigos.

—Si es demasiado pronto para ti dímelo, no quiero meterte prisa con la reforma.

—No, no pasa nada. Después de todo fue idea mía hacer algunos cambios. Pero ahora mismo todavía estoy concentrada en conseguir vender la casa de mis padres. Como aún no tengo el dinero en el banco, me cuesta ponerme a imaginar ya cómo será la reforma.

—Bueno… yo solo te voy a ir soltando algunas sugerencias de vez en cuando porque voy mirando cosas por internet cuando me aburro. Pero no hay ninguna prisa.

Aunque en realidad, si por mí fuera empezaríamos de inmediato. Este proyecto me ilusiona de verdad. Soy el encargado del *pub* La Lagartija desde hace cinco años. El que está aquí día a día peleando por que salgan los números en verde a final de mes. Y ya lo siento en parte como mío. Tanto Lucía como sus padres me acogieron desde el primer día que llegué a la ciudad y me dieron un trabajo y una nueva oportunidad. Estoy preparado para dejarme la piel por levantar este negocio. He estado mirando ideas de decoración en internet de forma compulsiva durante las dos últimas semanas.

—La verdad es que creo que tu sugerencias son muy acertadas —me dice—. Tienes un don para esto de la decoración. Aunque luego en tu casa no lo muestras tanto eeeehhh...

Me dice en tono de broma mientras me da un suave pellizco en la mejilla. Me gusta tanto ese contacto que me da pena lo breve que es. Su broma viene porque en mi casa soy muy austero. Tengo los mismos muebles cutres que venían con el piso cuando lo alquilé. Ni he comprado muebles nuevos, ni elemento decorativo alguno. Lucía siempre le dice a la gente que me encontró echo un monje asceta en mitad de la meseta con un taparrabos. A la gente le hace mucha gracia esa historia.

Prefiero que la gente piense eso. Que crean esa mentira. La propia Lucía no sabe nada real sobre cómo era yo aquella noche en la que me recogió en la carretera. Si lo hubiera sabido, probablemente habría preferido atropellarme antes que recogerme. No puedo ni imaginarme la reacción de Lucía si se enterara de cómo era yo antes de venir aquí. Pero no se va a enterar.

Pongo una mano sobre su antebrazo.

—De verdad que solo lo he nombrado porque me gusta pensar en ideas, pero no quiero agobiarte.

Ella pone su mano sobre la mía y me roza la muñeca con su pulgar. Dura solo un segundo, pero enseguida empiezo a notar ese hormigueo en el estómago. La miro a los ojos y ella es la primera en apartar la mirada. Creo que está un poco ruborizada, aunque de todas formas hace bastante calor.

—Calla anda, si tú solo me ayudas. No sé qué haría yo sin ti Saulito…

El comedor empieza a llenarse poco a poco a medida que se acerca la hora de cenar y tomar algo. Me fijo en uno de los hombres que acaba de entrar. Me llama la atención porque va vestido con pantalones y chaqueta de cuero negro con los treinta graditos de nada que dice que hay el termostato a esta hora. El hombre se quita la chaqueta y toma asiento en una de las mesas que hay junto a la ventana desde la que se puede ver el paseo del puerto.

Su mirada se dirige de la ventana hacia la mesa donde estoy sentado con Lucía. Veo sus ojos oscuros recorriendo su cuerpo antes

de dirigirse hacia mí y mirarme fijamente durante varios segundos.

Lucía empuja su silla hacia atrás con pereza, recoge su taza de café vacía y se levanta.

—Es hora de ponerme en marcha. Porque como no empiece ya a limpiar no termino nunca. ¿Podréis arreglaroslas esta noche sin mí? —me pregunta.

—Sin problemas, vete tranquila. Lo tengo todo controlado. ¿Pero no dijiste que los de la agencia inmobiliaria vendrían la semana que viene?

—El lunes, sí. Pero uy tú no sabes la de muebles y trastos que hay en esa casa. Ahí hay trabajo para no levantar cabeza en todo el fin de semana. Y todavía tengo que limpiar el garaje y el sótano… así que mejor que empiece ya.

—Yo no tengo nada planeado para este fin de semana. Si quieres podría ayudarte unas horas por las mañanas antes de abrir.

—Hombre, sería un detallazo por tu parte yo ni me atrevo a pedirte una canallada así —dice riendo—. No quiero fastidiarte el finde, pero oye, tú siéntete libre de hacer lo que te nazca. Si ves que te aburres ya sabes dónde está la casa. Allí estaré.

Ella se acerca y me planta dos besos en la cara y un abrazo y se va sonriendo hacia la cocina. La verdad es que me encanta la compañía de Lucía, y al fin y al cabo si no vacía esa casa de trastos no podrá venderla y obtener el dinero que necesitamos para la reforma de La Lagartija. Así que ya estoy convencido de que iré a ayudarla a limpiar el sábado y el domingo.

Me pongo a doblar mi plano y dejo la mesa lista para que la use algún cliente. Al levantarme, mi mirada se dirige hacia el hombre de la ventana. Su calurosa chaqueta está apoyada en el respaldo de la silla vacía que tiene al lado. Debajo lleva una camiseta negra de manga corta muy ajustada. Marca bien sus pectorales y sus bíceps, pero su musculatura no me parece natural. Yo también voy al gimnasio y ese tipo de cuerpos los tienen los tíos que se meten

ciclos. Ha abierto el menú, pero me está mirando a mí tan fijamente como si yo fuera uno de los platos disponibles.

DOS

Desde que este hombre ha entrado al *pub*, tengo un muy mal presentimiento. Su mirada, la mezcla de chulería y codicia en sus ojos, por alguna razón me pone nervioso.

Normalmente no me importa que los clientes me observen mientras sirvo las mesas. Muchas veces me miran con atención, observando cada uno de mis movimientos o estudiando mi rostro a fondo mientras les tomo nota. La mayoría de la gente ni siquiera es consciente de lo penetrante que es su mirada, a veces parece que miran a través de las personas que trabajamos cara al público como si fuéramos parte del mobiliario. Pero con él, es diferente. Me ha estado observando toda la noche como si fuera un animal al acecho.

Me recompongo y llevo la nota con los pedidos de comida al cocinero.

—Estos son los últimos de hoy, y ya acabamos —le digo y corto la nota en la barra y la pongo sobre el mostrador.

—Bien —dice pasándose el pañuelo por la frente—. Porque estoy reventado. Aunque todavía tengo que revisar los pedidos de comida para mañana.

—Puedo hacerlo yo mañana, no te preocupes. Vendré un poco antes.

—Gracias Saúl tío —dice tendiéndome una mano que yo le aprieto.

—De nada.

Me cae bien Pedro. Aunque nuestras conversaciones son mayormente superficiales y él parece un *bulldog* de tamaño

humano, sé que bajo esa apariencia se esconde una persona muy sensible. Aunque tampoco le gusta demostrarlo a menudo.

Vuelvo a la barra, cojo una jarra del estante y sirvo la cerveza que me acaba de pedir el desconocido intensito del cuero.

A través de los altavoces del *pub* suena *Sky and Sand* de Paul Kalkbrenner, mezclándose con el parloteo de la sala. (Escanea este QR para escuchar la canción)

Mi mirada se dirige automáticamente al hombre vestido de cuero. Ahora está mirando a través de la ventana hacia la noche, mientras su dedo parece rascar distraídamente la mesa. Lleva el pelo engominado, por lo que lo hace parecer aún más oscuro. Calculo que es mayor que yo, pero no creo que llegue a los cuarenta. Lleva un pendiente colgando de la oreja y en el brazo tiene un tatuaje que le cubre todo el bíceps. No se ve bien lo que es pero percibo unas llamas.

La verdad es que hace años yo me esforzaba mucho en parecerme a este tipo de tío. Sonrío al recordar con un poco de vergüenza lo mucho que me atraían los tatuajes y los piercings cuando era adolescente. No es que les vea nada de malo en otra gente, pero yo me tatuaba porque quería parecer un tipo duro. Me gustaba esta estética que decía: cuidado conmigo, soy un tío chungo. Un verdadero macho. Y es sin duda lo que me transmite este tío que está sentado en la mesa. Aunque soy consciente de que la mayoría de las veces es solo estética, no hay ningún peligro detrás de la gente que viste así.

Intento olvidarme de mi absurdo yo adolescente y coloco la jarra en la bandeja con las otras bebidas. Llevo los pedidos a las mesas y bromeo con los otros clientes. Nunca me olvido de sonreír y de hacerles algún comentario gracioso si surge la oportunidad. Pero aunque me centro en mi trabajo, noto clavada en mi nuca la mirada del hombre de la ventana.

Ya solamente me queda la jarra con su bebida. Si tuviera a alguien a quien pedirle que lo atienda, se lo pediría con gusto. Una parte de mí quiere ir a la cocina y decirle a Pedro que si quiere llevarle la bebida a un cliente porque a mí me está dando mal rollo. Pero paso, porque se va a reír de mí y si se lo cuenta a Lucía voy a quedar como un pringado. Además, es que no hay ninguna razón para que me dé miedo un desconocido que no me ha hecho ni dicho nada. Ni siquiera entiendo mi propia reacción, no soy de los que se asusta fácilmente. Para nada.

Enderezo los hombros, me deshago de la sensación opresiva y le llevo la jarra de cerveza a la mesa.

—Aquí tienes —le digo con una sonrisa amistosa y me intento marchar de inmediato.

Pero antes de que pueda apartar la mano sus dedos me agarran del antebrazo. Me agarra tan fuerte, que los siento hasta los huesos. Me quedo mirando fijamente sus ojos oscuros, casi negros. Cuando habla, su voz suena tranquila y peligrosamente áspera.

—Espera ¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí?

Yo me aclaro la garganta.

—Unos años —le digo.

—¿Cuántos años?

Me paro a hacer los cálculos, pero apenas puedo concentrarme porque está mirándome de esa manera que no soporto.

—Ocho.

Él levanta la comisura de la boca y me mira con desdén. No entiendo ni por qué quiere saberlo ni por qué me mira de esa manera tan desafiante desde que ha entrado. Con una calma aterradora, mantiene su mano sobre mi antebrazo durante demasiados instantes antes de soltarme.

Cuando recupero mi mano, la froto presionándola contra mis vaqueros de forma discreta pero con firmeza. Quiero deshacerme de la asquerosa sensación que me ha provocado su contacto.

—¿Y por qué me lo preguntas?

—Lo quería saber —su sonrisa se ensancha como la de un perfecto imbécil.

Yo me obligo a sonreír también.

A veces te encuentras personas realmente raras cuando trabajas en un bar. Una voz en mi cabeza me exige que me vaya cuanto antes, así que me doy la vuelta y por fin puedo tomar aire. Una fina capa de sudor me cubre la frente. No sé por qué estoy teniendo esta reacción tan visceral. Creo que es porque él intenta intimidarme.

Camino hacia la barra sin mirar atrás. Quizás simplemente sea eso, quizás es uno de esos tipos duros que disfruta intimidando a la gente. Lo sé porque yo también tuve una época en la que me gustaba intimidar a la gente y que pensaran que era el más malo.

Cuando llego a la barra mi corazón sigue latiendo de forma exagerada. Me golpea las costillas, casi siento como si fuera a darme un ataque al corazón. Abro el cajón, saco un cuchillo de grandes dimensiones y luego cojo un limón del frutero y lo parto por la mitad. Una mujer rubia y con un corte *bob* que viste una blusa negra bastante elegante, se sienta en la barra y me mira.

—Buenas, ¿qué te pongo? —le pregunto. Mi voz suena demasiado aguda. Respiro hondo para tranquilizarme.

Ella niega con la cabeza.

—Estoy servida gracias, solo me he acercado a la barra para charlar un rato.

Le sonrío casi agradecido de que me distraiga del tío de la ventana. Lo de que venga gente a la barra a contarme su vida es algo muy habitual, a veces me molesta, ahora mismo para nada.

—¿Eres de la ciudad o estás de visita? —le pregunto porque no me suena haberla visto nunca por aquí.

—Estoy de visita en la ciudad temporalmente para encargarme de un par de recados.

—Ya veo.

Mi mirada se posa en una especie de pluma negra que lleva como broche en el pelo. Algo en ella me está irritando también, pero no sé el qué.

La veo echar un vistazo alrededor del bar antes de volver a centrarse en mí. Se inclina un poco sobre la barra para decirme en tono confidencial:

—Ese tío de ahí parece un poco peligroso.

Instintivamente, miro al desconocido de la ventana y veo a Pedro, el cocinero, que ha salido de la cocina para llevarle su plato. Un filete de lomo con patatas y queso fundido. Uno de nuestros platos más pedidos. Me vuelvo rápidamente hacia la mujer.

Estoy a punto de decirle que no tiene por qué pero la mujer se inclina más hacia mí y baja más el tono de voz como para que nadie nos oiga:

—Que sí, que me he fijado desde que he entrado. A ese le pasa algo.

Yo dejo el cuchillo sobre la barra y me giro de nuevo a mirarle. Pedro sigue de pie junto al hombre. Están charlando como si nada. Por los gestos de sus manos, están teniendo una conversación informal y relajada sobre cualquier tema. No parece que estén hablando sobre nada raro, ni sobre mí.

—Conozco a hombres como ese— continúa la mujer—. Esos tipos nunca tienen suficiente de ti. Nunca les va nada normal, solo las mayores perversiones.

Yo aprieto los labios sin saber qué decir. No sé si me está hablando de una vivencia personal o de qué. Asiento con la cabeza como para coincidir con ella y cojo un trapo para limpiar un poco la barra.

—Y si no tienes cuidado, te roban el corazón y luego te lo rompen —me mira con una mirada significativa—. Deberíamos matarlo antes de que pueda hacérselo a alguna chica inocente.

Se me congela la mano con el trapo en el aire. Tengo que forzar los músculos de mi cara para no torcer el gesto porque me imagino que esta mujer no lo ha dicho en serio. Debe de ser una de esas personas que no saben hacer bromas sin incomodar al resto.

—Deberíamos simplemente ignorarlo —sugiero dejando el paño de cocina. Comienzo a meter botellas de refresco en el frigorífico para reponerlo.

Pero este plomo de mujer, no deja de estar inclinada sobre la barra como si estuviera muy interesada en seguir con esta conversación.

—¿Alguna vez has visto morir a alguien?

Una parte de mí quiere cambiar de tema pero ya. ¿Por qué no puede venir gente normal a hablar de temas normales como el horrible calor que hace este verano. O que me cuente qué narices ha venido a hacer a esta ciudad. ¡Lo que sea! pero cosas normales por Dios.

—No —le contesto con voz tajante. Y espero que note en mi tono rasposo que no es una conversación que me parezca agradable.

Ella me sigue observando en silencio mientras meto más refrescos en la nevera. Luego por el rabillo del ojo veo que se está

inspeccionando sus uñas rojas. Son largas y de un color brillante. Un poco demasiado afiladas en la punta. Más que uñas son garras.

—Yo creo que morir no es lo peor. Yo creo que lo malo es todo lo que pasa antes de morir. Sobre todo el momento en el que te das cuenta de que vas a morir y de que ya no hay nada que puedas hacer por salvarte… ese miedo, agonía y soledad que se experimentan durante los instantes previos a la muerte deben ser lo peor.

Yo levanto la vista y la mujer me está mirando con tanta intensidad que se me erizan todos los pelos de la nuca.

De repente sonríe.

—No quería asustarte.

Yo le devuelvo la sonrisa.

—No me has asustado.

En realidad lo que me sorprende es la naturalidad con la que habla de este tema. La verdad es que a mí también me gustaba mucho hablar sobre la muerte y sobre todo este tipo de temas violentos. Pero eso ya pasó, esa clase de charlas forman parte de la rebeldía de la adolescencia. A esa época en la que eres demasiado joven como para valorar realmente lo que es la vida. Ahora soy un adulto. Y a los adultos, no nos gusta pensar en la muerte, lo que queremos es alejarnos de ella.

La mujer se gira hacia el hombre de cuero. Yo estoy a punto de volver a mirarlo también, pero entonces ella se vuelve de pronto e intercepta mi mirada con intensidad. Hace incluso un gesto con la mano para captar mi atención.

—Dime cómo lo matarías, venga.

Yo me estremezco al escuchar la pregunta.

—¡Que no le mataría! —le contesto irritado.

—No te estoy preguntando si lo harías o si no lo harías. Te estoy preguntando cómo lo harías. Cómo matarías tú a un hombre

tan grande y fuerte como ese. Por ejemplo, podrías envenenarlo. Le metes unas gotas de algún desinfectante que tengas en su próxima jarra de cerveza. Aunque es difícil matar con dosis bajas de detergente que no sean detectables en el alcohol, tiene que haber una forma más rápida y segura de que alguien pequeño como yo pueda matar a ese tío, pero no se me ocurre.

—Una puñalada directa al corazón antes de que le dé tiempo a darse cuenta de que vas a atacarle —digo casi sin pensar, como si fuera una de esas respuestas de *Pasapalabra*.

"Por la C, cómo matar a un hombre que pesa más de noventa kilos de músculo"

La mujer mira de reojo el cuchillo que está sobre la tabla de cortar al lado del limón que he cortado.

—Pero nunca en serio —digo de inmediato—. Lo he dicho por decir, es un juego un poco tonto la verdad. Nadie tiene derecho a decidir sobre la muerte de otra persona.

—Claro que no, no, no no… —su voz es apenas un suave susurro con un matiz de sonrisa. Aparta la vista del cuchillo de la barra y se levanta del taburete—. Me vendría bien un *vodka* con hielo ahora mismo.

Dicho esto, se da la vuelta y la veo dirigirse a otra de las mesas de la ventana.

—Ahora te lo llevo...

Mecánicamente, cojo un vaso del estante y agarro las pinzas de hielo para pescar alguno del cubo.

Joder, pero qué tía tan rara.

Es como si toda la gente que da mal rollo en la ciudad, hubiera decidido pasarse por aquí hoy a hacerme el turno infernal. Esa mujer no tiene pinta de tener quince años como para andarse con estos jueguecitos de mierda. Y encima quiere un *vodka,* se va a poner más fina todavía.

Vierto el *vodka* en el vaso y me dirijo hacia su mesa.

Ella se ha sentado a dos mesas del hombre vestido de cuero, el cual veo que ya se ha terminado su plato y vuelve a mirarme. Yo coloco el vaso delante de la mujer que ha elegido sentarse cara a cara a él y vuelvo a la barra.

Sigo reponiendo las neveras de latas de refrescos mientras miro por el rabillo del ojo a la pareja. Él parece que está moviendo la cabeza como si negara. Aunque esta vez no parece estar pendiente de mí, sino de ella.

—Bueno, voy a limpiar lo que me queda de la cocina y me marcho ¿tú echas la llave no? —escucho la voz de Pedro detrás mía, su voz suena como si estuviera distante.

Yo asiento con la cabeza.

Él me coge del hombro y me lo aprieta un poco para reconfortarme, un gesto que hace a menudo cuando me ve con el gesto serio.

—¿Todo bien por aquí Saúl?

—Eh sí… —él mira alrededor del *pub* y ve que solamente quedan dos personas. El hombre y la mujer.

—¿De qué estabas hablando con ese hombre? —le pregunto.

—De muchas cosas, no sé. De cómo van las cosas en el *pub*, de que pasa por esta zona… nada especial.

—A mí me ha preguntado cuánto tiempo llevo trabajando aquí.

Pedro levanta una ceja.

—Joder, a lo mejor es uno de esos agentes encubiertos de inspección. A veces los mandan sin avisar y vestidos como un ciudadano normal. ¿Te imaginas? Aunque ese normal, normal, no va. Con el calor que hace se va a tener que quitar los pantalones con espátula—Pedro se abanica con el menú—. Como sea un inspector,

yo le he soltado con toda tranquilidad que nos falta personal, y que yo estoy esclavizado en la cocina.

Tiene razón, ese tío podría ser hasta un inspector. La verdad es que no sé porque me siento así hoy.

—Por cierto, mi mujer se lleva a los niños este fin de semana al pueblo y yo me quedo aquí. Mi mujer me ha dicho que quiere que organice cenas, que vaya al cine, pero que siempre en compañía y que le mande muchas fotos. Me quiere tener controlado —comenta en tono jocoso—. Así que he pensando que podríamos ir a tomar algo mañana al centro, que hay un bar que me han hablado muy bien de él y así podemos ir a coger ideas. Tú, Lucía y yo. ¿Te hace?

—Me parece que este fin de semana no va a ser posible. Porque Lucía quería arreglar el sótano de su casa este fin de semana antes de que venga el agente inmobiliario a tasarlo. Y yo es que me he ofrecido ayudarle.

—Ah bueno, pues sin problema —dice y me hace un saludo con el pulgar antes de darse la vuelta. Quiere huir antes de que le sugiera que él también puede apuntarse a limpiar el sótano.

Pedro vuelve a la cocina y yo le escucho mover cosas ahí dentro. Sigo recogiendo y limpiando sin que pase nada extraño. Abro la caja registradora para coger el dinero y por el rabillo del ojo veo que el hombre me está sonriendo. Cuando termino, me acerco y le digo que vamos a cerrar ya y él se levanta y sale del bar como si nada.

La mujer lo mira irse y luego se levanta también y empieza a estirar los brazos y la espalda como si se acabara de despertar de una gran siesta. Cojo el dinero que ambos me han dejado sobre el plato y voy hacia la caja para meter los billetes. Noto una presencia tras de mí, y al darme la vuelta, veo que la mujer ha vuelto otra vez a la barra. Me sorprendo tanto que hasta estoy apunto de chillar. Pensaba que ella también se marcharía al levantarse.

—¿No te parece raro que se haya ido así como si nada? —me pregunta.

Trago saliva y solo me sale decir.

—No sé. Creo que es lo normal. Le he dicho que íbamos a cerrar.

Ella sonríe.

—Bueno, al menos así ya no tenemos que tenerle miedo.

—Sí —le digo con la voz entrecortada. Aunque en este momento casi me da más miedo esta tía que el que se acaba de ir. Hay algo en su expresión muy inquietante, como cuando miras una de esas imágenes de un humano hecho con inteligencia artificial. Es como si le faltara algo, el alma, la humanidad.

—Buenas noches, gracias por todo —me dice guiñándome un ojo.

Y siento un enorme alivio cuando la veo que se va por fin.

Permanezco en silencio, asegurándome de que se ha ido de verdad. Luego recojo las mesas, tiro el *vodka* que no se ha terminado en el fregadero y pongo el lavavajillas. Suspiro aliviado de que este día haya terminado sin sobresaltos.

Cuando termino todas mis tareas rutinarias, cojo mi bolsa y veo que tengo la cartera, llaves y todo y apago las luces. Salgo del pub. Al cerrar la puerta oigo un crujido a mi lado. Me doy la vuelta y miro los arbustos que bordean el pub. Las farolas bañan la acera con una luz anaranjada. Una brisa trae olor a mar. Hace calor, pero es tarde y no es agobiante. La calle está vacía, probablemente solo era el viento susurrando entre las hojas. Esta zona del paseo está muy tranquila a estas horas, los turistas van hacia la zona de pubs que siguen abiertos varias calles más arriba. Aun así, me quedo unos segundos en silencio intentando advertir algún movimiento más, pero cuando ya no noto nada raro decido irme.

TRES

Duermo profundamente toda la noche y cuando abro los ojos, mi cuarto está completamente oscuro.

Solo los números rojos brillantes de mi despertador me indican que son las 5:34 AM. Es demasiado pronto, pero aún así me sorprende que haya tanta oscuridad fuera cuando miro a través de la ventana. Quizás mi despertador esté roto. Busco a tientas la lámpara de noche y la enciendo. Miro hacia mi ventana y me sobresalto al ver que las cortinas están cerradas. Eso me despierta por completo, ¡yo jamás cierro las cortinas!

Sobresaltado, miro a mi alrededor con atención, sintiendo mi corazón bombeando en el pecho. Tan silenciosamente como puedo, salgo de la cama y dejo la luz encendida de la habitación. Me dirijo al pasillo, luego a la cocina bañada por el crepúsculo azul. Todo parece igual que siempre: la mesa del comedor está en su sitio con su frutero en el que solo hay un par de naranjas algo pochas. Todavía tenso, me detengo en seco. La ventana de la cocina está completamente abierta.

La dejo entornada en noches calurosas como esta para que entre la corriente y para que el olor a humedad que tiene impregnado el apartamento desde que me mudé se difumine un poco. Nunca jamás en toda mi vida he abierto tanto la ventana de la cocina ni he cerrado las cortinas de mi dormitorio. Dejo la ventana como la pongo yo siempre y echo un vistazo al patio interior al que da. No veo nada fuera de lo normal, aunque en teoría, es muy posible que alguien entre al piso por aquí.

Camino con cautela hacia el salón pero no parece haber nadie dentro. Piso algo en el suelo que parece papel. Enciendo la lámpara

del techo para ver mejor y mientras mi mente asimila la situación que tengo delante jadeo con fuerza.

Todo el suelo está cubierto con escritos míos que yo tenía bien guardados en un cajón. Sin duda alguien ha estado en mi apartamento. Siento como si me arañaran la piel de todo el cuerpo. ¿Y si el intruso sigue aquí? ¿Y si está escondido?

Veo que la cortina que da al balcón hondea y corro hacia la terraza y observo fuera.

Alguien ha roto el móvil de cristal que colgaba en mi terraza y que me trajo Lucía de recuerdo de un viaje que hizo a Mallorca el año pasado. Está en el suelo hecho añicos con el pez de cristal roto. La ira me invade ahuyentando momentáneamente el miedo. Pero me la trago y cierro la puerta de la terraza.

Camino sigiloso hacia la cocina y cuando cruzo el pasillo noto como me tambaleo al notar que la puerta del baño está cerrada. Un pensamiento paranoico o quizás un presentimiento me invade. ¿Cerré yo la puerta del baño?

Cojo el paraguas apoyado en la entrada y avanzo con él por el pasillo deteniéndome unos segundos para escuchar el silencio.

Me acerco de puntillas, agarro el pomo del baño con la mano libre con todos los tendones en tensión. Tomo aire y abro la puerta de golpe sosteniendo el paraguas como un bate de béisbol. Observo mi cuarto de baño de azulejos blancos.

Nada, solo hay una toalla en el suelo. Pero es posible que se haya caído ella sola desde su gancho, a veces pasa.

Con la punta del paraguas aparto la cortina de la ducha y me alivia ver que tampoco hay nadie dentro. Salgo de nuevo al pasillo y dejo la puerta cerrada. Me armo de valor y entro en la habitación contigua comprobando cada rincón.

Aquí tampoco hay nadie. Es un segundo dormitorio donde guardo algunas cosas.

Reviso el armario aparto las sábanas de la cama y echo un último vistazo debajo de la cama. La idea de que el intruso esté aquí todavía observándome me inquieta, pero es que mi piso es muy pequeño y no hay más sitios donde esconderse. Vuelvo a mi habitación, abro las cortinas y camino hacia el salón seguro de que no puede haberse escondido en ningún otro sitio.

Me detengo en la puerta del salón y observo las hojas escritas esparcidas por el suelo. Las escribí yo mismo, pero me inquieta la forma en las que las ha dispuesto en el suelo. Como si las hubiera puesto de esa forma para mostrarme algo sobre mí mismo.

Durante mis primeros meses en Málaga, plasmé muchos de mis antiguos pensamientos y de mi antigua vida en todos estos poemas y escritos. Lucía me recomendó que fuera al psicólogo, porque me veía siempre alterado y con ansiedad. Aquellas visitas al psicólogo no me ayudaron mucho, porque no conseguí abrirme. Pero el médico me recomendó la escritura terapéutica. Me dijo que a veces es más fácil abrirse delante de un papel que de otras personas. Así que lo probé.

Hay entre veinte y treinta papeles esparcidos por el suelo. Escribir estas cosas, fue una forma de poner mi antigua vida y mi antigua personalidad en otro lugar que no fuera dentro de mí. Y cuando vi lo que era plasmado en estas hojas de papel, ya nunca más quise ser la misma persona que era en esos escritos.

Nunca he querido volver a mi pueblo, ni contactar con mi familia, ni mis amigos. La vergüenza y la culpa siempre han sido demasiado fuertes.

En Málaga nadie me conocía y pude empezar a madurar y convertirme en una nueva persona sin arrastrar los horribles errores de mi juventud. Lucía me ayudó a encontrar un lugar en la sociedad. A encontrar paz en una vida sencilla, respetable y sin vicios.

Lucía, sus padres, su círculo de amigos, mis nuevos vecinos, mis colegas del gimnasio, los clientes del pub… Tanta gente que me recibió con una calidez y generosidad que yo jamás había

experimentado. Nadie puso ni un día en duda que yo fuera un buen chico, un chico sano, como cualquiera de ellos.

Muy pronto empecé a sentirme integrado y feliz aquí. Literalmente, me convertí en una persona completamente distinta a la que había sido. Empecé a comer cosas diferentes, a vestir diferente, otro corte de pelo, a escuchar música distinta, a pasear por calles soleadas junto al mar.

Comencé a hacer deporte, dejé el tabaco y empecé a ser 100% abstemio, ni una gota de alcohol excepto en días muy señalados. Empecé a acostarme pronto y levantarme más pronto todavía. A tener *hobbys*, a relacionarme con gente completamente distinta a la que había conocido, a leer, a apreciar una visita a un museo, a respetar la ley… Hasta mi acento se había vuelto ligeramente andaluz. Nada de mi nueva vida tiene que ver con mi pasado. Nada. Soy otra persona completamente distinta.

Pero al ver estos escritos, me dan la terrible sensación de que vienen a por mí. Mi pasado quiere arrastrarme de nuevo hacia la oscuridad.

Los miro y siento miedo. Miedo de esa persona que está en los papeles y miedo de la que ha entrado en mi casa. Hacía muchos años que no sentía miedo. Ocho años concretamente. Pero ahora ya no me siento seguro en mi propio apartamento. Este es el lugar en el que pensaba que podía ocultar todos mis secretos al mundo exterior.

Me doy la vuelta y vuelvo a la habitación en la que no duermo y uso básicamente para guardar cosas. Paso por encima de las sábanas que siguen en el suelo y voy hacia el armario. Abro el cajón donde estaban los poemas guardados y revuelvo entre las camisetas dobladas. ¡El collar de piedras azules ha desaparecido!

Miro a mi alrededor sin aliento. Se lo debe de haber llevado al ladrón. ¿Por qué?

De repente lo veo, está apoyada sobre la mesita auxiliar. Hay una hoja de papel.

Me acercó y leo las tres palabras escritas en la hoja:

"Eres un asesino"

Atemorizado, me agarro el pecho, siento el latido de mi corazón contra mis dedos. Me dejo caer en la cama entumecido. Recuerdo aquella noche en la que escapé de Cerroverde, la sangre en mis manos. A día de hoy sigo sin recordar nada de lo que pasó. Aquellos seis días que desaparecieron de mi mente del verano de 2018. Esa semana de fiestas patronales de la que no puedo recordar nada.

Después de que escapé a Málaga, pasé los siguientes días mirando compulsivamente las noticias del pueblo por internet. Me fijaba en si había pasado algo fuera de lo normal en Cerroverde, algo raro en lo que yo podría estar involucrado. Alguna pelea, un robo tal vez… No encontré nada. No hubieron noticias relevantes en Cerroverde durante las siguientes semanas y eso me tranquilizó bastante. Pero esta nota que me acusa de ser una asesino, me despierta de nuevo esa inquietud de que algo malo pasó.

Cierro los ojos y recuerdo cómo fue crecer en Cerroverde. De pequeño todo fue bien, recuerdo mi infancia con cierto cariño, pero en la adolescencia todo se torció. Para mí pensar en mi pueblo natal significa pensar irremediablemente en mi mejor amigo Eric Romero y su trágica muerte.

La enorme conmoción que sufrí cuando él se quitó la vida. Ahí empezó a joderse realmente todo. Aunque siendo justos, las cosas ya estaban empezando a irse de control mucho antes de eso. Desde que Tony y yo descubrimos el alcohol y las drogas y empezamos a usar su casa como fuerte donde pasar las noches puestos hasta las cejas. Ahí las cosas ya estaban bastante mal. A Eric también le gustaba el alcohol, pero Tony y yo es que no hacíamos otra cosa que ir colocados las veinticuatro horas del día.

Después de la muerte de Eric, la espiral de drogadicción fue en picado. La verdad es que me hacía sobrellevar mucho mejor el luto por la muerte de mi mejor amigo tomar todo ese cóctel químico.

Y a mis padres no les importaba demasiado lo que hiciera fuera de casa. Mi padre pasaba la mayor parte del día con sus amigos en el bar haciendo lo mismo que yo, básicamente, no creo que ellos se dedicaran a rezar en el bar. Y a mi madre simplemente no le importaba demasiado nada de lo que yo hiciera, siempre que no me encontrara una china de *hachís* en el pantalón al hacer la colada.

Lo único que recuerdo con claridad de mi adolescencia es lo mucho que disfrutaba de la euforia pura cuando nos subíamos drogados en coches y motos buscando discotecas a más de 200 kilómetros por hora. Nos colábamos en propiedades privadas o sitios abandonados solo por diversión o porque íbamos demasiado ciegos para hacer algo normal. Me desvié, como se suele decir.

En el suelo junto a la mesilla, está el collar de piedras azules. Debo de haberlo tirado yo mismo cuando he quitado las sábanas con tanta efusividad. Con el corazón en un puño, lo recojo del suelo y lo examino. Las cuentas de turquesa jaspeada están engarzadas con nudos en una cadena plateada rota en un extremo. En algunas partes el collar parece sucio, pero no es suciedad, sino sangre.

CUATRO

Examino el collar intentando descifrar qué significa todo esto.

He destrozado el mensaje que me acusaba de ser un asesino en más de cien trozos. Pero las palabras no han desaparecido de mi mente. Es posible que todo esto sea un error. De hecho es más que posible, tiene que serlo. He hecho muchas cosas muy malas en mi vida, pero no soy un asesino. A lo mejor estoy durmiendo y esto es solo un sueño.

Dejo que mi mirada vague por el salón. Miró el sofá, miro la tele, la mesa, el cuadro del mar que ya estaba aquí cuando me mudé. Intento buscar el fallo, algo que no debiera estar ahí y que pruebe que esto es un sueño.

Escondo mis escritos junto al collar en un escondite más seguro. En realidad no sé por qué sigo guardando este collar. Debería de haberme deshecho de él en cuanto llegué aquí, pero sentí una resistencia en mi interior que me lo impidió. Prefería guardarlo en un lugar donde pudiera mantener el control sobre él, o eso pensaba.

Pero ya vale de autoengañarme, no estoy soñando. Lo que ha pasado es muy grave. Han entrado en mi apartamento mientras dormía y me han acusado de asesinato.

¿Cómo consiguió entrar?

Me levanto de un salto y giro el pomo de la puerta hacia un lado y abro. Recorro con la mirada el marco de madera buscando señales de que hayan forzado la puerta pero no encuentro ninguna.

Voy a mi terraza y me asomo al pequeño jardín de la urbanización. Vivo en un segundo, y hay un seto bastante alto por el que en teoría podría ser factible trepar al primer piso y después hasta el segundo. Probablemente trepó por aquí. No está al alcance de cualquiera, pero sí al alcance de alguien joven y atlético.

Bajo a la calle, a ver si encuentro alguna señal de que alguien haya trepado por aquí. El sol de la mañana está comenzando a despuntar sobre los tejados. Hace una calma chicha, no es un calor sofocante, pero ya escucho gritar a algunas chicharras.

Veo que la tierra del seto está revuelta. Hay una maceta que se ha volcado y la tierra se ha esparcido por el suelo. Me agacho para volver a colocarla y me detengo. Hay dos huellas ahí. No son muy visibles, pero son una prueba importante. Miró la huella del zapato y me da la impresión de que son muy pequeñas para ser de un hombre.

—¡Buenos días vecino!

El buenos días me saca de mis pensamientos tan bruscamente, que casi me caigo de culo para atrás.

Mi vecino Rafa acaba de salir del portal y escuchó unos jadeos desesperados a su lado. Hace pocos que se compraron un caniche.

—Buenos días —digo levantándome de mala gana porque mi vecino es un poco plasta y no estoy para chorradas esta mañana.

—Vaya que madrugador.

Le veo tirando de la correa para controlar a su perro. El perro está de pie sobre sus patas traseras ladrando desesperado por acercarse a mí.

No tengo demasiadas ganas de charlar, pero tampoco quiero ser grosero ni caerle mal a mis vecinos, así que me acerco y me agacho hacia la bola de pelo blanco y le acaricio la cabeza. El perro deja de ladrar y olfatea y lame mi mano.

—Sí mira, me he despertado pronto y ya no he podido dormirme —comento.

—Te entiendo, a mi hubiera encantado quedarme en la cama hasta las diez que para eso es sábado. Pero este pequeño cabroncete se pone a arañar la puerta a las seis de la mañana para que le saquen eh —le dice al perro que mueve la cola con ganas como si le estuvieran echando un piropo—. Y mi mujer y los niños me prometieron que iban a encargarse del perro pero ya ves quién es el pringado de turno al que le toca sacarlo cuando más jode.

Lo comenta con una enorme sonrisa, la verdad es que no parece tan molesto, me da la impresión que es un hombre que quiere a su familia y a su nuevo perro a pesar de estas inconveniencias. Yo le sonrío con amabilidad.

—Bueno la verdad es que madrugar es sano, dicen, lo que pasa es que yo tendría que empezar por acostarme más pronto y así no me dolería tanto. Pero contigo pasa un poco lo mismo eh, que anoche cuando yo me iba a la cama, vi que todavía tenías luz y jolgorio en tu casa.

Una sensación electrizante recorre mi pecho.

—¿Qué viste en mi casa? —le pregunto.

Él levanta la ceja izquierda con picardía.

—Vi todo el pastel —dice y empieza a reírse a carcajadas tan fuerte que el perro empieza a ladrar de nuevo.

Cuando se le calma un poco la risa dice.

—No te preocupes hombre, que yo no vivo espiando a los vecinos, para el porno ya pago internet.

Yo finjo una risa para indicar que entiendo su broma, pero los sonidos que salen de mi boca no suenan genuinos, porque no lo son. Con cierta torpeza, intentando disimular mi estado de histerismo le pregunto.

—¿Viste a alguien en mi apartamento a altas horas de la noche?

Él me mira perplejo.

—¿Cómo que si vi a alguien? ¿Me lo preguntas tú a mí?

No tiene sentido seguir ocultando la situación.

—Creo que alguien ha entrado en mi apartamento esta noche.

Su gesto se vuelve serio y preocupado de inmediato.

—No jodas, ¿me lo estás diciendo en serio Saúl?

—Sí, creo que me han trepado por el balcón, por aquí —le digo señalando a la maceta y la tierra revuelta.

—Claro, si lo he dicho mil veces. Que estos balcones son una escalera para ladrones. Por eso yo tengo rejas en todas las ventanas, porque con chiquillos en casa uno no puede arriesgarse… Le dije a Ramón que te pusiera rejas en la casa, que os iban a entrar cualquier día, pero tu casero es de la cofradía del puño cerrado. ¿Te han robado algo chaval?

—No, creo que no.

Mi portátil, la consola, y el dinero suelto que tengo sobre la mesa siguen ahí. Y esos son los únicos objetos de la casa que valdría la pena llevarse, pero el ladrón buscaba otra cosa claramente.

—Vaya pues qué raro. Has tenido suerte entonces. Madre mía, ni se me había pasado por la mente que te pudieran estar entrando en casa. Si te digo la verdad, me pareció una novedad ver luz en tu piso tan tarde porque me da la impresión de que tú apagas las luces por la noche pronto. Pero fui a la cocina a beber agua antes de acostarme y vi que tenías luces encendidas y vi movimiento por tu casa y dije: un chico soltero y guapete como tú un viernes por la noche, blanco y en botella, ha ligado.

—¿A qué hora fue eso?

Él piensa por un momento.

—Pues yo creo que eran sobre las tres… sí porque esa es mi hora límite para acostarme los fines de semana. Entre las dos y media y las tres tuvo que ser seguro.

—¿Y podrías decirme algo sobre el aspecto de la persona que viste?

Él frunce los labios y niega con la cabeza.

—¿Ni siquiera podrías decirme si era una mujer?

—Mmm no te sé decir perdón chico, vi una silueta de perfil caminando, tenías las cortinas echadas. No me fijé más. Pero está claro que deberías de llamar a la policía. Es muy raro que te hayan entrado y encima no se hayan llevado nada. ¿Pues qué querían? ¿Mirarte dormir? Qué mal rollo.

Yo asiento con la cabeza, pero la verdad es que no sé que puedo decirle a la policía. No me han robado nada y seguramente me empezarán a hacer preguntas sobre si sé por qué entró esa persona en mi casa.

Y obviamente no puedo enseñarles mis escritos, ni el collar manchado de sangre, ni mucho menos la nota en la que me acusan de ser un asesino. Lo que menos quiero es que se corra la voz y lleguen a pensar que hay algo de verdad en la acusación que me han hecho.

Escucho mi móvil sonando en el bolsillo. Es Lucía, lo sé porque tengo asignada una melodía concreta para sus llamadas. Es una melodía suave y veraniega que me recuerda a ella. ¿Por qué me llama tan temprano? Son las seis de la mañana, ella nunca me llama tan temprano porque normalmente no me despierto hasta las siete.

Saco el móvil.

—Tengo que cogerlo Rafa, es mi jefa — le digo a mi vecino haciéndole un gesto de despedida y camino de vuelta al edificio.

—¡Claro! ¡Avísame con lo que te diga la policía que me has dejado preocupado!

Yo asiento con la cabeza antes de entrar en el portal, cierro la puerta detrás de mí y subo corriendo hasta mi casa antes de coger la llamada.

—¿Saúl? —la voz de Lucía suena molesta. Escucho un murmullo de voces de fondo.

—Sí dime Lucía, ¿qué pasa?

—La policía está aquí, en *La Lagartija*. Dicen que han apuñalado a alguien justo fuera del *pub*.

—¿Qué?

—Han encontrado un cuerpo detrás de los arbustos. Lo han visto unas personas que pasaban por aquí esta mañana. Han acordonado la zona.

Yo me aferro a la mesa de la cocina intentando que no me tambaleen las piernas.

—Pero… quién…

—No lo sé, yo no entiendo nada… Me ha dicho la policía que han matado a un tío con una puñalada al corazón. Es horrible…

Me llevó la mano a mi propio corazón, apenas escucho lo que me sigue diciendo Lucía.

Una puñada en el corazón…la conversación con aquella mujer tan rara anoche.

¿Como matarías a un hombre tan grande como ese?

—Te llamo porque me ha dicho la policía que quiere interrogarnos a todos. Ya he avisado a Pedro también, y está viniendo para acá.

—¿Quieren hablar conmigo también? —pregunto innecesariamente.

Claro que quieren, después de todo, yo fui quien cerró el bar anoche y ha aparecido un cadáver entre los arbustos del pub. ¿Por qué me siento tan culpable? Si yo no he hecho nada. Aunque

alguien haya muerto de la forma en la que yo dije que lo mataría, no significa que yo tenga la culpa.

—Quieren que… —de repente la voz de Lucía se interrumpe. Escucho una voz extraña detrás de ella.

—¿Lucía?

Se oye otro crujido.

—Sí, perdona, oye es que esto es un completo desastre, ¿puedes venir por favor? Te necesito.

—Voy para allá, estaré ahí en veinte minutos.

CINCO

Durante todo el trayecto de ida, una inquietud nerviosa me recorre el cuerpo. No dejo de pensar en aquella mujer y en la estupidez que yo le dije. ¿Por qué tuve que contestar a su estúpida pregunta? ¿Quería involucrarme en esto? Era como si quisiera escuchar de mis labios las terribles cosas que ella tenía en la cabeza. *¿Cómo lo matarías?:* Joder, de ninguna manera, esa era la única respuesta correcta. A mí ese tipo no me hizo absolutamente nada.

Doblo en la siguiente intersección. Quizás todo esto sea pura coincidencia. Con un poco de suerte ni siquiera se trate del mismo hombre. Podría tratarse de un apuñalamiento común, dos personas que se cruzan borrachas y una acaba acuchillada. Pasa todas los fines de semana en España. Pero no creo en tantas coincidencias juntas a la vez.

Como tengo que parar en el cruce antes de llegar al pub, me fijo en la fila de furgonetas policiales. Hay un grupo numeroso de curiosos que sé alinean detrás de la cinta policial. Hay incluso niños pequeños disfrutando del espectáculo.

Aparco en un lugar que veo libre a cierta distancia del jaleo… y la veo.

Es la mujer de anoche. Está en la acera de enfrente, como si me hubiera estado esperando. Una sonrisa se dibuja en sus labios al verme y la veo que empieza a andar hacia mí.

Contraigo todos los músculos de mi cuerpo al verla acercarse. No sé cuáles son sus intenciones, pero sé que está completamente chalada y cuando alguien lo está, creo que puede acuchillarte incluso a escasos metros de la policía.

Ella se pasa el mechón de pelo detrás de la oreja tan tranquila. Va vestida como ayer. Con una blusa negra y unos pantalones blancos.

—He venido a advertirte de que tengas cuidado.

—Cuidado con qué —le pregunto con la frente perlada de sudor.

—Cuidado con lo que te viene. La cacería acaba de empezar. Y esta vez van a ir a por ti.

Su voz, a diferencia de la mía, suena muy tranquila y pausada, como si hubiera pensado bien las majaderías que salen por su boca. Intento recomponerme un poco. No es normal que esta mujer de metro y medio me intimide tanto. Podría agarrarla y arrastrarla hasta la policía y pedir que la encierren en el manicomio con los muros más altos que encuentren. Así que levanto la barbilla y trato de ser tan intimidante como ella.

—¿De qué cacería hablas? ¿Quién eres tú?

Su sonrisa solo se ensancha.

—Uy, pero qué mala memoria tienes para lo que quieres Saúl. Tú y yo nos conocemos muy bien.

Busco rasgos familiares en su rostro, pero no encuentro ninguno. Es imposible que la conozca tan bien como dice. Quizás la conocí durante aquella semana de fiestas que no recuerdo.

Ella parece darse cuenta de que no la recuerdo y me dice:

—Nos conocemos de cuando éramos jóvenes —comenta como si todo esto le divirtiera muchísimo—. ¿Te suena de algo Cerroverde? O crees en serio que engañas a alguien con ese falso acento andaluz.

Mis ojos se posan de nuevo en ese broche con una pluma negra que lleva en el pelo y que me resulta tan extraño, pero sigo sin saber por qué.

—No lo recuerdas —afirma ella con seriedad.

—¿Cómo te llamas?

Me mira con desdén un segundo.

—Me llamo Ángela —dice en tono de desafío.

Su nombre despierta algo en mi interior. Cuando lo escucho, siento algo, como una especie de pálpito en el corazón. Pero no consigo unir esa sensación a caras ni momentos concretos.

—¿El que está ahí muerto es el hombre que te daba miedo ayer en el bar? — le pregunto directamente.

Su mirada me atraviesa por unos segundos y luego dice:

—Ese es Gabriel. El cazador ha sido cazado.

—No conozco a ningún Gabriel.

—Pues para no conocerle, murió como tú dijiste que lo haría.

Miro su sonrisa maliciosa.

—¿Lo has matado tú?

Ella sonríe, frunce los labios y se da un golpecito en la barbilla.

—¿Cuánto crees que tardará la policía en encontrar el cuchillo?

—Yo te he preguntado primero, además eso no me interesa.

—Pues debería interesarte, porque son tus huellas las que están en el mango del cuchillo.

La miro fijamente. ¿Está intentando incriminarme en su asesinato?

—Estás pirada, aléjate de mí. Voy a contarle a la policía todo esto, nuestra conversación de anoche. No vas a incriminarme por algo que yo no he hecho.

—La policía va a preguntarte si tuviste una aventura con Gabriel. Si le has matado porque no te gustó como te la chupaba o algo así.

Mi tensión va en aumento.

—¿De qué diablos hablas? ¡Yo no soy *gay* pirada de los cojones! —le digo con los puños cerrados de la tensión.

—La policía va a preguntarte sobre tu pasado Saúl y querrán saber por qué te mudaste a Málaga. Van a interrogar a toda la gente que te conoce, a tus amigos, a tus padres… Madre mía como le pregunten a Tony.

—¿De qué conoces tú a Tony?

—Lo importante no es de qué conozco yo a Tony, lo importante es lo que él puede contar de ti a la policía. Él te conoce de verdad, mejor que nadie.

Miro su sonrisa presuntuosa y siento un escalofrío. Quieres hacerme daño, está deseando que sufra. ¿Por qué? ¿Quién es esta Ángela y por qué no la recuerdo?

—Eres tú la que has estado en mi casa. He encontrado huellas tuyas. Tú escribiste esa nota y le voy a enseñar esas pruebas a la policía.

—Yo escribí esa nota —corrobora.

—Lo que dice esa nota es mentira, porque yo no he matado a nadie. ¡Jamás!

Escucho un estruendo y miro a mi alrededor. Al otro lado de la calle, un hombre está echando una bolsa de basura al contenedor y nos mira. Una ambulancia sale de la calle que lleva.

—¿Qué quieres tú de mí? Dímelo ya.

—Quiero que pagues.

—¿Que pague el qué? Es que no me estás entendiendo, yo no te he hecho nada.

—Esa historia se la has colado a esa jefa que tienes. Desde luego que no tenía ni idea de lo que eras capaz cuando te recogió en la carretera aquella noche. ¡Pobre chica!

—¡Deja a Lucía fuera de esto!

Tengo que controlarme para no agarrarla del cuello hasta que me diga qué cojones quiere de mí esta jodida loca.

Ella se ríe.

—Ya estás empezando a sacar tu verdadera cara. Estás deseando pegarme, lo presiento, tu fachada está a punto de derrumbarse. Tus falsos amigos de aquí pronto verán la clase de monstruo que eres. ¿Crees que alguien va a seguir confiando en ti cuando sepan lo que hiciste con Eric Romero? No, claro que no. Por eso no has comprado ni un solo mueble para tu piso. Estás preparado para que todo tu teatro caiga en cualquier momento. Para tener que salir huyendo de nuevo. Sabes que tengo razón Sául.

Aprieto los dientes con tanta fuerza que me duele la mandíbula.

—¿Tengo razón? —repite.

—Yo no he matado a nadie —le digo con claridad.

Ella niega con la cabeza, y acto seguido se da la vuelta y se pone a caminar calle arriba.

—¡Eh! ¿a dónde te crees que vas? ¿Crees que la policía no va a encontrarte porque te pires? Voy a darles una descripción tuya. Ten lo que tienes que tener y vente al *pub* conmigo a decirles lo que me has dicho a mí.

Ella no me contesta, me planteo si arrastrarla hasta el *pub* podría constituir alguna clase de delito cuando noto el móvil sonando en mi bolsillo. Es Lucía de nuevo.

Ángela no se da la vuelta, pero me hace un gesto de despedida con la mano en la distancia. La verdad es que prefiero que no se encuentre cara a cara con Lucía en este momento para seguir soltando estas paridas.

Con dedos temblorosos saco mi teléfono del bolsillo y contesto a la llamada.

—¿Saúl por Dios dónde estás? —me pregunta Lucía desesperada.

—Ya llego, en un minuto estoy ahí.

—Más te vale —le escucho decir algo a alguien y luego me cuelga.

SEIS

Me quedo de pie, parado junto a mi coche dándole vueltas al lío en el que estoy metido sin comerlo ni beberlo.

Si esa tal Ángela escondió el arma homicida en mi casa y por casualidad es alguno de los cuchillos del bar, de entrada ya voy a estar jodido aunque yo no haya hecho nada.

Voy a tener que probar mi inocencia por algo que no he hecho, ¿y qué pruebas tengo yo contra ella? De momento ninguna. Solo la conversación surrealista que tuvimos anoche. Si tuviéramos cámaras en el bar podría probar que ella cogió el cuchillo, pero lamentablemente, aún no hemos puesto ninguna, aunque yo estoy a favor de ponerlas porque evitan esta clase de cosas raras. La policía no va a creer de entrada que una mujer que mide poco más de medio metro y pesa menos de 60 kg se cargó a una bestia como el tal Gabriel. Creerá que yo soy un culpable mucho más probable. Pero tengo que ir para el bar ya.

Al llegar, me detengo detrás de un grupo de curiosos y observo el césped que rodea la entrada del pub. Hay una tienda de campaña junto a los arbustos alrededor de la cual trabajan varios científicos de la policía con trajes blancos de plástico. Los veo registrar por todas partes, recortando el seto y metiendo cosas en pequeñas bolsas de plástico transparente. Veo a Lucía de pie en la entrada junto a Pedro y un hombre corpulento y canoso.

Este hombre viste de paisano, con vaqueros y una camisa azul a cuadros. Se está abanicando con unos papeles para refrescarse un poco bajo este terrible calor.

Señala constantemente hacia la tienda y los arbustos diciéndole cosas a Lucía y Pedro. Ella afirma con la cabeza y se abanica también con la mano. Parece agobiada. Sus delicados rasgos faciales, que normalmente me recuerdan a los de alguien más joven están tensos y por primera vez me parecen rasgos adultos.

Su cabello está mucho más alborotado de lo que es habitual y tiene cara de no haber descansado nada. Conociéndola, ella no puede soportar este tipo de cosas. Lucía es una mujer demasiado normal, demasiado sensible y acostumbrada a las buenas personas como para entender que algo así pueda pasar. Aunque no es que para mí sea fácil tampoco.

Pedro me ve y me saluda con la mano. Yo levanto la mía también y noto que mi mano tiembla. El hombre de la camisa a cuadros intercambia unas palabras con Pedro y luego se acerca a mí.

Yo camino también hacia la cinta y cuando el hombre está frente a mí le digo que yo trabajo aquí y él me levanta la cinta para dejarme pasar.

—Sígueme por favor —señala un trozo de la cuerda que va hacia el pub. Han trazado un pequeño camino, imagino que para que no se borren las huellas que hay alrededor.

Totalmente disociado, camino detrás de ese hombre que huele a loción de afeitar fuerte y me pregunto por dónde anduve exactamente anoche cuando me marché de aquí. ¿Encontrarán también las huellas de mis zapatos? Debe ser bastante difícil, porque por este camino pasan cientos de personas cada día.

—Vamos a entrar —dice cuando llegamos a la altura de Lucía y Pedro.

Lucía y yo nos miramos, ella intenta sonreír, pero es una sonrisa muy forzada. Pedro parece horrorizado por esta situación. Estoy seguro de que yo también debo parecerlo. Ninguno de los tres dice nada mientras caminamos con el policía en silencio.

Hay otros dos hombres dentro del *pub*, uno con uniforme de policía, el otro de paisano. Ambos deben de estar en su cuarentena. Interrumpen su conversación y la sala queda en silencio. Normalmente, yo pongo música en cuanto abro la puerta del pub. Le grito a *Alexa* desde la puerta que me ponga cualquier canción que me apetezca escuchar y me la pone al momento. No estoy acostumbrado a estar dentro de *La Lagartija* en silencio. Lo primero en lo que pienso, es que me gustaría ir detrás de la barra y comprobar si está el cuchillo con el que corté limones anoche.

—Buenos días, soy el inspector jefe de la Brigada de Homicidios de Guadalajara, Rubén Laredo —se presenta el hombre que nos ha conducido hasta dentro—. Extiende su mano hacia mí y yo la estrecho. Su tono de voz suena severo. Su olor a loción para después del afeitado es realmente agresiva.

—Te agradezco que hayas venido. No vamos a tardar mucho, solo son unas preguntas rutinarias. Estamos investigando un homicidio sobre una persona que todavía no hemos podido identificar. Tienes la obligación de proporcionarnos información veraz ¿lo has entendido?

—Sí —contesto completamente acojonado.

—Perfecto entonces vamos a sentarnos en esa mesa y me das tus datos personales.

Saca una libreta de bolsillo de su chaqueta y la abre. La libreta tiene enganchada un bolígrafo. Se sienta en la mesa y yo me siento a su lado. Pedro y Lucía se quedan a unos metros de nosotros.

—Dime tu nombre completo por favor.

—Ehh…sí, me llamo Saúl Montalvo Jiménez.

Siento un hormigueo en la cara, como si me estuviera delatando a mí mismo tan solo por dar mi verdadero nombre. Por Dios, tengo que mantener la cama o voy a levantar sospechas.

—¿Puedes decirme tu domicilio actual?

—Calle Mirador del Limonar, nº18, 2ºB.

—¿Población?

—Aquí, en Málaga.

—¿Estado civil?

—Soltero.

Mientras respondo a todas estas preguntas no dejo de mirar a Lucía y Pedro. Lucía está de pie junto al policía, enrollando mechones de pelo en su dedo con la mirada perdida en el vacío. Se ha servido un líquido transparente en un vaso y le da un sorbo. Siendo ella estoy seguro de que es agua. Aunque por la mueca que hace al tragarlo, tengo dudas. Me puedo hacer a la idea de lo afectada que está por esta situación. Si a ella le afectan hasta las multas de tráfico. Me gustaría poder ir y darle un abrazo. Pedro en cambio, está hablando largo y tendido con el agente de paisano y me pregunto de qué hablará tanto.

—Tu compañero nos ha dicho que tú fuiste la última persona en salir del *pub* anoche —afirma esta vez el inspector.

—Sí… yo cerré. Pedro ya se había ido.

—¿A qué hora fue aquello?

—Poco después de medianoche.

Él anota todo lo que digo en una libreta. Será mejor que no diga ninguna mentira, yo podré olvidarla, pero su libreta no.

—¿Viste algo extraño al salir?

—No vi nada, pero sí oí algo. Un sonido como un crujido.

—¿De dónde salió ese crujido?

—De los arbustos de alrededor del pub.

—¿Y te paraste a mirar a ver que era?

—No… porque paró enseguida, y pensé que solamente habría sido un gato, o una rata corriendo entre los arbustos. Y como ahora

están un poco secos del calor… no fue un sonido muy fuerte, solo algo que me llamó la atención.

El hombre anota todos estos datos y después deja su cuaderno sobre la mesa. Saca una cámara digital del bolsillo de su chaqueta y pulsa algunos botones. Luego me acerca la pantalla.

—¿Conoces a este hombre?

Miro la foto y reacciono un poco sin quererlo. Es él. Aunque ya lo sabía, me impacta verlo muerto. De verdad… esa puta loca lo hizo, fue capaz de matarlo a sangre fría. Aunque solo lo vi durante poco tiempo con vida, me parece extraño verlo sin esa mirada penetrante con la que me miraba anoche.

—¿Te encuentras bien? ¿Quieres un vaso de agua? —me pregunta el inspector Laredo.

—Estoy bien. Ese hombre estuvo anoche en el bar cenando. Solo.

—¿Recuerdas en qué mesa se sentó?

—Sí —asiento aturdido—. En esa

—¿Recuerdas a qué hora entró?

—Creo que fue sobre las diez, entraron varias personas a pedir comida a esa hora. Parece que se pusieron de acuerdo —le digo como una pequeña broma de camareros. Aunque un segundo después pienso en si no estaría compinchado realmente con algunas de las personas de las otras mesas. Pero compinchado ¿en qué? Estoy perdiendo la cabeza.

—Dime Saúl ¿Recuerdas a qué hora salió del restaurante?

—Estuvo aquí casi hasta el final. Yo le informé de que íbamos a cerrar, y eso fue como diez minutos antes de que cerrara. A las doce menos diez.

En realidad se fue a y cincuenta y cuatro concretamente. Lo sé porque miraba impaciente el reloj deseando que se fuera. Porque una parte de mí pensaba que no iba a acceder a irse cuando se lo

pidiera. Pero decido que no me compensa contarle ninguna de mis paranoias al policía.

—¿Se fue solo?

—Sí.

—¿Habló con alguien en el restaurante?

—Que yo sepa, solamente habló con Pedro y conmigo. Pidió una pinta de cerveza y un filete con patatas.

El inspector Laredo frunce el ceño y yo me inquieto de inmediato. ¿Qué es lo que no le encaja de lo que le he dicho? ¿En qué he fallado?

—¿Notaste algo raro en su conducta?

Me tomo unos instantes para mirar al techo como si estuviera intentando hacer memoria. Pero es que realmente no puedo ni pensar de lo nervioso que estoy. El tío me miraba raro, ya. Pero si le digo esto va a poner más el foco en mí. Y yo no quiero que ponga el foco en mí porque yo no tengo nada que ver. Así que niego con la cabeza.

—¿Cuánto tiempo lleva muerto ese hombre? —le pregunto sintiendo el calor en las mejillas.

—No puedo decir la hora exacta de su muerte aún, pero es posible que lleve aquí toda la noche —contesta el inspector.

Recuerdo el breve instante en que Ángela reapareció tras la barra cuando el hombre salió. Debió de ser entonces cuando me cogió el cuchillo. ¿Llevaba guantes? Tengo que comprobar si todavía está el cuchillo ahí.

—Ahora sí me apetece un vaso de agua, ¿puedo ir a cogerlo? —le pregunto. El hombre levanta la vista de su cuaderno.

—Claro, pero cuando vuelvas, iba a pedirte una prueba de saliva, si no te importa.

—No hay problema —sonrío, me levanto y paso junto a Lucía que se ha sentado en un taburete con la mirada perdida. Le toco el

hombro al pasar para ver cómo reacciona. Levanta un poco la cabeza pero su rostro permanece inexpresivo, como si no pudiera comprender nada de esto.

—¿Ya saben quién es el muerto? —escucho preguntar a Pedro después de que el inspector Laredo vuelva a su lado.

—Todavía no, lo estamos investigando.

Yo me escabullo detrás de la barra. No puedo escuchar apenas lo que dicen Pedro y el inspector desde aquí. Cojo un vaso de la estantería e intento recordar dónde puse el cuchillo antes de cerrar. ¿Lo dejé sobre la tabla? Recuerdo perfectamente cómo lo miraba Ángela.

Abro el cajón donde debería estar guardado y hurgo en él un poco. No está.

Al levantar la vista veo al inspector Laredo mirándome fijamente a los ojos. No tengo ni idea de cuánto tiempo me lleva observando. Sin más vacilación agarro el abridor y cierro el cajón.

Voy a la nevera y saco una *Coca-Cola* de cristal. Uso el abridor para abrirla. Me tiembla tanto la mano que golpeo el borde del vaso varias veces al servirla. Levanto la vista y vuelvo a encontrarme con la mirada del inspector.

—¿Quieres algo de beber? —le pregunto.

—Estoy bien, gracias.

Sonrío compulsivamente y doy un sorbo a mi *Coca-Cola*. Hasta un ciego podría darse cuenta de lo nervioso que estoy, pero no sé cómo evitarlo. Lo único que puedo hacer es intentar evitar que me de un ataque al corazón.

Mientras le doy otro sorbo a mi bebida, la mirada del inspector Laredo me recuerda de repente a la mirada del hombre de cuero de ayer. Me mira exactamente igual, como si fuera su presa.

SIETE

Escarbo en la tierra del jardín con mis propias manos llegando hasta tan hondo como puedo. Un sol de justicia me quema la nuca y noto la camiseta mojada pegada a la espalda. Nada. Saco el brazo del agujero en el que lo he metido hasta el hombro y me levanto. Me seco el sudor de la frente con el brazo limpio.

¿Dónde estará? Llevo varias horas buscando el cuchillo. Antes de bajar al jardincito de entrada, ya he puesto todo mi apartamento patas arriba. Estaba seguro de que Ángela lo escondió en mi casa, por eso entró anoche. Pero no puede ser, he desmontado hasta el retrete. Dentro no está. Es imposible que lo haya escondido arriba.

He buscado hasta en los sitios donde ni siquiera cabría un cuchillo. Así que solo puede significar que está en el jardín y no es precisamente pequeño. Da la vuelta a todo el edificio y tiene muchas zonas con la tierra movida.

Veo venir a Rafa desde la calle de enfrente y limpio rápido con el pie el agujero en el que acabo de meter el brazo y me quito un poco el polvo como puedo.

—¡Vecino! Oye, —me llega su voz a distancia—. ¿has denunciado ya a la policía lo de que se te han colado en casa?

Cierro los ojos, suspiro y me doy la vuelta.

—He hablado con la policía, a ver si lo pillan… —le miento. No les he comentado lo del piso.

—A ver si hacen algo…

Rafa levanta la barbilla para señalar un agujero en la tierra que se me ha olvidado tapar.

—¿Qué tenemos topos o qué?

—¿Qué?

—Topos —dice señalando el agujero esta vez con el dedo.

—¡Ah! No…es… Rafa espera, que viene por ahí una amiga.

Veo a Lucía caminando desde el otro lado de la calle. Rafa se gira para mirarla y yo le hago un gesto de despedida a mi vecino y voy hacia ella. Me viene perfecto para evitar su pregunta, pero sobre todo, me doy prisa en llegar hasta ella porque es muy raro que Lucía venga por casa sin avisar.

—¡Ey! —me dice al acercarnos.

—Hola —digo dándole un breve abrazo—. ¿Qué haces aquí?

—Te llevo llamando una hora, y no me has hecho ni caso, ¿dónde tienes el móvil?

Me toco los bolsillos del pantalón.

—Me lo he dejado en casa, he salido un rato a andar y… me lo he olvidado.

Sigue el festival de mentiras. Le digo a Lucía de ir a mi casa y cuando subimos por las escaleras me comenta que tengo la mitad del cuerpo llena de polvo. Ya en casa, cojo el móvil de la mesa y veo en la pantalla que tengo un montón de mensajes y llamadas suyas.

—Bueno, solo quería comentarte que vamos a mantener *La Lagartija* cerrada hasta final de mes. Así que se puede decir que estás de vacaciones.

—Vale pero… me podías haber mandado un mensaje para decirme eso, ¿no hay nada más que quieras decirme? —le pregunto —. ¿Por qué tienes las manos detrás de la espalda, qué tienes ahí?

Abre la boca para decir algo y la vuelve a cerrar. Lucía saca un trozo de papel doblado de detrás de su espalda. Me mira fijamente, como buscando una explicación.

—¿Has dejado tú esto en mi puerta?

Me entrega la nota.

"Para Lucía", dice escrito en mayúsculas.

—¡Yo no he escrito esto! —me quejo desdoblando el papel.

Al abrirlo, un grito de terror está apunto de escaparse de mis labios.

Es uno de los escritos en los que desahogaba mis traumas. La letra es mía. *Mala sangre* es el título. Trata sobre un chico que no se quiere a sí mismo. Ese chico soy yo, claro.

—Si no has sido tú, ¿entonces quién va a ser? Parece tu letra.

Yo recorro con rabia el papel con los ojos. Esa psicópata ha escogido uno de mis relatos que deja claro que tengo algo que ocultar. Escribió eso de "Para Lucía"en el dorso y lo dejó en la puerta de mi mejor amiga. Quiere demostrarme que va en serio, que puede desmontar todo mi mundo en cualquier momento. Estrujo el papel en mi mano.

—Esa pirada ha sobrepasado todas las líneas.

—¿Qué pirada, de quién hablas? —me pregunta Lucía y vuelvo a concentrarme en ella. Se acabó, no hay motivo para ocultarle nada de esto.

—Lucía, tengo algo que contarte.

Le cuento a Lucía todo, o casi todo. Le cuento la visita de Ángela en el *pub*, cómo habló de matar al otro cliente, y también lo de que se ha metido en mi casa y robó uno de esos escritos que yo hacía cuando llegué aquí y empecé a ir a terapia. También le hablo de sus amenazas de incriminarme en el asesinato.

Pero cuando hablo de la hoja que ha recibido, le digo que de joven tenía intención de ser escritor, y que lo dejé por falta de talento. Intento que para nada piense que estaba hablando de mí mismo ahí. Pero Lucía se olvida del contenido de mis escritos juveniles en cuanto escucha lo de Ángela.

—Espera, espera, espera. ¡Saúl! ¡Esto es de locos! ¿Cómo es que no le has contado nada de esto a la policía? —dice tras escuchar mi relato con las manos en la cabeza y ojos de terror.

—Porque sin pruebas no me van a creer Lucía. Me van a meter en prisión preventiva. ¡Que hagan ellos su trabajo! Tienen que encontrar a la asesina.

—¿Y si no la encuentran? ¿Pero qué quiere esa mujer de ti Saúl?

—¡No lo sé!

Siento un nudo en el estómago, necesito sentarme urgentemente. Lucía me sigue hasta la cocina.

Cuántas veces he pensado la idea de abrirme con ella y contarle todo mi pasado… Me hundo en una de las sillas de la cocina y me froto la frente con nerviosismo.

—Esa Ángela está intentando incriminarme por el asesinato del *pub*.

El rostro de Lucía está pálido. Tiene el cuello perlado de sudor. Hace un calor inhumano ahora mismo.

—Qué barbaridad… y tú estás seguro de que no la conoces Saúl.

—Pues claro que estoy seguro. Te lo juro… por mi vida si quieres.

Lucía se cruza de brazos y niega con la cabeza.

—Te creo… pero es que todo esto me parece tan turbio. No entiendo la motivación que puede tener esa chica para querer hacerte daño. Y me preocupa muchísimo que sepa donde vives tú… y también yo. Esta noche duermo donde mis padres. Pero Saúl… tú tienes que denunciarla. No puedes esperar más. ¡Tienes que denunciarla ya!

—Sí… voy a tener que hacerlo. Pero probablemente Ángela no es su verdadero nombre. No creo que haciendo lo que hace me de

su nombre sin más. Y tampoco sé sus apellidos, ni de dónde ha salido. Cuando le cuente a Laredo sobre ella se va a reír en mi cara —digo con amargura.

—Bueno, al menos puedes darle su descripción física ¿no? Dime cómo es esa mujer, a ver si yo la he visto.

—No se me dan bien las descripciones… pero es rubia. Con el pelo corto, a la altura de la mandíbula. Mide más o menos lo que tú. Creo que tiene entre treinta y cuarenta años. Es delgada…

—¿Qué más? ¿Tiene algún rasgo llamativo?

—Mmm tiene los ojos marrones y… creo que llevaba maquillaje, aunque no entiendo mucho de eso. Llevaba una camiseta negra y unos pantalones blancos…

—¿Y qué más Saúl? ¿Llevaba mechas? ¿El pelo decolorado? ¿Llevaba peluca? ¿Recuerdas la forma de su barbilla? ¿El tono de su piel…?

Yo levanto la vista para mirar a Lucía con la ceja levantada.

—Sabes que no tengo ni idea de lo que me hablas. No me fijo tanto en esos detalles.. Es una mujer del montón. La clase de mujer con la que te cruzas en el día a día y no te llama nada la atención de ella.

—Pues con esos datos que me das hijo… me cruzo con mujeres como esa a diario. Podría ser hasta mi panadera. Y Ángela… a mí no me suena ninguna Ángela.

Ella niega con la cabeza, no relaciona ese nombre con nadie. ¿Por qué debería hacerlo? Se supone que Ángela pertenece a mi antigua vida y en esa antigua vida, Lucía no estaba.

Me levanto y voy a la nevera a ponerme un vaso de casera. Estar sentado sin hacer nada me pone nervioso, preferiría salir fuera a caminar por las calles a ver si descubro quién es esa maldita mujer. Aunque los 35 grados que marca el termostato, no invitan a caminar por la calle precisamente.

Lucía va al salón y me llega el sonido de un suave tintineo. Voy para allá y veo a Lucía recogiendo los trozos del suelo del móvil de cristal que ella me regaló.

—Eso lo rompió quien se coló anoche en mi casa —digo con una punzada de melancolía. Su regalo significó mucho para mí, y me gustaba mucho tener algo suyo en mi casa. Me siento culpable de que esté roto, aunque no sea mi culpa.

Lucía lo coloca sobre la mesa y junto a los trozos del pez como si estuviera haciendo un puzle con ellos.

—A mí lo que más mal rollo me da es eso de que van a ir a por ti Saúl. ¿Conoces a gente mala que haga ese tipo de cosas?

Suspiro y hago memoria. En realidad el malo siempre he sido yo. Yo he sido la mala influencia y el problema de otra gente. Pero obviamente, no hasta este punto.

—No sé, yo te veo ahí tan tranquilo, no sé cómo lo haces. Yo estaría enganchada a la pierna de un policía pidiéndoles que me guarden.

—Te aseguro que estoy de todo menos tranquilo. Pero la policía no puede evitar que si alguien tiene muchas ganas de matarme lo haga. Como no me metan en una celda en comisaría no sé cómo van a evitarlo. No soy nadie importante, a mí no van a ponerme seguridad privada como si fuera un ministro.

—Ay pero por qué… —dice ella dando un pisotón en el suelo —. Pero por qué tiene que estar pasándonos esto a nosotros, es que nada de todo esto es normal Saúl. Esa mujer que mata como si fuera un juego y te dice que tú vas a ser el siguiente… Esto es cosa de gente muy muy turbia Saúl. De mafias o cosas así. ¿De verdad que no sabes a qué puede venir todo esto?

—Te he dicho que no ¿vale? —le espeto apretando el puño con tanta fuerza que se me clavan las uñas en la palma de la mano —. No puedo encontrarle la lógica a lo que no la tiene. Esa tía es una lunática y una psicópata que ha matado a alguien sin ninguna

razón. Yo no voy a encontrarle ninguna explicación a esto por más vueltas que le de.

Lucía me mira de una forma rara. Conozco la mayoría de sus expresiones, pero esta es la primera vez que la veo. Ni siquiera cuando me encontró ensangrentado en la carretera vi esa desconfianza que percibo en ella ahora.

Esto es lo que buscaba esa Ángela cuando le ha puesto mi nota en la puerta. Quería que Lucía se diera cuenta que no soy de fiar, de que no debe quererme. Ha conseguido que mis ocho años de complicidad y amistad con Lucía desaparezcan de un plumazo en menos de veinticuatro horas.

Capto su mirada preocupada, no es justo que descargue mi pánico con ella. No es que no quiera creerme, es que es una buena persona, la mejor que he conocido, y se preocupa realmente por mí. Tiene miedo de que me pase algo y yo le estoy hablando mal.

—Perdón por haberte contestado tan borde —digo acercándome a ella y abriendo los brazos para darle un abrazo. Por suerte, ella todavía lo acepta. Aunque estamos sudorosos y pegajosos por el calor, su contacto me tranquiliza y me transmite cierta esperanza.

—Estoy muy, muy estresado por esto y no quiero pagarlo contigo —le digo disfrutando del familiar perfume de su pelo—. Pero voy a hablarlo con la policía, y estoy seguro de que dentro de nada la van a atrapar. La van a encerrar en un psiquiátrico y podremos volver a la normalidad y darle ese impulso a *La Lagartija* que estamos buscando. Ya lo verás...

No me creo ni una palabra de lo que le acabo de decir, pero espero que Lucía sí se lo crea y se tranquilice un poco.

Cuando nos separamos un poco, Lucía me mira bajo sus espesas pestañas y pasa por mi mente la idea de besarla. Es una idea que he tenido miles de veces desde que la conocí. Pero su amistad para mí es tan importante, que no quiero ponerla en peligro por nada del mundo. Si yo le contara lo que siento, y me dijera que

ella no siente lo mismo, nuestra relación podría volverse rara e incómoda, y eso es algo que no pienso permitir. Mi amistad con Lucía es la más real e importante que he tenido nunca. Si ella nunca llega a sentir por mí lo que yo siento por ella, será lógico por otra parte. Ella se merece a alguien mejor que yo, lo sé de sobra.

Lucía me da un beso en la mejilla y veo cómo va hacia el relato infame que escribí y que está en la mesa del comedor al lado de su pez de cristal roto. Ella lo toca con dos de sus dedos y me mira:

—Esto que escribiste es muy doloroso. Me ha sorprendido que viniera de ti, la verdad. Nunca hubiera pensado que tú escribirías algo así.

Su mirada recorre mi rostro. Tengo que darle una respuesta.

—Tuve una etapa rara… Estaba muy perdido, escuchaba música deprimente, pensaba mucho en quitarme de en medio… Creía que era guay escribir cosas así. Tú me salvaste de eso.

Ella sonríe, y enseguida hace un gesto con la mano como quitándole importancia. No tiene ni idea de que es cien por cien verdad.

—Me alegra que ya no sientas la necesidad de escribir cosas como esta. Todo va a volver a su sitio Saúl, se descubrirá la verdad y se va a hacer justicia —me promete.

Yo asiento con la cabeza.

Suena mi móvil, Lucía vuelve a desviar su mirada hacia mi relato. Odio que sus inocentes ojos continúen mirando esa basura que escribí. Temo que algo de la maldad y el dolor que desprende penetre en su organismo.

Miro la pantalla de mi móvil, pone número desconocido. Lo cojo:

—¿Hola?

—Buenas, ¿hablo con Saúl Montalvo Jiménez?

—Sí.

—Soy el inspector Laredo de la Brigada de Homicidios. Tengo alguna pregunta más para hacerte. Me gustaría que te acercaras a comisaría mañana a las dos si eres tan amable —no lo dice como si fuera una invitación, más bien suena a órden.

—Pero… ¿de qué preguntas se trata?

—Lo hablaremos mañana en persona mejor.

—De acuerdo —le digo, aunque ya ha colgado.

Necesito unos segundos para procesar la llamada. Quiere hacerme más preguntas, ya estoy en el foco de la investigación de la policía. No me puedo creer que esté viviendo esta pesadilla. A lo mejor son solo preguntas rutinarias y me estoy ahogando en un vaso de agua por nada pero…

—¿Quién era?

—La policía. Quieren hacerme más preguntas. ¿A ti te han contactado para hacerte más preguntas?

—No…

OCHO

Con los dedos entrelazados, me siento en una de las sillas de plástico y contemplo el suelo de linóleo gris moteado de la comisaría. A mi derecha está la puerta de entrada de cristal y enfrente, una pared blanca y desnuda. Hay tanto silencio en el pasillo que lo único que escucho viene de las habitaciones contiguas. El traqueteo de la puerta de los armarios, el *clickeo* de las teclas de ordenador y el deslizar por el suelo de la silla de algún escritorio.

El policía de la recepción me ha pedido que espere aquí porque dice que el inspector Laredo está en una reunión. Ya lleva quince minutos de retraso. Quizás me está haciendo esperar para ponerme nervioso.

Estoy completamente congelado. Fuera estábamos a 36º y en la comisaría tienen el aire acondicionado como a 15º. Estoy temblando y tengo la piel de gallina. Me está empezando a doler la garganta. Me arrepiento de no haber cogido una chaqueta. ¿Pero qué descerebrado coge una chaqueta en Málaga en pleno verano?

Mierda, me acuerdo involuntariamente del muerto del *pub* y su chaqueta y me empiezo a encontrar aún peor.

Se abre una puerta a pocos metros de mí y sale una joven agente con el pelo recogido en una coleta. Me hace un gesto con la mano para que vaya hacia la oficina y se marcha. Yo me levanto de la silla.

Entro por la puerta por la que ella ha salido y me encuentro con el inspector Laredo. Lleva vaqueros y un polo azul marino con un bolsillo abultado en el pecho. Está mirando algo en una carpeta. Levanta la vista y al verme me saluda con un rápido asentimiento.

—Saúl, gracias por venir. Será mejor que empecemos cuanto antes, toma asiento —dice con un tono de voz normal, no el que usaría con un asesino, creo—. ¿Quieres un vaso de agua?

—Gracias, estoy bien.

—¿Y un café de máquina?

Niego con la cabeza. No quiero que me ofrezca un café y quedarme aquí charlando como si estuviera tomando el té con mi abuelita. Lo que quiero es pirarme ya mismo.

Yo me siento en una de las sillas frente a su mesa. Coge una carpeta gris y la abre.

—¿Te importa si grabamos esta conversación? —dice señalando una cámara de vídeo.

Niego con la cabeza, aunque la verdad es que preferiría que no lo hiciera. Pero como acabo de darle mi permiso como un anormal, Laredo la enciende.

—¿Te suena el nombre de Gabriel Silva Montenegro?

Él ojea la carpeta con naturalidad, sin llegar a perder de vista ninguno de mis movimientos.

—No.

—¿Nunca has escuchado ese nombre?

—Nunca.

—Gabriel Silva es el nombre del hombre que fue asesinado fuera de *La Lagartija*, el *pub* donde trabajas.

Siento como si tuviera fiebre, el aire acondicionado está demasiado alto. La verdad es que no he escuchado ese nombre en mi vida, excepto el otro día cuando Ángela dijo que el muerto se llamaba Gabriel.

—Su padre es un empresario hostelero de ocio nocturno que tiene muchos locales diseminados por el centro de España, se llama Gabriel Silva también… ¿te suena?

—No.

—Bueno entonces…—el inspector Laredo se rasca la nariz—. ¿No notaste nada raro en tu encuentro la otra noche con Gabriel Silva, algo en su conducta o algo que te dijera?

—Raro no. Recuerdo que me llamó la atención que llevara chaqueta, porque hacía mucho calor. Y luego… no parecía un tío muy amistoso, pero sin más…

—¿Qué quieres decir con que no parecía amistoso?

—Serán solo prejuicios, no sé… las pintas que llevaba. Es una tontería, pero el cuero, los tatuajes —los ojos de Laredo se van hacia los tatuajes de mi propio brazo—. Lo fuerte que estaba… Me dio la impresión que era un poco flipado.

Asiente y vuelve a mirar a sus archivos.

—Tu compañero Pedro dijo que Gabriel Silva te estuvo observando fijamente en los momentos en los que él estuvo presente en la sala.

¿Esa rata de Pedro se dio cuenta de que me estaba mirando y no me lo dijo a mí pero sí a la policía?

—Mmm me pareció que me miraba de vez en cuando, pero no le di mucha importancia. Los clientes me miran mucho a veces, me refiero sobre todo a las mujeres.

Vaya, creo que esa frase no ha sonado bien. Ahora va a creer que soy un creído. Me pregunto cuántas tonterías más voy a decir delante de esa cámara.

—Y cuando lo atendiste, ¿cómo fue la conversación entre los dos?

—Normal… hizo su pedido…me preguntó si llevábamos mucho tiempo abiertos…—miento. Ni siquiera sé por qué he dicho esa mentira.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Que el bar llevaba muchísimos años, veintidós años abierto —le digo.

Le escucho refunfuñar algo en voz baja mientras anota algo que no veo en el expediente. Tengo que parar de mentir en tonterías así, por ahí puedo cagarla. Me quiero ir ya.

—Por favor Saúl, describe nuevamente y con todos los detalles que recuerdes qué fue exactamente lo que sucedió en los últimos minutos en los que le viste con vida.

Yo respiro con calma, no tengo por qué tener miedo. Hago memoria para no dejarme ningún detalle. Lo visualizo todo.

—Yo estaba en la barra, y le vi levantarse de la silla, lanzar un billete al plato, coger su chaqueta de la silla y luego caminar hacia la puerta —describo.

Laredo me hace un gesto para que continúe hablando.

—Y después, yo hice lo de siempre. Limpié las mesas, dejé la caja con el dinero mínimo para la mañana, metí los platos en el lavavajillas, apagué las luces y me fui. Cerré la puerta con llave. Y eso fue todo.

—¿Condujiste o caminaste a casa?

—Conduje, como todas las noches.

—Entonces, no notaste nada más especial —su voz suena amigable y sin rastro de sospecha, pero tengo la sensación de que me ha hecho la misma pregunta ya como quince veces.

—Sí, escuché un crujido entre los arbustos —repito lo que ya le dije en su momento porque a lo mejor quiere incriminarme por darle menos detalles ahora—. No vi a nadie ni nada, así que pensé que había sido un gato o una rata, o el viento… Así que me fui a mi coche, conduje hasta mi casa… y ya está.

—¿Cuánto tiempo tardaste en llegar a casa?

—Veinte minutos.

—¿Alguien puede corroborar que estabas ya en casa a las doce y media?

—No… Porque vivo solo. Como no me viera algún vecino llegar.

El inspector ojea los archivos, abre una página y me la enseña para que vea lo que hay dentro. Se me corta la respiración.

NUEVE

Con el corazón latiendo con fuerza, miro la foto impresa de un cuchillo del bar. El mismo cuchillo que usé para cortar el limón por la mitad antes de que Ángela me lo robara. Pero el mango es de madera, no de plástico. No es el mismo cuchillo.

—Según la autopsia de la víctima, y basándonos en la herida punzante, hemos podido determinar el perfil de la hoja con mucho precisión. Así que podemos afirmar con bastante certeza que este tipo de cuchillo fue el que debió usarse para matar a Gabriel Silva. ¿Te suena familiar este cuchillo?

—Sí.

—¿Trabajáis con cuchillos como este en *La Lagartija*?

—Sí.

—¿Usaste un cuchillo así la noche del asesinato?

—Sí —siento que la soga se aprieta alrededor de mi cuello—. Para cortar limones.

—Pues hemos buscado y revisado cada cajón y cada lugar de *La Lagartija,* pero no hemos encontrado ninguno como este. Tu compañero puede confirmarlo.

Su mirada se detiene en mí, trago saliva con dificultad y de nuevo me arrepiento de no haber aceptado el vaso de agua que me ha ofrecido porque tengo la garganta seca.

Arquea las cejas.

—¿Tienes alguna explicación de que no hayamos podido encontrar un cuchillo como este en *La Lagartija*?

Tengo que contarlo todo, no tengo elección. Si no hablo voy a terminar siendo yo el detenido.

—Había una mujer en el *pub* que se sentó conmigo en la barra y se puso a hablarme de repente sobre el hombre que estaba en la ventana, ese tal Gabriel. Me dijo que había que tener cuidado con los hombres como él y que sería mejor matarlo. Ella me dijo todo esto mientras yo cortaba limones con un cuchillo como ese.

El inspector me mira un momento a los ojos antes de decir:

—Interesante. ¿Podrías decirme qué aspecto tiene esa mujer? ¿Sabes cómo se llamaba?

Por la forma en la que me mira tengo la impresión de que no me ha creído ni una palabra. Pero yo decido abrirme y contar la verdad de lo que viví aquella noche. No sé si me creerán o si conseguirán encontrarla, pero esto es lo que Lucía quería que hiciera, así que debe ser lo correcto.

Laredo apunta todo lo que digo a pesar de que soy consciente de que la cámara sigue grabando. La expresión del inspector es todo el rato de profunda indiferencia, como si en realidad a él todo esto le diera un poco igual. Aquí el único que siente y padece soy yo. Ni la cámara ni Laredo están conmovidos por toda esta injusticia.

Laredo observa toda mi declaración y entonces me pregunta:

—Saúl…. ¿Por qué no habías mencionado nada de todo esto antes?

—Porque yo pensé que la conversación que había tenido con ella era de broma. Pero cuando me enteré de lo del asesinato… me bloqueé. Me sobrepasó esta situación, pensé que me culparíais a mí como colaborador por haber contestado a la pregunta que me hizo. Pero hoy había venido aquí con la intención de denunciarla, así me lo había recomendado una amiga.

—¿Qué amiga?

—Lucía Chicano, mi jefa… Es también mi amiga y ella no tiene nada que ver en esto —me apresuro a decir—. Ella no estaba, ni vio

a los clientes del turno de cena. Pero le conté lo que había pasado y ella me ha recomendado venir a denunciarlo. Yo todavía sigo un poco conmocionado por esto.

El inspector me observa detenidamente mientras hablo y luego anota algo. Yo aprovecho para recuperar un poco el aliento. En el coche tenía claro lo que quería decir, y hace mucho rato que he perdido las riendas de la conversación. ¿Debería irme? Al fin y al cabo estoy aquí de forma voluntaria, quizás necesite un abogado, alguien que me asesore. Me siento desorientado.

Vuelve a coger la carpeta, la ojea de nuevo, la cierra y la deja caer de golpe sobre la mesa. El sonido del impacto resuena en mi interior.

—Saúl hemos encontrado rastros de ADN tuyos en la mano del hombre fallecido. ¿Cómo llegaron hasta allí?

—Él me tocó —contesto con rapidez.

—¿Te tocó?

—Me agarró la muñeca por aquí, después de que le dejé la cerveza en la mesa. Me detuvo porque quería saber algo más.

—¿Qué quería saber?

—Me preguntó que a qué hora cerrábamos el bar.

Esa nueva mentira sale de mis labios sin que la haya pensado siquiera, ha salido sola.

—¿Y qué le contestaste?

—Le dije que cerrábamos a las doce.

Tengo la cara roja, lo noto. El pulso me late fuerte en el cuello. Laredo asiente y murmura algo para sí mismo. Luego ladea a la cabeza como si acabara de pensar en algo.

—Tengo entendido que no eres de Málaga, ¿por qué te mudaste aquí?

—Quería disfrutar de mi libertad. Me vine a los diecinueve años porque no quería estudiar y quería empezar a valerme por mí mismo, encontrar un trabajo y vivir de forma independiente… fue pura casualidad que viniera aquí.

—¿Qué quieres decir con casualidad?

—Hice *autostop*. Lucía me recogió y como ella venía aquí, a Málaga, y yo estaba buscando un lugar nuevo donde empezar simplemente… decidí empezar aquí.

—¿Lucía Chicano? ¿Tu actual jefa?

—Sí, *La Lagartija* es uno de los bares de su familia, y me ofrecieron un puesto de trabajo aquí. Fue otro motivo importante para quedarme en Málaga.

—Entiendo, y ¿de dónde venías tú?

—De un pueblo muy pequeño de Guadalajara, de Cerroverde.

Por primera vez en todo el interrogatorio, Laredo se incorpora de nuevo en su silla con un brillo extraño en la mirada.

—Vaya qué casualidad, justo donde la familia Silva tiene desplegados varios locales de ocio, en la zona del Alto Tajo en Guadalajara.¿Sabes si los Silva tienen alguno en Cerroverde?

Se me hiela la sangre.

—No tengo ni idea.

—Lo investigaremos, tú tranquilo.

DIEZ

Llevo ocho años esforzándome por ser una buena persona y ahora mismo toda mi vida parece una gran mentira.

Si me hubieras dicho de ir a la cárcel de adolescente, te habría dicho que no me daba ningún miedo, no me importaba nada.

Pero las cosas han cambiado. Tengo miedo de que me juzguen por algo que no he hecho. Tengo miedo de que todo el mundo que me conoce y me aprecia ahora se enteren de la clase de persona que era y sientan que todo mi tiempo con ellos ha sido una gran mentira. Porque no lo ha sido. He construido una nueva vida, he mantenido el *pub* a flote en tiempos muy duros y me siento completamente feliz y en paz con mi día a día. El mes pasado invité a todas las personas a las que tengo cariño en Málaga a mi cumpleaños y todos vinieron, nadie me puso excusas. Son gente sana, gente normal, y yo ahora soy como ellos. No quiero ir a la cárcel para relacionarme con malas personas y perder el tiempo.

Hay muchas cosas que quiero tratar de lograr en la vida. Estoy ilusionado con remodelar *La Lagartija* y que pase de bar de *tardeo* para turistas a *pub* de moda con música en directo. Además, a principios de verano me apunté a un curso para aprender a navegar. He descubierto que lo mío es el mar y tengo el objetivo de sacarme el curso de patrón de barco. Quiero viajar y ver salir el sol bajo cubierta, e invitar a Lucía a ver delfines.

Tengo que hacer algo, tengo que ir a Cerroverde, enterarme de quién es Ángela y qué pasó durante aquella última semana de verano que no recuerdo. Además, ahora que La Lagartija está cerrada, qué pinto yo aquí…

Me levanto y me lanzo hacia mi portatil. Tecleo:

"piso en Cerroverde, Guadalajara"

"11 casas y pisos en Cerroverde Guadalajara - Avisos de bajadas de precio"

Obviamente no puedo volver a casa de mis padres después de ocho años. No puedo presentarme en su casa y decirles que me alojen unos días. Además tampoco quiero. Nunca sentí que fuéramos una familia, cuando los necesité nunca estaban.

Encuentro un apartamento vacacional que se ajusta a mi presupuesto y tras preguntar al propietario me dice que no hay problema si llego esta misma noche. Así que preparo lo más esencial en una mochila cojo las llaves del coche y me voy.

Seis horas después veo el letrero de Cerroverde aparecer en mi camino. Me produce una sensación muy extraña conducir por el pueblo que una vez fue mi hogar. En la etapa en la que viví aquí, yo todavía no tenía el carné de coche.

Me siento como un marginado que ya no tiene nada que hacer aquí, una fugitivo. Todo me resulta familiar pero a la vez extraño.

Antes no me fijaba mucho en estas calles. Las recorría casi siempre de noche, borracho, y de parque en parque donde me juntaba con la gente a colocarme de lo que hubiera ese día.

El apartamento que he alquilado está ubicado en una parte de la ciudad en la que no vivía nadie que yo conozca. Es un apartamento anexo a una casa familia, era una opción barata y más que suficiente para cubrir mis necesidades ahora mismo. El propietario, un hombre flacucho de mediana edad no me hace preguntas, y eso facilitará que no se difunda el chismorreo de que estoy por el pueblo. El hombre me entrega el llavero y me acompaña a la puerta principal.

El apartamento no es especialmente grande, pero es más que suficiente para mis necesidades. El casero me muestra dónde

encontrar platos, cubiertos y cápsulas de café y luego me deja a solas.

Saco mis cosas de la mochila y me preparo para dormir. La emoción que he sentido durante todo el viaje todavía me recorre el cuerpo. Tengo un nudo en el estómago. Mañana quiero visitar a Tony y preguntarle si conoce a Ángela.

Espero que mi ex mejor amigo no me guarde demasiado rencor. La última vez que hablé con Tony por teléfono, fue hace ocho años. Y él estaba bastante enfadado conmigo. Le llamé desde una gasolinera donde Lucía paró para que yo me lavara la sangre de las manos. Por alguna razón, me acuerdo que estaba increíblemente decepcionado conmigo; me gritaba y me exigía saber qué demonios me pasaba. Pero yo estaba demasiado confundido y no sabía cómo explicarle mi situación. Ni siquiera recordaba lo que había pasado la semana anterior.

Como no paraba de gritarme, le dije que le llamaría en unos días. Pero nunca le llamé.

No tengo ni idea de cómo reaccionará mañana al verme, pero si hay alguien que puede contarme lo que pasó durante la semana antes de que me escapara a Málaga, tiene que ser él.

ONCE

Mi primera noche en el apartamento de Cerroverde es horrible. El viento silva con ferocidad y las persianas golpean como si un loco las sacudiera. Ya había visto en el pronóstico del tiempo que se acercaba una tormenta de verano, pero no me esperaba que fuera para tanto. Cuando uno de los relámpagos estalla en el cielo y me despierta, al abrir los ojos casi me da un infarto al confundir la lámpara de pie de mi habitación con una persona.

Truena y llueve de una manera tan exagerada que parece que el cielo vaya a desgarrarse.

Me levanto y dejo encendida la luz del baño para que ilumine un poco el dormitorio y no tenga que adivinar lo que hay entre tanta silueta que no conozco. Además las sábanas huelen raro, el colchón es raro. Me cuesta mucho dormir con todo este jaleo e incomodidades. No sé a qué hora termina de llover pero consigo dormirme un poco antes de las diez de la mañana.

Después de ducharme y prepararme, me miro en el espejo por primera vez en días. Creo que he cambiado mucho desde la última vez que estuve en Cerroverde. Han pasado ocho años, y sospecho que literalmente ni mi madre me va a reconocer si me la cruzo por la calle.

Antes vestía siempre de negro, con pinchos, cadenas y ese tipo de cosas. Ahora visto de forma discreta. Además, llevo el pelo mucho más corto y el sol de Málaga me lo ha aclarado. Tengo barba, estoy más bronceado, y he ganado como quince kg de masa múscular desde la última vez que estuve aquí. Así que solo con ponerme gafas de sol, espero que no mucha gente me reconozca.

Al salir a la calle, el olor a mojado en el asfalto mezclado con ese aroma único que solo tiene Cerroverde me producen una punzada de nostalgia en el estómago. Me subo a mi coche y conduzco hacia el centro. Hace ocho años, Tony vivía en el piso que heredó de su padre. Espero que siga viviendo allí.

El piso del padre de Tony está en un barrio que no era precisamente de los más codiciados del pueblo, pero sí un punto de encuentro social habitual entre la gente joven. Es básicamente un barrio de bloques de apartamentos deteriorados, con paredes sucias y descascarilladas. Este piso, perteneció al padre de Tony antes de casarse con su madre. Pero lamentablemente su padre falleció cuando mi amigo tenía tan solo unos siete años. El vivió con su madre hasta los dieciséis en otra casa más grande junto a su padrastro y su hermana pequeña. Pero su madre guardó este piso y el dinero de su padre para Tony, quien a los dieciséis empezó a disponer de toda la privacidad y billetes que no teníamos el resto de chavales de su edad. Me imagino que sigue viviendo aquí.

Aparco el coche en la acera detrás de un viejo *Ford*. Lo único bueno de la tormenta de anoche es que ha bajado bastante la temperatura. Estamos a 27 grados y una brisa fresca me acaricia al salir.

Respiro profundamente y camino hacia el edificio de apartamentos. La puerta del edificio está abierta revelando esa hilera de buzones verde pistacho. Recuerdo que antes también estaba casi siempre la puerta de la portería abierta.

Al examinar los buzones, veo que el nombre de *Antonio Moreno González* sigue saliendo en la chapita. Recuerdo el día en el que la estrenó. Su madre se la regaló y vinimos después de clase a su casa para celebrarlo, es decir, para ponernos muy ciegos. Tony estaba muy orgulloso de tener una chapa con su nombre en el buzón de su casa.

Se me hace un poco raro que Tony haya permanecido aquí todos estos años cuando para mí es como si hubiera pasado una

eternidad. Pero aquí es como si el tiempo se hubiera detenido, incluso el desinfectante de la escalera huele igual.

Subo la escalera con un cosquilleo de emoción en el estómago. Cada paso me parece familiar, el eco de mis pisadas y la barandilla de madera astillada, su tacto me despierta tantos recuerdos.

Dos pisos más arriba estoy frente a esa puerta que antes solía ver a diario. Los años le han dejado su huella. El revestimiento rojo oscuro se ha desprendido de los bordes y el marco se ve bastante desgastado. La cerradura está astillada y no encaja del todo con el diseño de la puerta, como si alguien la hubiera intentado forzar y la hubieran cambiado por otra.

No es hasta que me acerco un poco más cuando noto que la puerta está entreabierta. Enseguida me invade una sensación de malestar.

Empujo la puerta con la mano y echo un vistazo dentro. Veo esparcidos por el suelo ropa, periódicos, revistas, cajas apiladas con cosas que parecen recogidas de la basura... No es que Tony fuera una persona ordenada, pero esto ya es nivel *Síndrome de Diógenes*. ¿Quién tiene la entrada de su casa llena de todo este desorden?

—¿Hola? ¿Tony? —pregunto alzando la voz sin atreverme a entrar.

Escucho un ruido en una de las habitaciones y luego se hace el silencio de nuevo. Me quedo allí parada unos segundos preguntándome qué debo hacer ahora.

—¿Hola? Llamo de nuevo. ¡Tony!

Se oye de nuevo ese ruido.

—¡Ya voy! —el sonido de su voz me llega a los huesos. Aunque suena más cascada siento que me he transportado a otra época.

La sorpresa es aún mayor cuando Tony entra al pasillo. Yo me quito las gafas de sol impactado. Su cuerpo luce extremadamente

delgado y consumido, dentro de una camiseta con el dibujo totalmente desgastado. Sus brazos están llenos de picotazos y moratones. Su cabello le llega a los hombros en un revoltijo pajizo y sin vida mientras que sus raíces ligeramente más oscuras brillan con aspecto grasiento. Sus ojos están vidriosos y enrojecidos y su rostro pálido no es más que piel y huesos. Casi no lo reconozco, ni encuentro palabras para describir lo mal que lo veo.

Él me mira fijamente preguntándose quién soy. Tarda unos instantes, pero entonces levanta las cejas y pronuncia mi nombre sin emitir ningún sonido que yo pueda oír.

—Hola, Tony —digo notando como mi sensación de culpabilidad se multiplica por mil en ese mismo instante.

Él no me contesta, se mete un cigarrillo casi consumido en la boca y se agacha para recoger unas hojas de periódico que hay en el suelo.

—No esperaba que volvieras jamás por aquí —me dice exhalando el humo y mira al suelo como si usara esas palabras para justificar el estado de su apartamento.

—Lo siento —le digo, no sé por qué en concreto.

Él levanta la cabeza, me mira y me examina la cara por unos instantes. De repente se echa a reír. Con la mano izquierda busca la pared para apoyarse y no caerse por sus propias carcajadas. Al instante siguiente, deja de reír y se pone a toser. Después, parece quedarse medio dormido. Sus cejas reflejan todo un espectro de emociones, desde confusión hasta desesperación.

—Han pasado muchas cosas desde que te fuiste —dice dándole la última calada a su cigarrillo y luego me hace señas para que me acerque—. Venga entra, no te quedes ahí. Cierra la puerta. Sé que está un poco jodida pero bueno, tú tira con todas tus fuerzas y luego vamos al salón.

Yo tiro de la puerta hacia dentro hasta que escucho un ligero *clic* y después le sigo por el pasillo caminando por encima de

papeles y cosas. Cuando entro a su salón, no me sorprende que también parezca un campo de batalla. Aquí hay ropa sucia, platos de comida y bebida resecos, litronas vacías y ceniceros y colillas por todas partes.

Huele a tabaco, meado y huevos podridos. Cuando pienso en el hecho de que fumamos nuestro primer porro en este sofá recién estrenado, nunca me pude imaginar que vería este salón de esta forma. Por entonces yo tenía dieciséis, igual que Tony. En serio en aquel momento era un chico totalmente normal. Un adolescente con color en las mejillas y las hormonas alteradas. Cuando empezamos en este mismo salón a tontear con los porros y el alcohol solamente pensábamos en un futuro lleno de fiestas y experiencias increíbles, no en esta clase de vida.

Me parece intuir hasta agujas y papel plateado en la parte de abajo de su mesita, un nivel de drogas que Tony no había llegado a probar la última vez que le vi. Desde que me mudé a Málaga, yo no he vuelto a probar las drogas ni el alcohol. Creo que si no hubiera encontrado a alguien tan radicalmente distinto como es Lucía en mi camino, probablemente yo también estaría perdido. Sin ella y sin sus padres que me dieron un trabajo, un entorno donde sentirme apoyado y me enseñaron a enfrentarme a la vida sin drogas ni alcohol, yo también habría estado haciendo el tonto hasta que hubiera acabado así de mal o peor. Porque no quiero engañar a nadie, yo era mucho más adicto que Tony en todos los sentidos. Yo nunca estaba satisfecho con nada.

Tony empuja la colilla de su cigarrillo en un cenicero rebosante, expulsando a otros cigarrillos más antiguos sobre la mesa. Recoge un montón de ropa que hay sobre uno de los sillones para hacerme hueco y que me siente. Me deja libre justo el sitio en el que yo siempre me sentaba. Eso hace que tenga un escalofrío en la nuca. Era sentarme en este sitio y empezar a liar porros y ponerme cerveza. Casi tengo la sensación de que mis manos quieren ponerse a la tarea de liar.

Pero la verdad es que no me apetece mucho que esta situación se alargue. A mí no me queda mucho tiempo.

—Tengo que hacerte una pregunta Tony —le digo yendo al grano—. ¿Tú conoces a una tal Ángela?

Él cierra los ojos y frunce los labios.

—Puede.

—¿Puede? ¿Eso es que sí?

—Eso es que conozco a mucha jodida gente.

—Pero esta Ángela es importante.

—Tío, ¿en serio? Después de todo este tiempo vienes preguntándome por una pava, yo flipo contigo…—él niega con la cabeza y se rasca el cuello con sus uñas mordidas—. Hace un montón de tiempo que te fuiste. Yo te consideraba un amigo…

—Yo también.

—No tú no cabrón —dice señalándome con un dedo acusador —. Tú a mí me dijiste que era un mierda, que no valía para nada, y que ya te habías aburrido de mí.

—No.

—Sí. Me lo dijiste. No vengas ahora a cambiar la historia Saúl. Me dijiste Tony, eres un puto perdedor y me aburres. Eso es lo que me dijiste.

—Si lo dije… no lo decía en serio.

Él se encoge de hombros y niega con la cabeza como si no me creyera.

—Ya. ¿Dónde has estado metido todo este tiempo?

—En Málaga.

A él le hace gracia, hace una mueca.

—¿En Málaga? —se encoge de hombros—. ¿Por qué?

—Encontré curro allí.

—¿De qué?

—En un bar.

—¿En un bar?

—Sí.

—¿En Málaga?

—Sí.

Él niega con la cabeza de nuevo.

—Aquí también hay bares.

—Ya, ¿y?

—Los de aquí no son buenos para ti ¿no?

—Mira… Tony… Da igual. Sabes. Me fui a buscar curro a otro sitio y ya está. Hay gente que se va del pueblo y gente que se queda, y las dos cosas están bien y ya queda en cad…

—No está bien irse de la noche a la mañana sin decirle nada a nadie de a dónde ni por qué, capullo —me interrumpe—. A ver, ¿ahora para qué has vuelto? Si a ti te la pelamos aquí todos.

—No me la peláis todos. Pero esta vez he venido porque necesito saber si tú te acuerdas de una chica que se llamaba Ángela, que es más o menos de nuestra edad.

Tony parpadea mientras hace crujir con fuerza sus dedos pensativo. Ese es un gesto que siempre hacía y que siempre me dio cierta rabia. Porque parecía que iba a romperse los dedos con cada crujido.

—Ella sí que sabe quién eres tú, así que seguro que la conoces —le digo y le veo levantar la vista para mirar fijamente al otro lado del salón. No dice nada, parece como si estuviera pensando, pero no me quiere decir en qué.

—Si ella te conoce a ti, tú también tienes que conocerla —insisto.

Tony se inclina hacia un lado y busca algo debajo de la ropa, luego se levanta y va hacia el armario.

—¿Tony?

—Espera un minuto —dice y me da la espalda de nuevo.

Abre un cajón y rebusca en él. Caen unas hojas de papel y paquetes de tabaco vacíos. Para de rebuscar. De repente le tiemblan los brazos como si estuviera haciendo algún gran esfuerzo. Por encima de su tobillo derecho, veo que tiene una herida abierta. Parece como si alguien le hubiera echado ácido en la piel. Se oye un chasquido. Levanta la mano y se lleva algo a la boca, echa la cabeza hacia atrás para tragarlo. Luego vuelve a sentarse en el sofá como si nada hubiera pasado. Apenas puedo contener el horror que siento por dentro.

—Tienes que decirme si la conoces —le suplico—. A lo mejor tú no la conoces como Ángela. Mira tiene los ojos marrones y el pelo rubio, hasta la mandíbula por aquí, tiene más o menos nuestra edad y…

—¿Tetas? —me interrumpe.

—No sé, pequeñas.

—Entonces no me interesa —dice mostrando un par de huecos en su sonrisa. Y se pone a buscar otro cigarrillo entre los paquetes que hay por la mesa.

Suspiro. ¿Por qué este imbécil sigue evitando el tema? No me puedo creer que este que tengo delante sea Tony. Parece un anuncio antidroga del gobierno.

—Que yo era un puto aburrido, me dijiste. Con todos tus huevos.

—Lo siento, no debí decirte eso.

Él sonríe débilmente. Entonces encuentra un cigarro, lo enciende e inhala el humo con ansias.

—Esa tía de la que hablas no la conozco —susurra mientras echa humo por la boca.

—¿Alguien te ha amenazado para que no cuentes nada? —le pregunto mirando sus manos temblorosas.

Él niega con la cabeza y luego me mira como si yo fuera imbécil.

—¡A mí quién me va a venir a amenazar! ¡Nadie! ¡A mí de qué!

Me siento frustrado. No sé siquiera cómo puedo mantener una conversación con este tío. Tony ha cambiado tanto que es que ni siquiera se puede decir que sea la misma persona.

—¿Y un tal Gabriel Silva, ese te suena? —le pregunto tras esperar un minuto en completo silencio.

Él vuelve a dar otra calada haciendo un gesto como de que piensa mucho.

—¿Ese no es el dueño del bar este… del Alambique?

—No lo sé. Puede ser… Tú y yo nunca íbamos a ese bar ¿no?

—Qué va, a ese bar iba tu padre y mi padrastro, y el profesor de lengua. Era un bar de viejos —dice con una sonrisa—. Qué buenos tiempos.

Discrepo.

—Entonces… ¿tú te acuerdas si me viste alguna vez con Gabriel Silva?

Él niega con la cabeza.

—No. Ese tío nos lleva muchos años. Yo lo conozco de oídas, pero nunca he hablado con él. Nosotros éramos unos niñatos por aquella época. Aunque bueno… —deja en el aire.

—Bueno ¿qué?

—Cuando me dijiste que era un puto aburrido, y un perdedor y que pasabas de mí porque ya no querías quedar más conmigo —

me repite—. Empezaste a juntarte con otra gente. Pero ahí ya no contabas conmigo, así que tú sabrás con quien te juntabas…

—¿Pero tú no sabes quienes eran?

—No —me dice con tono de rencor.

Este tío sigue realmente jodido con lo que le dije. La verdad es que me sorprende. Yo reconozco que no he pensado mucho en toda la gente a la que dejé atrás durante estos años. ¿Me convierte eso en una mala persona?

Odiaba Cerroverde, de eso sí que me acuerdo. Con el tiempo me cansé de ir siempre a las mismas discotecas, de beber alcohol en el parque con la misma gente, y de fumar porros encerrado en casa de Tony. Uno se harta de ver las mismas caras, y más cuando todo el pueblo te odia y habla mal de ti a tus espaldas. Esto al final se me quedó pequeño. Yo era un niñato ansiando reconocimiento. Quería encontrar a la gente que realmente vivía la vida al máximo, no como los cuatro borrachos chismosos de este pueblo.

Tony le da otra calada y me señala con el cigarro.

—En realidad tampoco entiendo por qué me tendría que acordar yo de con quién te juntabas tú. Te acordarás tú mejor que yo.

Niego con la cabeza.

—Yo no recuerdo nada. No sé por qué. Como de una semana antes de irme, la tengo en blanco.

—Demasiada droga en las fiestas del pueblo —bromea.

—Puede ser —concedo—. La verdad es que yo en aquella época iba drogado y borracho veinticuatro horas al día, y más en fiestas… pero no tengo ninguna otra laguna como esa. Esa es bestial. Es como un agujero negro. Busco en mi cabeza y es como si hubiera pasado esa semana durmiendo, es muy raro.

—Qué palo —comenta entrecerrando los ojos.

—¿Sabes dónde pasé yo el día anterior a que me fuera? Al día que te llamé por teléfono, ¿te acuerdas de cuándo te llamé?

—Sí, me acuerdo. Me dijiste que me ibas a llamar en cuanto llegaras a algún sitio, y nunca me llamaste.

Suspiro.

—Y ¿sabes dónde estuve yo la noche anterior a esto? —le pregunto casi sin voz.

Él abre la boca y piensa por un segundo y luego dice:

—Eran las fiestas del pueblo, pero yo no salí porque estaba jodido porque había perdido por tercera vez en mi vida a mi mejor amigo.

—¿Por tercera vez? —le pregunto confuso.

—Primero mi padre —enumera con los dedos—. Después Eric y luego tú.

—Joder Tony —digo mirando al cielo.

—Fue así, para mí tú también fue como si murieras. Te piraste de un día para otro… Yo me quedé todas las fiestas metido en casa jodido y fumando y tú… estarías pegándotela por el pueblo con gente mucho más guay que yo —termina esa última frase imitando un tono de voz que suena estúpido y que asumo es el mío.

—Entonces… ¿Tú no estuviste conmigo en ningún momento ni te dije con quién estaba yo?

—No, y como me vuelvas a preguntar lo mismo, te echo de mi puta casa.

Un silencio se cierne entre nosotros. Da una calada y expulsa el humo como una fuente. Sus ojos parecen enormes en una cara tan delgada. Me gustaría hacer algo para revertir toda esta situación, para compensarle por todo lo que le hice y para sacarle de la situación en la que está, pero no sé cómo.

—¿Por qué te fuiste, en serio? —me pregunta—. Primero abandonaste a Eric, y luego a mí.

Eso me toca la fibra y me hace saltar del sofá. De repente estoy de pie, exaltado.

—¿Tú tienes la cara de decirme que yo abandoné a Eric? ¿Y qué hiciste tú por Eric? —le acuso.

—Yo le abandoné, lo reconozco, igual que tú. Y luego tú hiciste lo mismo conmigo. Reconócelo tú también. Me viste jodido y dijiste… me piro. Reconócelo…

Niego con la cabeza.

—No…

—¿Ah no? A mí, a tu familia…

—No. ¡Me fui porque yo estaba más jodido que nadie! Era irme o seguir el camino de Eric, así de simple… No os abandoné… más bien no quería que siguierais tragando conmigo. Además…

Me trago el nudo que tengo en el estómago.

—Porque me pasó algo que me hizo despertar —digo chasqueando los dedos—. De repente tuve miedo de mí mismo y ya no quería ser la persona que era.

—¿El qué? ¿qué te pasó? —me pregunta con curiosidad.

—No lo sé. Es que no me acuerdo de nada. Solo sé que cuando me fui del pueblo tenía sangre en las manos y estaba huyendo de algo. Tengo la sensación de que algo muy oscuro estaba apunto de devorarme en este pueblo.

—¿Cómo que tenías sangre en las manos? ¿Tú no tendrías nada que ver con la chica esa verdad? —me pregunta de pronto mirándome de otra forma totalmente diferente.

—¿Con Ángela?

—Qué pesado con la Ángela esa macho, ¡que no! con la chica esa que buscaban por todas partes en el pueblo justo después de que tú te fueras. No me acuerdo de cómo se llamaba, pero no era Ángela.

—Tony, no sé de quién estás hablando.

—Pues que de poco después de que tú te fueras, se empezaron a ver carteles de que se buscaba a una chica por el pueblo. Es que ya sabes que la gente de aquí es un poco cabrona, y unos cuantos te tenían manía, y las malas lenguas empezaron a decir que os habíais ido juntos, que tú la habías raptado o que te la habías —hace un gesto con la mano bastante revelador de cortarse la garganta—. Pero a mí no se me pasó nunca por la cabeza que tú tuvieras algo que ver con ella… ¿verdad?

DOCE

Tony no se acuerda del nombre de la chica, solo se acuerda de ella porque durante un par de semanas todos en el pueblo la buscaban a ella y no a mí, porque mis padres no llegaron a poner denuncia por mi desaparición. Tanto la policía, como mis padres, como los pocos amigos que me quedaban, pensaban que yo probablemente me habría ido por propia voluntad, y como era mayor de edad, nadie trató de impedírmelo.

De todas formas Tony no recuerda nada más o no me lo quiere decir. Después sugiere que nos fumemos un porro juntos por los viejos tiempos y siento que es el momento perfecto para irme. Al despedirnos, nos abrazamos y es un abrazo largo. Siento que él espera volver a verme. Intercambiamos nuestros números de móvil para poder mantener el contacto a partir de ahora. Parece contento después de todo de tenerme de vuelta y probablemente piensa que estoy aquí para quedarme. Yo en cambio me siento muy raro. Siento que ver al único amigo real que me quedaba en Cerroverde me ha dejado desolado. Había imaginado algunas veces cómo sería volver al pueblo, sabía que sería difícil y desagradable. Que no me encontraría las puertas abiertas, ni a nadie esperándome con ilusión. Me lo he ganado todo a pulso. Pero aún así, no puedo dejarme llevar por la culpa, tengo otros problemas más urgentes que resolver.

Lo que más me preocupa de lo que me ha contado Tony es lo de que Gabriel Silva efectivamente tenga un bar en Cerroverde. Si es así, estoy definitivamente jodido. La policía se va a dar cuenta pronto y todas las flechas van a apuntar hacia mí. Y lo peor de todo es que Tony dice que no le suena ninguna Ángela. Y no sé a quién más puedo preguntar. Cerroverde es un pueblo relativamente pequeño, pero no tan pequeño como para que nos conozcamos

todos los vecinos por nombre y apellidos. En teoría Ángela podría ser de este pueblo y que ni Tony ni yo la conociéramos. Sería raro, en realidad, porque ella creo que es más o menos de nuestra edad, pero no es cien por cien imposible.

No tengo ningún hilo del que tirar para encontrarla a ella de momento, pero quizás debería pasarme por el Alambique. Preguntar por Gabriel Silva allí a ver si le conocen, y puede que consiga enterarme de algo más.

Al cruzar la acera hacia mi coche me suena el móvil en el bolsillo, reconozco la melodía de Lucía.

—¿Saúl? —escucho su voz molesta al otro lado del móvil cuando descuelgo.

—Sí, dime.

—El inspector Laredo me ha llamado y me ha estado haciendo preguntas sobre ti.

Mierda.

—¿Qué te ha preguntado?

—Me ha preguntado si yo te traje desde Cerroverde hasta Málaga hace ocho años.

—¿Y que le has dicho?

—Pues que sí, qué le voy a decir.

—¿Y ya está? ¿No les has dicho nada más?

—Sí, me ha preguntado que por qué te ibas del pueblo y yo le he comentado que te llevabas mal con tus padres y querías marcharte y vivir por tu cuenta.

—¿Eso ha sido todo?

—No.

Se me hiela la piel como si me hubiera sumergido en agua helada.

—¿Le has dicho a Laredo las pintas con las que me encontraste?

—No.

Yo suspiro aliviado. Pongo el manos libres y entro al coche para arrancar.

—Saúl ¿Por qué me preguntas eso? ¿Te habría perjudicado si le hubiera dado más detalles a la policía?

Pongo las manos sobre el volante y cierro los ojos un momento.

—No lo sé. Es que no tengo nada claro qué pruebas ha colocado Ángela contra mí, ni por qué la policía tiene tanto interés en saber de dónde vengo.

—Yo tampoco entiendo nada. En vez de investigar de dónde ha salido el muerto y la loca esa que te persigue, nos acorralan a nosotros, es de locos… —siento una gran calidez cuando Lucía todavía me considera parte de "nosotros" aún no la he perdido del todo—. Tengo ganas de verte, mi madre me ha dicho que va a hacer ajoblanco y boquerones fritos y que te invita, para quitarnos las penas.

Me muerdo el labio.

—Dile que muchas gracias, pero que no voy a poder ir hoy, estoy a más de quinientos kilómetros de casa… He venido a Cerroverde Lucía.

La escucho respirar con indignación al otro lado de la línea.

—Saúl, ¿va en serio? —suena enfadada—. ¿En estos momentos precisamente tienes que irte y sin avisar?

—Perdóname por no avisarte, fue un impulso que me dio —le digo comenzando a circular. Le doy al botón del aire porque ya está subiendo la temperatura—. Es que ya sabes que esa Ángela dijo que me conocía de mi pasado. Y solo puedo conocerla de aquí, de

Cerroverde. He venido para ver si la localizo y me entero de qué problema mental tiene.

—Pues no me parece buena idea —escucho su voz retumbar a través de los altavoces del coche—. Esa mujer es muy peligrosa y te ha amenazado de muerte. Además, la policía está investigando el crimen y va a llamarnos más veces y que tú te hayas ido no lo van a ver con buenos ojos, ya sabes como son.

—Si la policía me llama les contestaré e iré a Málaga si hace falta. No estoy huyendo, solo estoy de visita en mi pueblo porque el *pub* está cerrado. Sabes que no puedo quedarme en mi casa sentado esperando… esa pirada sabe cómo entrar en mi casa, no quiero acostarme cada noche pensando en si va entrar y coserme a puñaladas en mi cama mientras duermo.

—Saúl no digas esas cosas ni en broma… —dice aprensiva.

—¿Tú estás durmiendo en casa de tus padres no? —le pregunto—. Ni se te ocurra pasar ahora tiempo a solas en tu casa Lucía por favor, hasta que la cojan.

—Sí, yo me voy a estar quedando en casa de mis padres por el momento. Ayer estuve en el piso que vamos a vender y…

Lucía sigue hablando, pero yo veo algo que me sobresalta tanto que me da un vuelco el corazón y dejo de escucharla.

Mientras estoy parado en un semáforo me quedo mirando hipnotizado a una mujer de cabello rubio hasta los hombros que está parada en la acera. Su silueta es idéntica a la de Ángela. Ella gira la cabeza hacia mí y nuestras miradas se encuentran, es Ángela.

Al verme parece tan sorprendida como yo, aunque solo le dura la sorpresa unos segundos. Poco después, me mira con calma a los ojos y sonríe, como si considerara una grata coincidencia que nos hayamos encontrado aquí también, a quinientos kilómetros de donde me amenazó. Me ha seguido hasta Cerroverde. O tal vez ella me ha atraído hacia aquí. Quizás ahora me tiene donde quería.

—Maldita sea… —murmuro.

—¿Qué has dicho?

Alguien detrás de mí toca el claxon. El semáforo se ha puesto verde.

—Está aquí.

—Quién.

—Ángela, está aquí, en Cerroverde —alguien toca el claxon de nuevo, meto primera y la sigo con la mirada mientras a regañadientes, reanudo la marcha.

—¿Qué? Voy ahora mismo para allá.

—¡No! ¿Cómo vas a venir tú hasta aquí? Olvídalo. En realidad creo que es mejor que ella esté aquí, al menos sé que no va a molestarte a ti, ni a nadie de allí.

—No me hace gracia que estés allí con una asesina tan cerca Saúl. Vuélvete, y vamos juntos a la comisaría y les decimos que la chica que buscan está allí.

Busco a Ángela por el retrovisor del coche, pero no logro volver a verla.

—Escúchame Lucía, no me va a hacer nada, porque te aseguro que no pienso perderla de vista sabiendo de lo que es capaz. No me da tanto miedo, si vieras lo pequeña que es, entenderías por qué no me da miedo.

—Sí, eso que se lo digan al tío que apareció muerto al lado de *La Lagartija* —apunta ella.

Lo pienso por un momento. Sí, la verdad es que es chocante que tan poquita cosa fuera capaz de tumbar a una mole de gimnasio como Silva. Si yo mismo me hubiera tenido que enfrentar cuerpo a cuerpo con él en una pelea callejera, habría apostado por su victoria. Pero yo le di la clave a Ángela de cómo acabar con él por la vía rápida. Aprovechando su única ventaja táctica que es ser pequeña y aparentemente inofensiva.

Pudo acercarse a Gabriel como si quisiera ligar con él y apuñalarle por sorpresa. Él nunca se lo hubiera esperado, ¿quién espera encontrarse con una demente de metro y medio que mata por diversión? Aún así tiene su mérito. Que consiguiera su objetivo sin que él se defendiera, muestra su gran capacidad para matar. Muestra de que no era la primera vez que apuñalaba a alguien. Tendré que andarme con mucho ojo con ella.

—Estoy muy preocupada por ti Saúl —dice como si me leyera el pensamiento.

—Lo sé y lo siento. Ojalá pudiera hacer algo para cambiarlo.

—Al menos dime la dirección de donde te estás quedando en Cerroverde, por si te pasara algo.

—Vale, te mando mi ubicación al llegar a casa, te lo prometo. Ahora te tengo que dejar Lucía, que voy conduciendo.

—Vale… —la escucho suspirar—. Ten cuidado por favor.

—Sí… Oye… te echo de menos.

Hay unos segundos de silencio.

—Y yo a ti.

Cuelgo y vuelvo a mirar por el retrovisor. El semáforo en el que la he visto ya está demasiado lejos, tengo que dar la vuelta y confrontar a esa zorra. Ser yo quien la pille con el pie cambiado. Doblo por la siguiente calle y espero a que se despeje el tráfico y doy la vuelta a toda la manzana seguro de que estaba yendo en esa dirección y puedo interceptarla, pero cuando llego a la calle en la que debería estar, ya no la encuentro.

TRECE

Tras pasarme el resto de la mañana conduciendo por el pueblo en busca de Ángela a ver si la vuelvo a ver, compro un *kebab* en un restaurante turco que deben haber abierto mientras yo vivía en Málaga y vuelvo a mi apartamento alquilado a comérmelo.

Por la tarde busco en internet noticias sobre personas desaparecidas en Cerroverde en la última década. En total me encuentro con tres personas que desaparecieron sin dejar rastro, dos fueron una pareja joven de madrileños que desaparecieron mientras acampaban en la zona del Alto Tajo, y la tercera, una vecina del pueblo de setenta y cinco años que un día salió del pueblo a caminar y nunca más dio señales de vida. Pero ninguna de estas personas desapareció justo cuando yo me fui de Cerroverde, si no años después. Así que en parte vuelvo a estar como estaba. No me extrañaría que tanta droga haya fundido el cerebro de mi ex amigo y esté confundido con lo de la chica desaparecida. Quizás fue uno de esos casos mediáticos de desaparición tipo *Madeleine Mccann* que se escuchó por todo el país y mi amigo lo confundió y cree que fue aquí.

Alrededor de las ocho y media de la tarde, cuando el volumen de las chicharras desciende un poco y el cielo se cubre de nubes dando un respiro al calor, vuelvo al pueblo para averiguar más sobre Gabriel.

En cuanto me subo al coche vuelve a empezar a llover y el agua golpea constantemente el acero del techo y gotea por el parabrisas. Estas tormentas veraniegas son habituales en la zona, especialmente en veranos con un calor tan intenso como este.

Con este tiempo las casas del pueblo se ven lúgubres y grises. Salvo algunas tiendas que han cambiado de dueño, encuentro el centro del pueblo muy poco cambiado. Todo está como lo recuerdo. La iglesia, los parques, el ayuntamiento, mi instituto… todo está igual, y por alguna razón, no me produce esa clase de nostalgia buena que tiene la gente al visitar su pasado. Que nada haya cambiado me despierta inquietud, y las mismas ganas de marcharme de aquí que tenía de adolescente.

Cuando conduzco delante de la plaza de La pipa, donde probé mi primera litrona, veo que la lluvia está ahuyentado a los pocos niños y madres que estaban en los columpios de la plaza. Enfrente, veo el Alambique, ese bar de viejos que según Tony podría pertenecer a Gabriel Silva. El Alambique no ha cambiado nada, tiene las mismas mesas rojiblancas desplegadas en la terraza, con los mismos toldos blancos que ahora permanecen cerrados mojándose bajo la lluvia. Los mismos ceniceros de *Amstel* y el mismo cartel de siempre. Todo igual, ningún tipo de cambio.

Solía pasar a diario por delante de este sitio porque la plaza de La Pipa me pillaba de camino al instituto. Nunca entraba al Alambique, excepto alguna vez para que me encendieran la máquina de tabaco. Era un bar de gente mayor, mi padre venía aquí, pero yo nunca vine a tomar nada.

Aparco el coche lo más cerca que puedo porque llueve bastante y porque caminar por la plaza de La Pipa me hace sentir muy visible. Llego empapado al bar.

Me peino un poco el pelo mirándome en el cristal del local. Un mendigo que hay refugiado bajo el portal de al lado se me acerca y me dice.

—Oye chaval ¿tienes un euro?

—No llevo suelto, lo siento —le contesto, lo cuál es cierto.

—Cabrón…—murmura y me arroja un vaso de plástico.

—¡Eh qué coño haces! —le increpo pero el tipo se vuelve a su portal gruñendo para sí.

Afortunadamente el vaso estaba vacío porque si no llega a estarlo… No venga, tengo que mantenerme fuera de problemas. No sé qué le pasa a la gente de este pueblo, siempre consiguen sacar lo peor de mí.

Entro dentro del bar cabreado y ya me llega el característico olor a fritanga y café que esperaba. Se escucha de fondo el murmullo de la televisión encendida mezclada con los soniquetes constantes de la máquina tragaperras. El murmullo de los parroquianos no se detiene del todo cuando entro, pero sí cambia un poco. Me están echando un ojo, como a todo "forastero" que entra en su bar. Yo no me quito las gafas de sol todavía, aunque no reconozco ningún rostro de los que veo a primera vista. El grupo más interesado en mí, parece el de tres hombres con buenas barrigas que están jugando una partida de dominó en una de las mesas. Se giran para mirarme sin ningún corte y comentan algo, pero no creo que los conozca, igual sí que conocen a mi padre.

Varias personas me miran cuando camino hacia la barra y tengo la incómoda sensación de que aquí todo el mundo sabe quién soy y ni mis cambios físicos ni mis gafas van a conseguir engañarles. Aún así nadie me dice nada ni me saluda.

Detrás de la barra hay un hombre, quizás esté en su cincuentena, no me resulta familiar en absoluto. Me suena que antes había un hombre bastante más viejo tras la barra pero ya debe haberse jubilado.

Me siento en uno de los taburetes y agarro la carta para mirar las bebidas. Él me saluda brevemente mientras sigue trabajando. Un par de minutos después vuelve hacia mí y me pregunta qué quiero tomar.

—Quiero una tónica, y un poco de esa ensaladilla rusa —le digo señalando el plato tras el cristal.

—Marchando —me dice.

Me fijo en él con más atención mientras trabaja en mi pedido. Lleva una gran cabeza de toro estampada en la espalda de su camiseta negra. Sus pantalones le quedan sueltos a la cadera, y le quedan un poco cagados como los de un adolescente. No recuerdo su cara, ni nada particular de este lugar, aún así me quito las gafas y le pregunto:

—¿Por casualidad sabes si el dueño de este sitio es un hombre que se llama Gabriel Silva?

El hombre que está sirviendo ensaladilla en un plato, se detiene unos instantes y me mira a la cara con atención. Evalúa mi rostro al milímetro ahora que estoy sin gafas y eso me incomoda un poco. ¿Él me ha reconocido?

Nos quedamos mirándonos fijamente hasta que él es el primero en romper el silencio:

—Perdona muchacho. Pero me dejas loco, porque hoy es la segunda vez que me hacen esa pregunta. Y todavía no me he repuesto de la primera.

—¿Quién te lo ha preguntado primero?

—La policía. Han llamado por teléfono y me han preguntado si él era el dueño de este siio. Y yo les he dicho que este local sí pertenece a Gabriel Silva padre. Y luego me han dicho que han encontrado el cuerpo de su hijo tirado en Málaga y que están investigando sus últimos movimientos —me cuenta levantando mucho las cejas.

—Ya… —le digo con la mandíbula tensa.

Mierda, una nueva cagada monumental por mi parte. Ahora este tío podría contarle a la policía que yo he venido preguntando por Gabriel también. Pero ya que estoy aquí, de perdidos al río.

—Sí, yo también he escuchado eso de que lo han encontrado muerto… ¿Tú sabes por qué Gabriel había ido a Málaga?

—¿Yo? Qué va —dice sirviéndome el plato de ensaladilla y mi vaso—. Yo a ese no me lo cruzaba mucho. El local es del padre, que

tiene un puñado de locales en Guadalajara, están forrados al parecer. Y el hijo ese, ese era un vividor. Venía aquí algunas veces, un día o dos a la semana como mucho, hacía como que trabajaba, pero qué va. Ese se pasea por los locales de su padre para tomarse algo gratis y ligar con las tías. Un fantasma. A veces te venía con alguna idea para recaudar más dinero, que sí una *happy hour*, que si una nueva carta de cócteles. Nada, gilipolleces. No tenía ni idea de hostelería, pero como era el heredero de este sitio, pues había que escucharle.

Suena un chasquido cuando le quita la chapa a una botella pequeña de *Schweppes* y la pone junto a mi vaso.

—¿Él vivía en el pueblo?

—¿Ese? Qué va a vivir en el pueblo. Él estaba hablando siempre de un ático que tiene en Guadalajara. Se lo enseñaba, a toooooodas las tías que entraban al bar. Y a la que podía, se la llevaba al ático. Mira. ¡Eh Marta! —llama a una mujer que está sentada mirando fijamente su móvil en una mesa. Ella levanta la vista al escuchar su nombre.

—¿A ti te enseñó las fotos del ático el hijo *engominao* del Del Cortijo?

La mujer sonríe y afirma en seguida con la cabeza.

—Sí, muy bonito.

—¿Muy bonito? ¿Tú no habrás ido de visita al ático ese también Marta? —le pregunta el camarero en tono de broma, como para picarla.

—¡Pero yo que voy a ir ahí! ¡Anda ya! Yo lo he visto en fotos, que el chico las enseñaba por aquí. Nada más… Mira este.

—Pues que sepas que se ha muerto. Ala. ¡Toma ático! —le suelta el camarero como si nada.

La mujer abre la boca impactada.

—¿Qué dices? No me lo puedo creer.

—Pues créetelo. Ha llamado la policía antes y me lo ha dicho. Se lo han encontrado muerto en Málaga —dice haciendo énfasis en el nombre de la ciudad.

—¿En Málaga? —escucho otra voz tras de mí.

—¿Quién ha muerto? —se escucha una segunda voz.

—El *engominao* —le aclara el camarero.

—¿El que trabajaba aquí? —interviene una tercera voz preocupada.

Yo me giro hacia mi plato y le doy un trago a mi tónica. Ahora todos los del bar están interesados en el tema y están atentos a nuestra conversación y de paso, en mí. Genial. Yo continúo comiendo en silencio, mirando solo mi plato, pero prestando atención a lo que dicen.

—¿Pero qué le ha pasado? —preguntan.

—Lo han encontrado apuñalado.

Escucho un par de exclamaciones de sorpresa de señoras.

—Qué barbaridad —dice un hombre con voz extremadamente varonil—. ¿Quién ha sido? ¿Los de las bandas esas que vienen del este a robar relojes?

—No sé, no me lo han dicho. Me han dicho que estaba en un bar, creo.

—Hombre, a ese en misa, no te lo ibas a encontrar.

—¿Y ese qué hacía en Málaga?

—Veranear. En estas fechas, ya me dirás si no… —opina una señora.

—Ese vive de vacaciones todo el año, va de aquí para allá —dice el camarero—. Le habrá tocado las narices a alguien, si era un chulo de mierda...

—Pero ahora está muy mal la cosa para ir con esos relojes que lleva él aquí —dice el hombre de la voz grave—. En el pueblo

vale, porque aquí somos todos de la tierra y se respeta, ¿pero en la ciudad? allí están dispuestos a rajarte por un reloj de esos que lleva él…

La conversación se acalora entre los parroquianos y yo le doy otro trago a mi tónica. Creo que a nadie aquí le importaba demasiado Silva. Esta es la clase de cosas que odio del pueblo, aquí te apuñalan por la calle, y no tardan ni cinco minutos en cuestionar si tú tenías la culpa por llevar un reloj. Pero como en este momento me viene bien toda información que pueda saber sobre Gabriel Silva, presto atención a todo.

Después de hablar largo y tendido de cómo presumía de sus bienes el muerto, deciden charlar también sobre su vida privada. En general, todos parecen bromear con la idea de que se ha acostado con medio pueblo, tanto con las solteras como con las casadas. Comentan que muchos en el pueblo tienen prohibido a sus novias o mujeres venir al Alambique precisamente por él, y que medio preescolar que está ahora matriculado en el colegio del pueblo, deben de ser hijos suyos.

Después de unos diez minutos de chismorreo continuo sobre la vida de Silva, e insinuar incluso que sus hermanos estarán contentos con su muerte porque van a heredar más, el tema se disuelve un poco y volvemos a quedarnos a solas el camarero y yo en la barra.

Yo acabo de terminar mi tapa y mi bebida y él sonríe mientras ordena la estantería. Me llama un poco la atención que esté tan sonriente, no creo que le alegre el asesinato de Gabriel, pero sí creo que no le importa en absoluto y que piensa que quizás se lo merecía.

Yo carraspeo un poco con la garganta para llamar su atención.

—Oye, y eso que habéis dicho de que tenía mil novias en el pueblo… ¿Tú no conocerías a alguna chica de aquí a la que vieras con él? —le pregunto, el hombre levanta una ceja al escuchar mi

pregunta y decido mentir—. Es que necesito hablar con alguien que conociera más a Silva aquí en el pueblo, porque soy investigador de fraudes, trabajo para una aseguradora que tienen contratados los Silva y… hay algunas cosas que tengo que mirar.

—¡Ah! vale —dice el tío un poco cortado ahora por todo lo que han estado rajando de él—. Pues una chica que estuviera con él… —dice golpeándose los labios con el índice—. Mmm ah claro, Nerea, que trabaja aquí. Está ahora de baja por maternidad. Esa anduvo con él y luego han tenido buena relación, aquí en el bar. ¿Quieres que te de su número de teléfono y le preguntas tú mismo?

—Sí por favor.

—Sin problema.

El camarero saca su móvil del bolsillo, busca el nombre y yo también saco mi móvil para apuntar el número. El camarero me lo dicta y yo lo guardo en mi agenda con el nombre "Nerea Cerroverde". El caso es que creo que sé quién es. Recuerdo que había una chica en mi instituto un par de años mayor que yo, se llamaba Nerea y me parecía muy guapa. No creo que haya muchas más Nereas en el pueblo. Nunca hablé con ella, pero creo que sí que podría reconocerla si la viera por la calle. Le doy las gracias al camarero y voy a mi aplicación de mensajes para ver si Nerea me aparece y contacto con ella cuanto antes. Pero entonces veo que tengo un mensaje de Tony.

Me meto en la conversación y veo que me ha estado hablando desde hace un rato. Me ha comentado que si me apetecía quedar. Me ha mandado varios vídeos de *TikTok* que cuando los abro, veo que son vídeos de caídas y gente haciendo el tonto. No tengo tiempo para esto. Luego veo que me ha mandado un par de audios de voz hace media hora. Los abro, y no entiendo lo que dice. Entre el ruido ambiental del bar y que él habla como si tuviera la lengua de trapo no se le entiende nada. Así que decido llamarlo. Marco su número y espero.

Al cuarto tono lo coge. Aunque no escucho nada al otro lado.

—Ey Tony… Perdona que no haya leído tus mensajes hasta ahora.

—*Emshhhhggg aminado* —le escucho decir.

—¿Cómo?

—*Naghhh se' no improntig amiñaaado.*

—Tío, perdona, no te he entendido. Es que estoy en un bar, y no te escucho bien. ¿Tú te encuentras bien?

—..... *nao te curdas* —le escucho. Realmente son solo sonidos y onomatopeyas lo que dice.

Suspiro. Creo que debe estar muy colocado, me ha dicho de quedar a las cuatro y para él todos los planes consisten en colocarse, así que supongo que no debe de estar diciendo nada con sentido. Escucho más sonidos al otro lado, algo como la salpicadura de agua y un golpe. Después sonido de fondo. Creo que se le ha caído el móvil.

—Oye tío, te voy a colgar porque no se escucha bien —le aviso apartándome el móvil de la oreja por los ruidos molestos que escucho—. Mañana si quieres te hago una visita por la mañana y nos vemos ¿vale?

Ruidos. Estoy apunto de colgar, pero entonces una voz suena clara y audible al otro lado de la línea.

—Mañana ya será tarde —dice una voz de mujer.

Se me hiela la sangre. Antes de que pueda decir nada,

la llamada se corta.

CATORCE

Son las diez y media de la noche cuando estoy frente al bloque de apartamentos de Tony. Sacudo la puerta del portal, pero ahora está cerrada. Estoy llamando a su timbre pero no abre. He cogido el coche en cuanto he escuchado la inconfundible voz de Ángela desde el móvil de mi amigo y he conducido a toda velocidad hasta aquí.

Suspiro y doy un paso atrás.

Tengo que entrar ahí dentro sea como sea. Me planteo si es viable trepar hasta el segundo piso por la fachada. Tengo que intentarlo.

Veo que hay una lavadora junto al contenedor de basura y la arrastro con todas mis fuerzas hasta pegarla contra el muro. Me subo encima de ella y me encaramo a unos cables que hay pegados a la pared del edificio, consigo trepar hasta el balcón de la terraza del primer piso y me agarro a su barandilla para coger aire y descansar.

Escucho un grito y viene corriendo hacia mí una mujer mayor muy enfadada que me mira fijamente desde su terraza.

—¿Pero qué haces? ¿Estás loco? Voy a llamar a la policía —dice con una escoba en la mano con la que tiene pinta de que va a sacudirme.

—¡No! Es que mi amigo no contesta al timbre, vive en el segundo y creo que está en problemas. Tengo que ir a su casa para ver si está bien.

—Ah claro, vas para el segundo —dice con desaprobación—. Para dónde si no.

La mujer me observa con las cejas arqueadas como si intentara averiguar si soy de fiar.

—Me tenéis harta eh… anda pasa. Que te vas a matar.

—¿A tu casa?

—Sí, pasa, antes de que me arrepienta.

Exhala molesta pero cuando intento pasar una pierna por encima de la barandilla de su terraza me agarra de la camiseta y tira de mí hacia dentro para ayudarme a entrar dentro de su balcón. Una vez dentro le doy las gracias. Esta es una de las cosas que solo pasa en los pueblos, los vecinos aún están dispuestos a ayudar a sus otros vecinos, aunque sean unos *yonkis*.

El apartamento de la mujer huele a incienso y a comida. Ella me guía por su apartamento que es como el de Tony pero sorprendentemente limpio y ordenado y me acompaña a la salida.

Cuando llego a la escalera le doy las gracias de nuevo a la mujer y subo los escalones corriendo de dos en dos. Escucho el llanto de un niño llorando desde alguno de los pisos. Las paredes de este edificio parecen tan finos como el papel.

Llego al apartamento de Tony y empujo la puerta entreabierta, noto que no hay luces encendidas en su piso.

—¿Tony? —le llamo en voz baja.

Todo permanece en silencio.

Cruzo el pasillo hasta el salón y echo un rápido vistazo dentro. Aquí también está oscuro y silencioso. El dormitorio de Tony está justo al otro lado del pasillo y la puerta está abierta. Enciendo la luz del pasillo para que entre luz en la habitación.

Entro en su habitación y veo un bulto visible en la cama. Enciendo la luz del pasillo pero me encuentro con una manta doblada y algunos montones de ropa y bolsas de plástico.

Enciendo la luz de la habitación y veo que Tony tampoco está aquí. Salgo del dormitorio y abro la puerta del baño, solo para echar

un vistazo al interior.

Casi chillo al ver que hay alguien sentado en la bañera a oscuras.

Me agarro el pecho sintiendo con ferocidad los latidos de mi corazón. No me atrevo a encender la luz del baño, pero lo veo de todos modos. La luz se filtra oblicuamente desde el pasillo hacia el baño lo suficiente, para hacerme comprender lo que está pasando.

Es Tony.

Permanece inmóvil. El agua le llega a la mitad del pecho desnudo. Su brazo izquierdo cuelga del borde de la bañera estirado como el de un muñeco sin vida. Aunque el pelo mojado le cae sobre la cara, puedo ver sus ojos. Están abiertos. Los miro fijamente. Enseguida comprendo que no son los ojos de una persona viva los que me miran.

—No… —susurro en voz baja.

—¡No! —exclamó más alto y doy unos pasos hacia él. Con la luz tenue que entra del pasillo puedo ver claramente una jeringuilla flotando en el agua frente a él. También hay un porro dispuesto en un cenicero apoyado en la taza del váter.

Una pisada sobre el papel de periódico rompe el silencio. Oigo unos pasos viniendo desde el pasillo.

QUINCE

Alguien acaba de pisar los periódicos de la entrada.

—¿Tony? ¿Estás aquí?

Pienso en esconderme detrás de la puerta del baño, la necesidad de ser invisible me abruma de repente. Es como si hubiera visto algo prohibido que no debería ver. Pero antes de que pueda moverme, un chico está de pie en la puerta mirándome inmóvil.

Es un chaval delgado de unos veintipocos, de cara alargada ojos pequeños y perilla en la barbilla.

Su mirada va primero hacia mí y luego hacia Tony

—Creo que está muerto —digo y probablemente sea innecesario porque creo que él también se ha dado cuenta al mirarlo.

Para mi sorpresa, él enciende la luz, algo que yo no me he atrevido a hacer. Me cuesta mirarlo. Tony no puede estar muerto. Tony es mi mejor amigo. Un mejor amigo al que abandoné con crueldad cuando ya no encajaba en mi vida pero que significó tantísimo para mí en mi infancia y adolescencia. Probablemente la persona a la que más confesiones le he hecho. La única persona en el mundo que realmente podría decir que me conocía, ya no está.

El joven recién llegado se queda ahí parado, mirándolo imperturbable con ojos enrojecidos.

—Eso ha sido un mal tiro —dice con extraña naturalidad.

Veo los vaqueros y la sudadera con capucha que llevaba cuando estuve con él esta mañana tirados desganadamente en el

suelo.

Me palpitan las sienes porque me doy cuenta de lo que esto significa. Ángela ha tenido algo que ver con la muerte de mi amigo. Seguramente lo ha asfixiado y lo ha hecho parecer un suicidio.

Y lo peor es que la autopsia demostrará que ha sido asesinato y yo he sido el primero en encontrar el cadáver.

—¿Quién eres? —interrumpe mis pensamientos el desconocido.

—Soy un amigo de Tony. He venido a verle y le he encontrado así.

No puedo creer que nunca más vaya a poder hablar con él, ni explicarle lo que pasó, ni preguntarle qué cosas le han pasado a él durante todos estos años. Ya no habrá reconciliación ni perdón. Ni tendré oportunidad de ser un buen amigo y ayudarle a salir de esto. A quién quiero engañar, soy un completo desastre, he fallado a mis dos mejores amigos. Y ni siquiera estoy tan triste como debería. Alguien humano estaría llorando. ¿Por qué no estoy llorando?

Él parece un poco en una nube pero después de acercarse a tomarle el pulso a Tony se da la vuelta y dice:

—Tenemos que llamar a la policía —dice.

—Sí.

En menos de diez minutos la luz azul parpadea por la ventana de la cocina de Tony.

Bajo al portal a abrir la puerta a la policía. Después, mientras los veo entrar por el pasillo hasta el baño me quedo clavado en el salón del apartamento de Tony sin poder creer que esté muerto. Espero en cualquier momento que su voz rasgada se escuche de nuevo desde el baño y diga que le ha dado un *yuyu* pero que está bien.

Cuando entran los de la ambulancia en el baño de Tony, los escucho conversar con la policía y aunque al parecer tratan de

reanimarlo me da la impresión por la forma en la que hablan de que no están consiguiendo nada.

Poco después, dos agentes vuelven al salón donde estoy esperando y me confirman lo que ya sospechaba, Tony ha muerto. Y parece que los primeros indicios indican, que ha sido por una sobredosis de heroína.

—¿Estás seguro? —le pregunto al agente.

—Bueno, eso lo va a determinar la autopsia. Pero los médicos que lo están atendiendo me han dicho que lo conocen y que tiene un historial de sobredosis importante.

El policía saca una carpeta y nos pide nuestros datos personales tanto a mí como al otro chaval que ha aparecido en la casa.

No me siento nada cómodo dándole mi nombre. Cómo es posible que ya aparezca involucrado en dos expedientes policiales que se están investigando por asesinato, es demencial. La idea de que Ángela haya tenido algo que ver también con la muerte de mi amigo y quiera hacerme parecer culpable me atormenta.

—A ver, quién de vosotros dos ha encontrado primero el cuerpo —pregunta mirándonos primero a uno y después al otro.

—Lo he encontrado yo primero —le digo.

—¿Y cuándo ha sido eso?

—Ha sido hace como veinte minutos.

—¿Cuál era tu relación con el difunto?

—Éramos amigos, desde pequeños.

Ese otro chico me mira de reojo cuando respondo, probablemente está sorprendido porque no me ha visto nunca con Tony.

—¿Cómo has entrado en la casa? —sigue preguntándome el policía.

A esta pregunta, le siguen una docena más de ellas. De alguna manera siento que vuelvo a ser sospechoso de asesinato, aunque estos policías claramente parecen sospechar que ha sido una muerte accidental. Pero tengo claro que de la autopsia de mi amigo saldrá algo raro, y que todas las sospechas de esta investigación van a recaer también sobre mí.

DIECISÉIS

Después de media hora, termina el interrogatorio y nos permiten marcharnos. Al regresar a mi apartamento alquilado me acuesto inmediatamente porque quiero que el día termine.

"No hagas tanto drama" escucho la voz de Tony en mi cabeza. "Solo me he muerto yo, ya ves tú, a quién le importa"

"A mí me importa. Valías mucho más de lo que creías" le respondo a mis propios pensamientos.

Debería habérselo dicho cuando tuve oportunidad. Sigo siendo el mismo maldito egoísta de siempre que solamente piensa en sí mismo. Tony era un chico brillante y lleno de vida de joven, las drogas lo destruyeron y ya no era el mismo. Lo único que puedo pensar es que al menos ya no va a sufrir. Porque al volver a verlo me dio la impresión de que su vida actual conllevaba muchísimo sufrimiento. Pensar de este modo alivia un poco mi dolor y finalmente caigo dormido.

Cuando me despierto está oscuro. Busco mi teléfono a tientas y lo enciendo. Me asombro al darme cuenta de que ya es la una del mediodía. No esperaba dormir hasta tan tarde. Aprovecho el brillo de la pantalla para iluminar la habitación en la que estoy y noto que las cortinas están cerradas. Siento una presión de inquietud en el estómago.

Aparto las sábanas y me levanto abriéndome paso a tientas en la oscuridad hasta la ventana y aparto la pesada tela de un tirón. Un sol deslumbrante inunda la habitación. Mis ojos se posan en mi maleta abierta y un escalofrío me recorre la espalda. Alguien ha estado aquí, ha cerrado las cortinas y ha rebuscado entre mi ropa.

Sin dudarlo me doy la vuelta y voy hacia la cocina. Me detengo delante de la encimera hay un cajón abierto.

Voy hacia el salón y veo un papel en mitad de la mesa del comedor. Se trata de la lista de personas desaparecidas que hice y tiré ayer a la basura porque no me servía de nada. Y ahora está aquí sobre la mesa.

Corro hacia la nota y veo que cada línea está tachada, como si esas personas ya no existieran. Ha añadido con letras mayúsculas un último nombre: Tony Moreno González y lo ha tachado también. Retrocedo un paso, como si el papel estuviera maldito.

Es ella de nuevo. Tiene que serlo.

Agarro el papel, lo rompo y lo tiró de nuevo a la basura con rabia. Necesito respuestas ya. Necesito saber qué es lo que nos está acechando. Busco en mi móvil el número de la chica que me dio el camarero del Alambique, Nerea.

La chica me dice que ya le habían comentado que me habían dado su número, y me dice que ella va a estar en casa esta mañana pero que si quiero pasarme, que me pase.

Veinte minutos después aparco frente a una pequeña casa adosada con fachada de color crudo. Es una casa bonita, bastante céntrica, con marcos de ventana blancos y cortinas de colores. En la puerta tiene una especie de corona tejida con mariposas moradas colgando.

Abre la puerta una mujer con flequillo recto, el pelo muy rizado y rubio recogido en un moño, la cara redonda y un piercing en la nariz. Me mira con una sonrisa amable. La reconozco, es la Nerea que me sonaba de mi instituto.

—¿Eres Nerea no?

—Sí, tú eres el chico que me ha contactado antes ¿no? Encantada.

Nos damos dos besos.

—Tu cara me suena un poco, ¿eres del pueblo verdad? —me pregunta con los ojos entrecerrados intentando hacer memoria.

—Sí. Tú a mí también me suenas, yo fui al instituto del pueblo, tú también ¿no?

Nerea y yo nos ponemos brevemente al día de con quiénes íbamos a clase y quiénes fueron nuestros profesores y ambos quedamos de acuerdo en que efectivamente sabemos quienes somos. Ella parece una chica muy sociable y habladora. La típica que tenía fama de conocer a todo el pueblo y caerle bien a todos. Lo cuál la convierte en la candidata perfecta para contarme lo que quiero saber de Silva y de Ángela.

Me dice que está haciendo café y me invita a entrar.

Yo la sigo por el pasillo y me parece que tiene una casa muy alegre. Está llena de detalles como arreglos de velas con luces de colores y frases pegadas por la pared con vinilo como "No sueñes tu vida, vive tus sueños". No es que sea mucho mi estilo pero transmite buen rollo.

La chica me guía por el interior de su casa y escucho unos golpes muy fuertes que provienen del piso de abajo.

—Mi marido está bajo intentando arreglar la lavadora que se nos ha escacharrado, a ver si lo consigue —dice poniendo los ojos en blanco.

Me sorprende por un segundo que una chica un par de años mayor que yo esté casada, aunque no tiene por qué. Debe de tener treinta años, una edad perfectamente normal para casarse. A veces se me olvida que no todo el mundo en el pueblo ha tenido una vida tan caótica como la mía o la de Tony.

Sonrío y llama mi atención un *collage* de fotos en la pared. Por un instante, me parece reconocer en él a Gabriel Silva, pero no puedo detenerme a mirarlo y dar la impresión de que soy un cotilla.

Al entrar a su salón, me encuentro con que es uno de esos salones con cocina muy espacioso. Nerea me invita a sentarme en

una de las sillas tapizadas de la mesa de su comedor. Coge un monitor de bebé que hay sobre la mesa y lo observa. Parece que también tiene hijos como indican algunos juguetes desplegados por la zona. Nerea deja el monitor sobre la encimera y saca la cafetera del fuego. Coge una taza gigante rosa con una cara sonriente y empieza a verter el café.

—¿Te apetece café? —me pregunta.

—No, muchas gracias.

—Es que hace mucho calor para café ¿verdad? —me pregunta con su taza humeante en las manos—. Yo tampoco lo aguanto en verano, pero es que soy adicta.

Ella pone su taza sobre la mesa del comedor y se sienta en frente mía.

—Bueno dime, ¿qué querías preguntarme?

—Me dijeron en el Alambique que tú tenías amistad con Gabriel Silva desde hace tiempo ¿no?

—Sí. Le conozco desde hace muchos años sí. Me dio mucha pena enterarme de lo que ha pasado. Me enteré el mismo día, porque estoy en un grupo de *whatsapp* en el que está también su hermana y nos lo comunicó…. muy triste.

—Sin duda. Yo estaba interesado en saber si conoces a una chica que quizás estuvo saliendo con él. Una chica que se llama Ángela.

—¿Ángela? Ostras… pues así de primeras no me suena … —dice haciendo memoria—. Ángela… ¿sabes qué pasa? Que no era nada fácil llevarle la pista a todas las tías con las que andaba Gabriel. Era un picaflor, que en paz descanse, pero andaba con una tía diferente cada semana, o con varias a la vez. Y además es que era mucho de ponerles motes chorras a las chicas con las que estaba. Yo que también tuve mi momento tonto con él, y estuvimos unos meses, a mí por ejemplo me llamaba gatita. Menuda vergüenza ajena cuando lo pienso —dice y comienza a reírse.

Yo sonrío, pero la verdad es que el apodo de gatita le pega un poco porque es cierto que Nerea tiene algo adorable, como un gato. Sus ojos grandes y oscuros y su labio superior en forma de corazón resultan un poco infantiles. Además lleva un peinado con trenzas y varios ganchos de colores en el pelo.

—Ángela… —repite soplando a su taza—. Sigo pensándolo a ver si me suena.

—¿Cuánto tiempo hace que conoces a Gabriel? Porque yo crecí en este pueblo, pero no lo conocía.

—Sí, es que Gabriel no era del pueblo. Él es de la *capi*. Y venía por aquí una vez a la semana o así al Alambique. En verano sí venía más. Su padre le hacía trabajar los fines de semana cuando suspendía, pero él trabajar, no trabajaba mucho. Yo le conocí pues… tendría yo veintitrés o así. Que fui precisamente a echar mi currículum al Alambique y él me contrató. Yo creo que porque le gusté, para ligar conmigo sin más —comenta como si le hiciera gracia el recuerdo—. Lo que pasa que me duró más el trabajo que el novio porque yo me di cuenta desde el primer día de que tonteaba con todas las chicas guapas que entraban al bar. En Guadalajara que no me tenía delante, ya ni te cuento las que liaría. Así que se me acabó la tontería con él rápido. Pero como el encargado por aquel entonces decía que yo trabajaba bien, me hicieron fija y yo lo seguía viendo cuando venía y nada… teníamos buen rollo. Era mejor tenerlo como colega que como novio, eso seguro. A mí esos juegos que se traía… no iban conmigo para nada. Es más, me dan asco.

—¿Juegos? ¿De qué juegos hablas? —le pregunto tenso.

—Pues eso, que a él lo que le gustaba era eso de ponerme celosa y hacerme rabiar. A él lo que le ponía es que las tías se pusieran celosas y discutir y reconciliarse a polvos… Y otra vez vuelta a empezar. A mí es que ese tipo de tíos me dan pereza. En los años que llevo en el Alambique, me han venido despotricando de él decenas de tías. Pero bueno, yo es que tampoco me lo tomé a lo personal ¿sabes? Hay tíos que son así y no cambian. Lo mejor es

pasar de ellos y hacer lo que hice yo, vengarme de él —dice con una sonrisa.

—¿Cómo te vengaste?

—Poniéndole los cuernos con un amigo suyo ale, donde las dan las toman —ella sonríe y se lleva la taza a los labios—. Así que mira, si hasta me hizo un favor, porque gracias a él terminé casada con un tío que sí valía la pena y con un niño —dice enseñándome un anillo dorado en su dedo.

Yo le devuelvo la sonrisa.

—¿Qué más puedes contarme de Gabriel en los últimos tiempos?

—Pues… yo creo que le iba bien. Ahora mismo no tenía novia hasta donde yo sé, pero sí seguía andando con unas y otras eso seguro. Seguía haciendo como que trabajaba en los locales de su familia pero él echar un turno de diez horas como echamos el resto, ni de broma. Eso le traía problemas con su padre, siempre me contaba que su padre no veía con buenos ojos ni lo que hacía ni que no se casara. Al parecer le decía muchas veces que le iba a desheredar por vago, pero tampoco le veía yo muy preocupado por eso. Si es que tenía la vida solucionada desde la cuna. Yo me hubiera cambiado por él, también te digo.

Nerea deja la taza en la mesa y me mira.

—Pero una pregunta, ¿por qué estamos hablando de Gabriel? ¿Tú lo conocías?

—A ver es que sé que es un poco raro, pero tengo lagunas de memoria, y creo que a lo mejor sí lo conocí, pero no puedo recordarlo. Hay muchas cosas de mi pasado en el pueblo de las que no recuerdo nada.

—Anda qué mal ¿y eso?

—Creo que es por un accidente de coche que tuve, algo se me debió quedar tocado ahí dentro —le digo. Porque no le voy a

reconocer que probablemente lo que me agujereó el cerebro fueron las drogas y el alcohol que tomé.

—Anda, tú eres el chico ese que se estampó con el hijo pequeño de los Romero ¿no? —me dice Nerea contenta de ubicarme al fin.

Trago saliva. Para qué le he dicho eso. La mayor parte del pueblo me odia por lo que le hice a Eric Romero. Como empiece a acordarse de quién soy, va a darse cuenta de que soy un tipo despreciable y que no debería tenerme sentado en su mesa con tanta amabilidad.

Afirmo con la cabeza.

—Oh vaya, qué mal, lo siento mucho —dice y parece sincera. No parece asociarme a nada malo. No le deben haber llegado los rumores.

—Sí, gracias. La cosa es que estoy intentando encontrar a gente que conociera bien a Gabriel y a esa Ángela de la que te he hablado. Porque creo que yo pude estar involucrado en algo con ellos, pero necesito ayuda para recordar.

Nerea se muerde el labio.

—Vaya… pues no sé, si quieres puedo preguntarle a mi marido que al final él conoce mejor los círculos de Gabriel que yo. Yo sé lo que hacía Gabriel en el Alambique, fuera ya ni idea. ¿Quieres que le pregunte?

—Sí, la verdad es que me gustaría que le preguntaras sobre todo si él conoce a Ángela.

—Claro, voy a preguntarle. Dame un minuto.

La chica se levanta de un salto enérgico de su silla, coge el monitor de su bebé y luego se va hacia el pasillo. Cuando sale del salón, me doy cuenta de que desde bajo ya no se escuchan golpetazos, pero sí que se escucha algún que otro ruido metálico, como si estuvieran desenroscando tornillos o algo así. Cuando veo el

pasillo vacío, me levanto de la silla y me acerco a ver el *collage de fotos* que he visto antes.

Las observo una a una, casi todas son fotos de vacaciones. En la mayoría veo a Nerea abrazada o besando a un hombre muy alto y de cabello liso cuya cara también me suena ligeramente familiar. Probablemente sea el marido que está arreglando la lavadora. El resto de fotos que no son de viajes, son fotos antiguas, de grupos de chicas bebiendo y de fiesta. En ellas Nerea parece un poco más joven que ahora. Me fijo muy bien en cada una de las chicas con las que posa con la esperanza de encontrar a Ángela en alguna, pero a quien encuentro es a Gabriel.

Lo reconozco rápidamente por su chaqueta de cuero, su cara de chulo y el pelo engominado hacia atrás. Lo veo en dos fotos, en una posa junto a Nerea y un grupo variado de personas en el Alambique. En la otra fotografía en la que lo localizo, lo veo junto al hombre que seguramente sea el marido de Nerea, sentados en una zona aleatoria que podría ser del pueblo, sosteniendo botellines de cerveza y sonriendo frente a la cámara. Al mirarlo a la cara, me invade una sensación de náuseas.

Me llega hasta los oídos la voz de Nerea hablando en el sótano.

—Pero tú conoces a alguna Ángela ¿o no?…

—¿Por qué lo preguntas, ¿está ella aquí? —le escucho decir.

Me tapo la mano con la boca. ¡Creo que la conoce!

DIECISIETE

Me acerco sutilmente a la escalera que lleva al sótano de donde provienen las voces para escuchar mejor la conversación.

—Es que ha venido un chico del pueblo buscándola, y yo ahora mismo no sé.

—¿Qué chico?

—Me ha dicho que se llama Saúl. Iba con uno que conozco del pueblo que se mató. Y dice que ha perdido la memoria y que necesita ayuda para recordar.

—Qué raro… ¿Quieres que suba?

—Sí sube porfa, a ver si tú le ayudas.

Escucho un ruido metálico, como si hubiera soltado sus herramientas y comienzo a escuchar pasos.

Vuelvo de puntillas al lugar donde estaba y me siento en la mesa. Poco después, Nerea vuelve acompañada de su marido. Es un hombre alto, un poco más que yo. Se ha cortado el pelo bastante respecto a sus fotos, ahora lo lleva como al uno. Debe tener unos diez años más que yo quizás. Debe rondar la edad de Silva.

En su camiseta dice "sexy boy" en letras grandes, pero no es un mensaje con el que yo estoy particularmente de acuerdo. La camiseta está totalmente empapada de sudor, al igual que su cara, cuello y pelo. Va secándose las manos y los brazos con una toalla.

—Hola —le digo levantándome para estrecharle la mano—. Saúl, un placer.

Al verme hace un gesto con la cara un poco raro, como si me reconociera. Se me queda mirando a los ojos fijamente y no me

estrecha la mano que le tiendo durante unos segundos, después dice:

—Yo soy Héctor. Qué hay tío. Perdón que me pillas así porque estaba peleándome con una lavadora y te veo aquí y digo, este me suena bastante.

—Puede ser que nos conozcamos de vista sí —le comento estrechando su mano—. Tú también me suenas. Yo crecí aquí en Cerroverde, así que nos habremos cruzado mil veces.

—¿Por dónde te juntabas tú?

—¿Yo? Iba mucho por las pistas de fútbol, por la plaza de La pipa, por las tascas…

Él inclina la cabeza un poco y se rasca la barbilla mirándome mejor.

—Ya… puede ser que te haya visto por ahí sí. Tú antes tenías el pelo como más largo y muy negro. ¿No?

—Sí —admito.

La verdad es que mi yo adolescente iba siempre con unas pintas un poco raras. En mi obsesión por el negro llegué a tintarmelo alguna vez, pero como no salía nunca de día estaba más blanco que el papel. Además tenía marcas de granos. Aún así me han reconocido tanto Nerea como su pareja, así que no debo haber cambiado tanto como creía.

—Vale vale —dice—. Creo que sí que me suenas de eso. Oye cariño, ¿lo has oído? —le pregunta a Nerea señalando al techo—. Creo que el niño se ha despertado y está llorando.

—¿Sí? Voy a ver —dice ella volviendo al pasillo.

—¿Quieres una cerveza Saúl? —me pregunta caminando hacia la nevera.

—No, gracias.

Héctor coge un tercio de *Heineken* de cristal. La abre dándole un golpecito certero en la encimera haciendo que se escape un siseo

y que parte de la espuma caiga al suelo. Mi lado de camarero tiene ganas de decirle que no haga eso, porque seguramente va a hacerle muescas en la encimera si las abre así a menudo y es mucho más fácil abrirla con un abridor.

—¿Y para qué has dicho que habías venido? —me pregunta.

—Estoy buscando a una chica llamada Ángela, que creo que podía conocer a Gabriel Silva. Me ha dicho Nerea que erais amigos, y a lo mejor tú la conoces.

El chico da un sorbo a su cerveza y piensa por un momento.

—Sí, me suena que Gabriel estuvo con una tía llamada Ángela, pero yo no tuve mucho trato con ella porque tampoco estuvieron juntos mucho tiempo —comenta y siento como una llama de esperanza se ilumina en mi interior.

—¿Fue Gabriel quien rompió con ella?

—Claro.

—¿Y sabes por qué fue?

—Por lo de siempre, porque tenía a otra.

—¿Y has visto a Ángela desde que la dejó?

—Yo no y la verdad es que me imagino que él tampoco.

—Pero seguían en contacto, porque Gabriel y ella estuvieron hace poco en Málaga.

Héctor me mira sorprendido.

—Pues a mí no me ha hablado de ella últimamente —toma un sorbo y deja la cerveza sobre la mesa.

—Oye, por qué no me cuentas bien de qué va todo esto, porque yo aún no me he enterado. ¿Estás aquí por lo de que se han cargado a Gabriel?

—Realmente solo quiero saber quién es Ángela. Quiero saber cuál es su nombre completo y dónde vive, a qué se dedica… Eso es lo que más me interesa. Cualquier información sobre ella.

—Pero … ¿Por qué? Piensas que es ella quien mató a Gabriel en Málaga? —me lo pregunta con tanta calma que me pone la piel de gallina.

—¿Tú piensas que Ángela podría haber matado a Gabriel?

—Bueno, podría haberlo hecho —dice encogiéndose de hombros.

—¿Por?

—¿Cómo que por? Hay mucha gente colgada por ahí. Gabriel era mi colega, pero no era una santo. Cuando vas liándola por ahí a veces la gente se te rebota, y vienen las consecuencias —comenta.

—¿Sabes si Ángela estaba metida en algo peligroso? ¿Algo como … cacerías de personas?

A Héctor casi se le atraganta el trago de cerveza que está dando. Tose un poco y sonríe, me mira con la ceja levantada como si hubiera escuchado una barbaridad.

—Gabriel siempre decía que a él le gustaban las chicas malas, pero no creo yo que tanto… —bromea—. ¿A qué viene esa pregunta? ¿Es algo que te interesa a ti o qué?

—No hombre, solo es por algo que me dijeron.

—Vale, vale, es que acabo de ser padre ¿Sabes? Me habías asustado. Tener hijos te *amaricona* un poco, te pone como más sensible —comenta y se ríe.

Yo sonrío, para que crea que estamos en la misma sintonía, aunque no. Nunca me han gustado esta clase de tíos del pueblo. Tienen una competición continua por demostrarle a los otros cuál es más macho. Mi padre entraba también en ese juego a menudo, yo me alegro de estar fuera de él.

—¿Entonces no hay nada más que puedas decirme de Ángela, su nombre, si vive en Cerroverde…

Él niega con la cabeza.

—En Cerroverde no vive, eso te lo garantizo. Porque me la habría cruzado. Aquí te cruzas a todo el mundo en algún momento.

Mierda.

—¿Y tú conociste a Gabriel en el bar como Nerea?

—No qué va. Yo lo conocí en una FP que hicimos de Electricidad a la vez en un instituto de Guadalajara. A él se le daba muy bien, mucho mejor que a mí. Lo que pasa es que a él no le hacía falta trabajar realmente, así que no se lo sacó pero yo sí. Pero mantuvimos contacto y cuando venía al pueblo a veces me llamaba y nos tomábamos algo. Cuando yo me lié con mi mujer la primera vez, ella andaba medio liada con él. Yo pensé que se picaría conmigo o con ella pero qué va. Era un buen tío la verdad, ni siquiera trató de echar a Nerea del bar y podría haberlo hecho fácilmente. Y hasta se vino a casa y conoció a nuestro crío cuando lo tuvimos. Me da pena que se lo hayan cargado… Aún no me lo creo del todo. Es como si esperara que volviera a aparecer por el pueblo en cualquier momento.

Héctor vacía el resto de su tercio de un trago.

Nerea vuelve y dice que el niño estaba tranquilo y bien. Nos pregunta qué tal y le decimos la verdad, que no ha podido contarme mucho más de lo que me interesaba que es Ángela.

—Mira, es que nos has pillado un poco de sorpresa ¿no? —dice Nerea—. Podemos darle vueltas, y comentarlo con más gente que conociera a Gabriel si quieres. Yo conozco a todo el mundo en el pueblo, seguro que si esa Ángela ha puesto alguna vez el pie en Cerroverde yo conozco a alguien que lo sepa. Ahora tengo tú número, puedo llamarte y comentarte si me entero de algo ¿vale? Porque tú estás aquí alojado en el pueblo ahora ¿no?

—Sí, voy a pasar unos días más aquí, si os enteráis de cualquier cosa que tenga que ver con Ángela, mandadme un mensaje por favor.

DIECIOCHO

Cuando salgo de la casa de la parejita me subo a mi coche y me quedo mirando unos segundos a través de la ventana. Héctor y Nerea son la clásica pareja de Cerroverde. En el pueblo crecen dos tipos de persona: los que como yo soñamos en la adolescencia con marcharnos a la ciudad y no volver a vivir en el pueblo y los que son como la parejita. Gente que encuentra trabajo aquí, se casan con alguien del pueblo y pasan a convertirse en parte del paisaje. Me he fijado en que tenían un montón de premios y de placas conmemorativas expuestas en su salón-cocina. Los conozco bien, mi padre también tenía algunos de esos. Es señal de que participan en todos los torneos de petanca, de caza, de dardos y demás actividades que se organizan en el pueblo. Una señal clara de lo integrados que están en la vida social de Cerroverde.

Me llaman al móvil, casi espero que sea Nerea con algo que han recordado pero el número que me aparece en pantalla no lo tengo apuntado. Lo cojo.

—¿Sí?

—¿Ángela?

Yo me quedo en silencio y acerco más el altavoz a mi oreja. Es la voz de un hombre cuya voz no reconozco.

—No, soy Saúl.

—Ah perdona —dice apurado—. Entonces tengo el número equivocado, perdona eh.

—¡No espera! —exclamo para que no cuelgue—. ¿Quién te ha dado mi número?

—Una chica llamada Ángela. Pero se ve que me dio mal su número.

—Yo conozco a Ángela ¿Pero tú quién eres? —le pregunto seguro de que no ha sido un accidente, ella quería que este hombre me llamara.

—Mi nombre es Ernesto Aguilar, soy editor del periódico La voz de la Alcarria, no sé si lo conocerás.

—Sí, lo conozco. Es un periódico local de esta zona, mi abuelo lo compraba.

—Exacto, pues ha estado Ángela aquí en la redacción esta mañana y quería darme unos datos sobre un artículo que estoy escribiendo pero me ha pillado fuera y me ha dejado su número para que la contactara más tarde. Bueno su número no, el tuyo. Debe haberse equivocado.

—¿De qué trata el artículo?

—De los huesos que fueron encontrados en el embalse de la Higueruela hace un mes. Ya publicamos un artículo en su momento, pero ahora estamos ampliando la información y vamos a publicar uno mucho más extenso con los nuevos datos. Estamos buscando testimonios también, de cualquiera que sepa algo y quiera colaborar.

—No conozco esa noticia, ¿podrías enviarme el artículo o decirme cómo encontrarlo?

El hombre parece un poco sorprendido pero enseguida dice.

—Sí claro, si me das tu correo electrónico te lo mando.

Le dicto mi correo convencido de que eso es lo que Ángela quería cuando le ha dado mi número a este tío.

—¿De quién son los huesos encontrados en el embalse? —le pregunto.

—La identidad de la víctima todavía no había trascendido, pero esta tarde se ha convocado a la prensa porque la policía va a darnos nuevos datos, así que esperamos tener esa información para

mañana y poder ponerlo en el reportaje. Tu amiga ha dejado dicho que ella conocía al culpable, y yo quería escuchar qué tiene que decir no para publicarlo, porque no publicamos especulaciones, pero sí me interesa tener su testimonio.

—Ángela a veces dice cosas raras… no hay que hacerle mucho caso… — siento el sudor enfriándome la nuca.

—Yo le habría dicho que como la investigación todavía está abierta, debería de acudir a la policía si sospecha de alguien. Pero es bastante común que haya gente que contacte con los medios en estos casos y no con la policía, parece que les impone más denunciar a la policía que a la prensa.

—Una pregunta… ¿Ángela te dijo su apellido?

—No, solamente me dijo que se llamaba Ángela.

Me quedo en silencio y él también, probablemente se está preguntando por qué le acabo de preguntar eso.

Veo por el rabillo del ojo a Héctor cargado con una bolsa de basura saliendo por la puerta principal de su casa. Al verme, se detiene y me hace un gesto de saludo con la mano.

Yo le devuelvo el saludo y señalo el móvil que está en mi oído con una sonrisa, para que no se pregunte por qué todavía estoy parado enfrente de su casa.

—Por favor, acuérdate de enviarme el artículo, porque me interesa mucho.

—Sí, ya te lo estoy enviando. Y te aconsejo que si tú o tu amiga tenéis algún dato que ayude a resolver el caso, os pongáis en contacto con la policía de inmediato. Ningún testimonio está de más, créeme. siempre le viene bien tener testigos. O bueno incluso si queréis decírmelo a mí, yo siempre mantengo el anonimato de mis fuentes.

—Gracias —le digo nos despedimos y cuelgo.

Miro a Héctor una última vez. Acaba de echar la basura en el contenedor y cuando me mira le saludo con la mano de nuevo antes de arrancar.

Me pongo de nuevo en marcha y comienzo a conducir sin rumbo por el pueblo para pensar. En seguida me siento atraído por salir de las calles e irme a la zona de fuera, entre los árboles. Me pongo a conducir por un camino sin tráfico, un camino rural de encinas que me recuerda al camino por el que una vez me escapé de este pueblo.

Escapar es un buen verbo sin duda para lo que hice. No me marché simplemente, me escapé. ¿Pero de qué? ¿Qué es lo que me incomoda tanto de este pueblo?

Hay un bosque denso a ambos lados de la carretera. Pero no fue este concretamente el camino por el que yo salí, sino otro que está en el norte del pueblo que es mucho menos utilizado que este. Una carretera rural, que prácticamente nadie utiliza y que a día de hoy sigo sin saber qué hacía yo allí. También me sorprende ahora que lo pienso, que Lucía pasara por allí.

Nunca lo había pensado. Qué podía hacer Lucía en mitad de la noche en una carretera que ni los de Cerroverde usamos… Sé que me dijo que estaba en la zona porque tenía un novio y era la semana de fiestas en el pueblo. Pero lo que no entiendo es por qué pasó de madrugada por esa carretera que nadie usa. Algún día tendré que preguntárselo por curiosidad.

Miro mi móvil que está apoyado en el asiento del copiloto porque ha aparecido una notificación de correo electrónico.

Como no hay coches a mi alrededor, me salgo un poco de la carretera bajo la sombra de un árbol.

Abro el correo electrónico y descargo el archivo, es un *PDF*. La cobertura es tan mala por aquí que tarda una eternidad en descargarse. Yo estoy muy nervioso, y además estoy sudando de calor. Cuando por fin aparece el artículo, veo una foto con un bosque acordonado y el titular debajo:

Aparecen restos humanos en el Embalse de la Higueruela: podrían llevar enterrados una década

Un vecino de la zona encontró el pasado miércoles por la tarde restos óseos humanos parcialmente enterrados en la orilla del embalse próxima al municipio de Cerroverde. El hallazgo se produjo de forma fortuita mientras paseaba por una zona del embalse que normalmente está cubierta por el agua. Los episodios de sequía extrema que estamos viviendo han producido un descenso del nivel del agua dejando los huesos al descubierto.

El equipo de homicidios de la Guardia Civil se desplazó hacia el lugar y acordonó la zona para llevar a cabo la recogida de pruebas. Los primeros análisis forenses han determinado que los restos hallados pertenecen a una mujer de unos dieciséis años de edad. Aún se desconoce la identidad de la víctima, así como la fecha exacta del fallecimiento, aunque las primeras estimaciones apuntan a que los restos podrían llevar en el embalse alrededor de diez años.

La policía judicial mantiene abierta la investigación y pide colaboración ciudadana para identificar los restos.

Dejo mi móvil en el asiento del copiloto y siento una opresión infernal en el estómago. Otro cadáver en el pueblo, otra persona demasiado joven para morir. El pánico me invade, entonces alguien toca la ventanilla y yo doy un salto dentro del coche.

Un hombre de pelo aplastado y nariz enorme que está de pie junto a mi coche me mira haciéndome gestos para que baje la ventanilla.

Yo no obedezco. Él se pone entonces a señalar la rueda delantera de mi coche y me hace aspavientos con la mano. Abro la ventana tan solo una rendija.

—¿Has tenido algún problema? —me pregunta.

—No. Solo he parado un momento.

—Estás perdiendo líquido —dice señalando hacia una rueda de mi coche.

Yo suspiro, me desabrocho el cinturón y veo como el hombre se agacha frente al capó de mi coche. Salgo. El calor fuera es muy desagradable. Hay un coro de chicharras peleándose por reventarme los tímpanos.

Miro donde me señala el hombre y veo que se ha formado un charco en el asfalto bajo mi coche.

—Algo tienes, deberías ir al taller cuanto antes.

Yo miro fijamente la mancha negra de la carretera. La conmoción por el nuevo cuerpo encontrado está tan grabada en mis huesos que apenas puedo formar un pensamiento coherente sobre algo tan mundano como una avería en mi coche.

—Puedes ir a mi taller, está en el pueblo a muy pocos kilómetros y es muy buen sitio. Si quieres te indico cómo llegar ¿Porque tú no eres de aquí no?

—Conozco este pueblo muy bien, no se preocupe, gracias —le digo y me subo al coche. Siento mis extremidades como si fueran de goma.

—No lo dejes porque si te confías, vas a quedarte tirado —me dice.

—Sí, lo voy a llevar ya mismo —cierro la puerta y giro la llave del contacto. Al menos el motor arranca como siempre.

Cuando me voy, levanto la mano de nuevo en señal de agradecimiento al pasar junto al hombre que me observa con atención mientras doy media vuelta y vuelvo al pueblo.

DIECINUEVE

Pongo rumbo al taller que probablemente pensaba indicarme el anciano porque que yo sepa, no hay más talleres en este pueblo. Me recibe un hombre de unos sesenta años con una barba canosa, cintura ancha y mejillas coloradas. Cuando le dejo el coche, le veo observarlo con mucha parsimonia, como si no tuviera prisa.

Le hace un gesto a un chico joven y le dice que se agache a ver si ve el problema. Mientras espero junto a la puerta, veo una cara familiar que me provoca una gran oleada de ansiedad. Lo veo salir de una furgoneta azul oscuro. Antes de que pueda esconderme, él me ve.

—Hola —le saludo rápidamente.

—Hola —murmura él tan levemente que apenas puedo asegurar que no me lo haya imaginado.

Parece que él está buscando a alguno de los mecánicos, aunque él mismo va vestido con un mono de trabajo parecido al de los hombres del taller. El pelo castaño oscuro le cae sobre las orejas. Comparado con hace unos años, su rostro es más estrecho y anguloso, y su piel parece más madura.

Se siente my extraño volver a verlo después de todos estos años. Es el hermano mayor de Eric. Sé que desde que pasó lo de su hermano me considera una persona cruel. Sé de buena tinta, que es uno de los mayores responsables de difundir por el pueblo la idea de que su hermano se suicidó por mi culpa. Con lo que conlleva para la reputación de alguien ser expuesto como el responsable de la muerte de uno de los chicos más queridos del pueblo. Pero no culpo a Álex por invitar al resto a odiarme, tiene razón. Y eso que él no

sabe toda la verdad. Si la supiera, probablemente me daría una paliza.

—¿Cómo estás? —pregunto intentando sonar conciliador—. Ha pasado mucho tiempo desde que no nos vemos.

—Sí, desde las fiestas del pueblo.

—Sí… —le digo, aunque no recuerdo ahora mismo cuándo fue la última vez en concreto que lo vi. Pero si él dice que fue en las fiestas del pueblo, pues así será.

—No sabía que habías vuelto —me dice en un tono cercano al desprecio.

—Estoy de visita unos días.

—Pensaba que te habías ido para siempre —me dice. Aunque no tenga sentido, sus palabras me hieren.

El hombre que me ha atendido, se acerca esta vez a Álex, el hermano de mi amigo y le indica dónde tiene que dejarle su furgoneta aparcada.

—Me alegro de verte —le digo cuando su mirada se encuentra brevemente con la mía.

Él asiente con la cabeza y se marcha dejándome con una enorme sensación de culpabilidad en el estómago. El joven mecánico que estaba observando mi coche, se acerca y me explica que mi manguito se ha vuelto poroso y que es algo que puede pasar con los coches viejos. Lo cierto es que el mío no tiene ni siquiera cuatro años. Pero el chaval se ofrece a cambiarmelo de inmediato y después de menos de media hora ya puedo volver a conducirlo. Me tranquiliza que el mecánico haya descartado que alguien me haya cortado algo.

Paro un momento a comprar otro *kebab* en el sitio de ayer y luego conduzco hasta mi apartamento. Me sorprende ver un *Peugeot* azul que me resulta muy conocido acercándose a mí en la última curva, solo tengo una décima de segundo para fijarme en la conductora, pero me basta para reconocer a Lucía. ¿¡Qué demonios

hace ella aquí!? Creo que no me ha visto porque está mirando atentamente la carretera.

Paro frente a mi casa y con el corazón palpitando en el pecho meto la llave en el apartamento y me siento en la silla de mi pequeño salón alquilado. Lucía no puede estar aquí, se va a enterar de lo que le hice a Eric, se va a enterar de que mis padres me odian, de que todo el pueblo me odia. Y de que mi mejor amigo ha aparecido muerto en cuanto yo he llegado aquí. Le van a contar a qué me dedicaba yo cuando vivía aquí y Lucía va a alucinar de todo lo que le he estado ocultando. Es posible incluso que llegue a pensar que soy un asesino.

El agobio que siento es tan grande, que siento como si unas manos invisibles me estuvieran asfixiando. Es mediodía, hace mucho calor, más de treinta y cinco grados seguro.

Me mareo, intento agarrarme al borde de la mesa pero mi mano resbala y pierdo el equilibrio cayendo hacia el lado. Me golpeo la cabeza contra las baldosas. Un golpe sordo y un dolor punzante en la cabeza y el mundo desaparece en una oscuridad profunda.

VEINTE

No sé cuánto tiempo he estado inconsciente. Cuando me despierto, me doy cuenta de que estoy tendido en el suelo. Me incorporo apoyándome en las manos y de inmediato un dolor muy fuerte me atraviesa la muñeca. Creo que me la he torcido al caer. En la nuca también siento una buena dosis de dolor. Mi camiseta está empapada de sudor y tengo unas gotas de sangre en la pechera de la camiseta. Creo que me ha sangrado la nariz.

Escucho una melodía, es el tono de llamada de Lucía. Miro la hora en la pantalla y ha pasado más de una hora desde que la vi en el coche. Cojo el móvil.

—Hola.

—Saúl ¿dónde estás? Te he llamado un millón de veces.

—Perdona no tenía el móvil cerca. Dime, qué querías —le digo frotándome la cabeza, todavía mareado.

—Estoy en Cerroverde.

—¿Por qué has venido? Es un viaje muy largo —le pregunto.

—Por ti. Tenemos que hablar.

—¿De qué?

—Ya que estoy aquí podemos hablar en persona ¿no? Estoy en el centro del pueblo, en una cafetería del centro que se llama Café Central. ¿Sabes cuál te digo?

—Sí, claro.

—Cuánto tardas en venir.

—Menos de media hora.

—Vale, pues nos vemos aquí entonces.

Cuelga. Yo también cuelgo. Y no entiendo de qué quiere hablar conmigo ahora. Pero sea de lo que sea, yo no pienso hablarle de nada de lo que he vivido en estos dos días en Cerroverde. ¿Qué le voy a contar? ¿Lo del cadáver en el bosque, lo del cadáver de mi mejor amigo drogadicto, o lo mi encuentro con el hermano de mi otro mejor amigo que me odia a muerte? Básicamente no hay nada que pueda contarle a Lucía.

Me doy una ducha rápida, me pongo una camisa de manga corta limpia y en cuanto salgo por la puerta me pongo a sudar de inmediato con este maldito calor.

En el centro del pueblo hay mucho ambiente hoy. Hay varios de esos *foodtrucks* de comida callejera. Son furgonetas que van circulando por los pueblos en verano vendiendo perritos, hamburguesas, pizzas, helados y ese tipo de comida. Hay mucha gente paseando entre los puestos impregnados de un delicioso aroma a carne asada.

Lucía ha tenido que elegir justo la plaza del ayuntamiento y justo el día en que están los *foodtrucks* y la mitad del pueblo ha venido aquí a comer. Echo un vistazo general a lo animada que está la plaza llena de niños correteando de aquí para allá y gente pidiendo comida en los puestos o sentados en las terrazas. Al otro lado de la plaza está la Cafetería Central, que debe estar también llena ahora mismo. Veo que la puerta se abre, y la figura que me parece intuir que sale con toda probabilidad es Ángela.

En realidad habría dudado si no fuera porque ella también me ve, se queda parada mirándome y entonces sale corriendo a toda prisa entre la multitud como si quisiera escapar de mí. Tengo que ir tras ella ahora mismo.

Disculpándome, me abro paso entre la multitud pero enseguida ella se escabulle entre la gente y la pierdo de vista. La busco, pero me parece verla correr hacia la calle contigua. Decido

echarme a correr yo también pero me choco contra una mujer que se enfada mucho y hasta me arrea con su bolso.

—Ey, Saúl, eres tú.

Me doy la vuelta y veo que Nerea está con su móvil en una mano y un carrito de bebés en la otra. Ella me mira de arriba a abajo con una mirada rara.

—¿A pedirte un perrito o…? —me pregunta visiblemente incómoda.

Yo no sé qué ha querido decir con eso. Me da igual, Ángela acaba de salir de la cafetería en la que está Lucía.

Veo también a Héctor que vuelve de uno de los *foodrucks* haciendo equilibrio con una bandeja llena de hamburguesas y patatas envueltos en papel.

—Nerea lo siento, tengo un poco de prisa que he quedado y llego tarde. Pasadlo muy bien eh —le digo en el tono más amable que me sale.

Me doy la vuelta y camino deprisa hacia la cafetería pero cuando me asomo a la calle contigua no veo ni rastro de Ángela. Me lleva demasiada delantera.

Suspiro y voy hacia la cafetería. Al no encontrar a Lucía en la terraza abarrotada, la busco dentro donde no hay tanta gente. Y la verdad es que se está mucho más agusto dentro con el aire acondicionado que fuera.

Hay mucho ruido,eso sí. El olor a *baguette* recién hecha se mezcla con el olor a sudor de los camareros que pasan a toda velocidad a mi lado. Veo a Lucía sentada en una mesa a solas, ha elegido una mesa de las que están pegadas a una columna.

Verla ahí con su blusa blanca mirando preocupada la pantalla de la televisión me enternece un poco. Al verla me doy cuenta de que la echaba de menos.

Cuando sus ojos se encuentran con los míos, veo una clara expresión de alivio en su rostro. Se levanta y viene hacia mí. Nos fundimos en un abrazo.

Cuando nos separamos veo que hay dos vasos sobre su mesa.

—¿Hay alguien sentado aquí contigo? —le pregunto señalándole el otro vaso que hay en la mesa y que está medio vacío.

—No qué va, ese vaso ya estaba ahí, y van los camareros tan liados que ni se han dado cuenta. Yo no les he dicho nada, no me gusta molestar…

Me siento en la silla e intento respirar hondo y tranquilizarme. Me ahueco la camisa un poco porque estoy sudando a mares. El frescor del aire acondicionado empieza a enfriar el sudor de mi piel.

Miro alrededor. Hace más de diez años que no venía a este sitio. En realidad antes tampoco venía mucho, aquí venía alguna vez de pequeño con mi abuela. Ella compraba un décimo de lotería todos los años y a mí me gustaba la decoración navideña y los villancicos de la radio. Después solo empecé a venir aquí para comprar tabaco. Era el único bar camino al instituto en el que el dueño dejaba que compráramos tabaco aunque fuéramos menores de edad.

Pero no era un sitio que me gustara mucho. Ahora sí, ahora me parece que es un sitio muy bonito. Aunque tiene muchos años, lo han remodelado y parece moderno, luminoso y acogedor. Tiene una iluminación muy buena desde que entras. Desde que Lucía y yo empezamos a planear remodelar La Lagartija me fijo mucho más en los detalles de la decoración cuando entro a un bar. Pero me produce mucho malestar en el estómago darme cuenta de que ni siquiera sé si nuestros planes de reforma se harán realidad o si volveré a recuperar algo de mi vida en Málaga.

—Estás loca. Nunca pensé que te vendrías hasta aquí, está lejísimos —le digo.

—Estaba preocupada, son muchos días sin verte.

Yo sonrío y le agarro de la muñeca. Sostengo sus manos entre las mías.

—¿Qué tal te va con lo de la casa? ¿Has limpiado el sótano ya?

Intento normalizar nuestra conversación, como si fuera un día cualquiera, pero aún así se siente forzado. No hay nada normal en que Lucía y yo estemos en esta cafetería a más de 500 km de Málaga. Y estoy bastante seguro de que hay algo más que le ha hecho recorrer todos estos kilómetros. No creo que sean solo las ganas de verme.

—El agente inmobiliario me ha dado un precio por la casa que se acerca bastante a lo que mis padres querían, y nos ha dicho que ya tiene algunas parejas que están interesadas en un piso similar en la zona así que… parece que la venta va a hacerse y tendremos presupuesto.

—Qué buena noticia. Me alegro mucho.

—Sí… —dice mirando su bebida con los brazos cruzados y golpeándose el labio con el pulgar.

—Saúl… la policía fue a hablar con Pedro ayer otra vez.

Siento un regusto amargo en la lengua.

—Pedro cree que fuiste tú.

—¿En serio?

Ella asiente con gravedad.

Yo me recuesto en el respaldo, de repente siento náuseas. Pedro sospecha de mí. Pedro. Mi compañero de trabajo, con el que he tenido una relación maravillosa durante estos últimos cinco años trabajando codo con codo y sin ningún tipo de problema. Pedro cree que yo soy un asesino. Perfecto.

—Sí, dice que tú fuiste el último en salir del bar, y que te vio con el cuchillo en la barra…

—¡Oh vaya! Me fui él último porque él siempre se va mucho antes que yo del trabajo y me vio con el cuchillo porque no puedo cortar los limones con la mano —salto muy alterado.

—Ya, yo solo te lo digo porque me ha dicho que va a dejar el trabajo por eso. Bueno, es que ya me ha presentado su dimisión.

—¿En serio?

—Sí. Yo le he dicho que se esperara, pero me ha dicho que su mujer le ha dicho que no quiere que siga trabajando con…

No termina la frase pero no le hace falta, "un asesino". Conozco a la mujer de Pedro y es una maruja muy tocahuevos que habla mal de todo el mundo a las espaldas así que conmigo no iba a hacer ninguna excepción está claro.

—No tiene huevos ni de decírmelo a la cara, pues que le den por culo, hay mil cocineros buscando trabajo.

Lucía me mira sorprendida.

—¡Es que me está acusando de asesinato Lucía! Sin ningún puto motivo —miro alrededor y bajo la voz, aunque con el jaleo que hay en el bar no es fácil escuchar nada—. ¿Le dije yo a la policía que vi a Pedro hablando con el muerto un buen rato?

—¿Le viste hablando con él? —me pregunta con los ojos muy abiertos.

—Sí… Y luego le pregunté de qué hablaban y no me especificó de qué. Pero yo no voy como él, montándome películas de que Pedro es de repente ahora un asesino ¡es absurdo!

—A mí también estuvo la policía haciéndome más preguntas —dice tras unos instantes.

—Qué preguntas.

—Sobre ti. Querían saber qué tipo de persona eres. Si tenías problemas con alguien y si seguías en contacto con viejos amigos.

Me mira como si quisiera que yo respondiera a esas preguntas ahora.

—¿Y qué le dijiste?

—¿Qué crees que les dije?

Nos miramos a los ojos y entonces sé que no puedo permitirme dudar de Lucía ahora. Está de mi lado, como siempre lo ha estado.

—Tú no piensas que he sido yo ¿verdad?

—No. Pero con las preguntas que hace la policía sí he llegado a pensar que tú tenías algo que ver con ese hombre.

—¿Qué hombre?

—¡El que fue apuñalado Saúl! ¿De qué estamos hablando? —me pregunta tensa—. Yo solo quiero que me mires a los ojos y me jures que tú no conocías de nada al hombre que apareció apuñalado en el *pub*.

Yo la miro a los ojos.

—Te juro que no lo conozco.

No siento que sea mentira. No lo conozco. No recuerdo conocerlo al menos. Lucía me observa atentamente con sus bonitos ojos color miel. Con la luz que entra por la ventana se le ven pequeños rayos verdosos.

—Vale, yo te creo. Pero el inspector Laredo dice que está cien por cien seguro de que lo conoces.

—Lo dice porque el padre de Gabriel Silva tenía un bar en este pueblo. Pero solo porque él trabajara en Cerroverde, no quiere decir que yo lo conociera. En este pueblo yo no conozco a todos los vecinos.

—No es solo eso, me dijo que tiene pruebas gráficas de que lo conoces.

Me encojo de hombros.

—¿Qué tiene? Una foto en la que salimos los dos? Pues yo Lucía tendría que ver esa foto, pero te juro, que aunque tenga una

foto de un día con él ¡yo a ese tío no lo recuerdo de nada!

—Pero cómo no te vas a acordar de conocer a alguien con el que te has hecho una foto —me dice Lucía.

No puedo soportar más este dolor de cabeza y esta impotencia, tengo ganas de chillar. Hundo el rostro en mis manos porque no puedo seguir. Quiero desaparecer, es lo único que realmente deseo ahora mismo, una salida.

—Oye… —dice con suavidad tomando una de mis manos entre las suyas. Pero estoy demasiado molesto de que haya venido hasta aquí para seguir incriminándome y la aparto.

Lucía me mira sorprendida y me arrepiento de haberle quitado la mano de esa forma tan brusca. ¿Qué debe estar pensando de mí en este momento?

—Lo siento Lucía. No quiero involucrarte en nada de esto. Eres demasiado importante para mí —le digo, porque quiero que lo sepa. No quiero que me pase como con Tony.

Ella acerca su silla a la mía y me abraza. Me permito disfrutar de esa cercanía, aunque una pequeña parte de mí piensa que no la merezco después de todo lo que le estoy mintiendo y ocultando.

—Tú también eres importante para mí y yo sé que jamás serías capaz de matar a nadie. Por eso quiero estar aquí para apoyarte.

VEINTIUNO

Lucía pasa la noche en mi apartamento. Yo se lo comunico a mi casero y no tiene ningún problema en subir un poco el precio y dejar que se quede. Así que insisto en dormir en el sofá-cama del salón y le cedo a Lucía mi cama. Aunque yo todavía no sé si es prudente que se quede en Cerroverde donde está Ángela, una parte de mí está feliz solo por el hecho de que estemos durmiendo bajo el mismo techo.

No pego ojo en prácticamente toda la noche y cuando miro mi móvil, son poco más de las siete de la mañana. Conozco un sitio donde venden prensa que debe estar ya abierto.

Ruedo por el sofá cama y voy caminando de puntillas por el salón lo más silenciosamente que puedo. Me pongo algo de ropa y cierro la puerta con cuidado para no despertar a Lucía.

Me reconforta salir a la calle y respirar un poco del aire de buena mañana. Aunque es temprano, el calor que hace me resulta molesto. Hay una ligera brisa que se siente húmeda. El cielo tiene algunas nubes con aspecto de que van a descargar algún nuevo chubasco. Voy hacia el coche y veo que tengo una nota debajo del limpiaparabrisas.

"Eric Romero no te olvidamos"

Una oleada de calor me envuelve. Levanto la vista y miro a mi alrededor, no veo a nadie por aquí, solo la calle vacía. Me guardo la nota en el bolsillo, me subo al coche y cierro la puerta con llave.

Ayer me paseé demasiado por el centro. Es cierto que he cambiado bastante y que la gente ya se debe de haber olvidado de

mí, pero con tanta gente como había ayer en el centro, alguna persona tuvo que reconocerme seguro.

Arranco el motor y conduzco. Miro constantemente por el retrovisor para ver si alguien me sigue. Todos los coches que circulan alrededor me parecen sospechosos. Me detengo en una prensa y aparto las manos temblorosas del volante. Tengo que mantener la calma.

Me aseguro de que no hay nadie alrededor cuando salgo del coche. Veo a un peatón cruzando la calle y cuando se gira salgo y voy corriendo al pequeño comercio de prensa y papelería que lleva ahí desde que yo era pequeño.

Al entrar, el dependiente que es un hombre muy anciano levanta la vista de una pila de cajas y puros y me mira con los ojos muy abiertos porque lo sobresalto al llegar corriendo.

—Buenos días —le digo con una sonrisa que debe de parecer más una mueca.

Él me devuelve el saludo y continúa guardando unos puros en la vitrina. Yo inhalo el aroma a periódicos y libros recién impresos. El ambiente tranquilo de esta tienda en la que entraba bastante de pequeño me reconforta.

Veo el nuevo número de La voz de la Alcarria en el expositor, lo cojo y veo que en portada dice:

Identifican los restos óseos hallados en el Embalse de la Higueruela.

Cojo el periódico y una pregunta cruza mi mente. ¿Un asesino compraría el periódico si su crimen apareciera en la portada o no? Porque me pueden encontrar con este periódico en la mano.

Reprimo el pensamiento.

—Espera que te atiende mi chaval. Teo ¿quieres salir? —dice el vendedor a la trastienda, tengo tentaciones de soltar el periódico y coger otro como el *Marca*, pero oigo un ruido en la habitación contigua y entonces sale un rostro que reconozco de inmediato. Esa

frente alta y la barbilla puntiaguda es Teo Pascual, lo conozco. Era un chico tímido de mi clase con el que coincidía a veces en partidos y cosas así. No es que fuera el alma de la fiesta, era un chaval callado que siempre estaba imitando lo que hacían los demás. No éramos amigos.

—Pero bueno Saaaúl —dice con retintín.

—Hola Teo —le digo y dejo La voz de la Alcarria en el mostrador con la portada hacia abajo—. Cuánto tiempo. ¿Qué tal?

—Ya ves, trabajando en la prensa de mi abuelo, ahora —comenta y le da la vuelta al ejemplar de La voz que le he puesto sobre el mostrador.

Yo aparto la vista, pero él mira atentamente el titular. Un segundo después, su mirada se cruza con la mía. Una punzada de miedo me recorre el cuerpo.

—Había escuchado que te vieron ayer por la plaza del ayuntamiento, pero no sabía si era verdad.

Genial, las cotorras del pueblo ya están avisadas de que estoy aquí, y ahora va a haber un nuevo chisme en circulación: que he comprado La voz de la Alcarria justo en el número que hablan de unos huesos de la época en la que yo me fui de aquí.

—He venido de visita, solo voy a estar unos pocos días.

—¿A visitar a quién? —me pregunta con maldad—. Son dos euros.

Meto la mano en mi bolsillo y cojo una moneda de dos euros y la pongo sobre el mostrador.

Él la mete en la caja registradora sin decir nada más. Yo enrollo apresuradamente el periódico para que no se vea el titular y salgo de la tienda a toda prisa. Me siento en el coche y lo abro, lo primero que veo es el rostro de una chica. Una chica con un rostro adolescente. enmarcado por cabello rubio.

No la conozco, es lo primero que me viene a la cabeza. El alivio de no conocerla me dura poco, porque últimamente me he sentido así hacía mucha gente que al parecer sí conozco.

Leo el artículo.

La Guardia Civil ha confirmado que los restos óseos encontrados hace un mes en el Embalse de la Higueruela pertenecen a Macarena Millán Rubido, desaparecida durante las fiestas patronales de Torre de Álamos en 2018. La joven natural de Torre de Álamos, se había desplazado al centro de este municipio con algunas amistades para celebrar las fiestas en una jornada aparentemente normal. La víctima de diecisiete años fue vista por última vez pasada la medianoche por un grupo de amigas cuando se subió a un coche desconocido en una zona de fiesta. La autopsia ha permitido su identificación, aunque las causas de la muerte no han sido reveladas. Cabe recordar que los huesos encontrados han permanecido bajo el agua durante ocho años, todas las líneas de investigación siguen abiertas. La policía solicita colaboración ciudadana para esclarecer los hechos.

Macarena Millán es un nombre que tampoco me suena de nada. Lo primero que me viene a la mente es que esta chica debe ser esa de la que me habló Tony. La que buscaban por el pueblo poco después de que yo me marchara de aquí. Supongo que no encontré esta noticia en internet porque la chica es de Torre de Álamos, un municipio más pequeño situado a unos veinte kilómetros de Cerroverde. Pero me imagino que las batidas de búsqueda llegaron hasta aquí. Intento recordar con todas mis fuerzas a esta chica, pero es que no se me viene nada a la mente. Curiosamente, eso no me tranquiliza mucho. Porque siento que ya no puedo confiar en mis propios recuerdos.

Vuelvo a mirar la foto y escaneo su sonrisa, estudio su rostro, su larga melena rubia oxigenada recogida detrás de la oreja. Entonces veo el collar que lleva en el cuello y siento como un nudo se aprieta en mi garganta. Parpadeo, es él. La foto está en blanco y negro pero lo reconozco.

Esas cuentas turquesas jaspeadas y los pequeños nudos entre cada una de ellas. Un escalofrío me recorre el cuerpo. Este es el collar que llevaba conmigo la maldita noche que escapé de Cerroverde. Llevaba su collar roto y lleno de sangre.

¿Yo conocí a esta chica?

No estoy seguro, tenía un portátil donde guardaba todas las fotos que me hacía con la cámara y las que colgaba la gente con la que iba en redes sociales. En aquella época yo me hacía fotos a diario. Daba igual que fuera una quedada en el parque de La Pipa para fumar petas. Alguien sacaba el móvil y nos sacábamos cien fotos en una tarde y luego las subíamos a *Instagram* o *Snapchat* y yo las solía guardar de recuerdo en mi portatil, por si estas redes desaparecían. Dudo que no tenga fotos de alguien con quien hablase más de cinco minutos en aquellos años. Las guardaba en carpetas con fechas ordenadas y quizás ahí encuentre alguna prueba de que realmente conocí a Macarena, la dueña del collar que he guardado durante ocho años.

Es hora de ir a casa de mis padres y recoger mis recuerdos.

VEINTIDÓS

No he ido a casa de mis padres en ocho años. Sé que hay un gran peligro de que mi habitación se haya convertido en el trastero de la casa y que ya no quede nada. Pero aún así tengo que intentarlo.

Tardo menos de quince minutos en conducir a casa de mis padres. No es tiempo suficiente para hacerme a la idea de un encuentro con ellos. Creo que si tuviera una hora tampoco sería tiempo suficiente. He tenido ocho largos años para armarme de valor y ese tiempo tampoco ha sido suficiente.

Miro la hora. Falta poco para que sean las ocho y media de la mañana. La última vez que la vi, mi madre trabajaba a tiempo parcial en una clínica veterinaria que hay en el pueblo los lunes, miércoles y viernes. Si sigue trabajando ahí y con el mismo horario, ahora mismo podría estar en casa porque hoy es jueves.

Me sorprendería que algo hubiera cambiado en la vida de mis padres. Desde que tengo memoria, se las arreglaban para vivir una vida predecible uno al lado del otro fingiendo que todo iba bien.

Aparco el coche a unos metros de su casa. Desde aquí tengo una buena vista del *bungalow* de mis padres sin que me vean. Todo parece exactamente igual que cuando me fui.

Hay hiedra trepando por el lateral de la casa. La puerta y el tejado siguen siendo de color gris, exactamente igual que las casas que están al lado. No parece que el paso del tiempo haya afectado gran cosa a su fachada, todo parece aterradoramente normal, como si no hubiera pasado mucho desde que salí de ella por última vez.

Me aliso la camiseta, me peino un poco el pelo en el espejo y me dirijo a la puerta. Apenas unos segundos después de tocar el timbre, me abren. Me sorprende ver a un hombre que no conozco frente a mí. Es delgado, con el pelo corto y canoso y ojos pequeños. Su sonrisa parece bastante amistosa pero no me atrevo a corresponderla. ¿Quién es este hombre?

—Hola, soy Saúl.

El me mira con la boca abierta y luego inclina la cabeza.

—¿Saúl? —repite mi nombre como si despertara en él un vago recuerdo.

—Saúl Montalvo Jiménez. Mis padres viven aquí…

De repente pienso en lo estúpido que suena esto. Porque podrían haberse mudado, haber vendido la casa o… no, no pueden haber muerto. Si se hubieran muerto, me habría enterado. ¿No?

Abre su boca de nuevo y dibuja con sus labios una "a" como si ahora sí supiera quién soy.

El hombre da un paso al lado.

—Pasa.

Me hace un gesto para que lo siga.

—Tu madre ha ido a hacer unas compras, pero no va a tardar mucho.

Mi madre…no va a tardar mucho…

—Vale… ¿y tú quién eres?

Carraspea.

—Soy… el marido de tu madre.

Hace una pausa, está visiblemente incómodo. Yo le miro atentamente a los ojos, creo que no lo he oído bien.

—Nos casamos el año pasado —añade como si eso aclarara algo.

Estoy sorprendido, estoy decepcionado, pero sobre todas las cosas estoy horrorizado.

—Puedes dejar tus zapatos aquí —dice señalando un espacio donde hay varios zapatos puestos junto a la entrada.

Pero este tipo de qué va. Este quiere que nos quitemos los zapatos a la entrada como esos putos europeos. Qué grima, como puede estar mi madre con esto. Debe ser algún tipo de broma.

Cuando echo un vistazo alrededor, el resto de muebles parecen los mismos que yo recuerdo. Incluso el sofá del salón es el mismo, y ese sofá me recuerda inmediatamente a mi padre. A él le encantaba sentarse en él por las tardes y mirar con cara aburrida lo que le echaran. Lo que quiero ahora mismo es preguntar dónde está mi padre, pero no tengo la sensación de que deba hacerle a este hombre la pregunta.

—Perdona, ni siquiera me he presentado todavía, es que estoy un poco en *shock* —dice el hombre—. Me llamo Carlos.

Carlos me extiende la mano y yo le devuelvo el apretón. Carlos parece estar tenso. Todos sus gestos son rápidos y un poco torpes.

—¿Quieres algo de beber?

—No, gracias.

Aunque no me vendría mal un poco de agua para pasar este mal trago, una resistencia interior me impide aceptar nada de este desconocido. No me parece correcto que viva aquí. Entre los muebles de mi familia.

—Pues si no te importa, yo me voy a hacer un café —se frota las manos con torpeza—. Me he levantado hace solo media hora, yo estoy de vacaciones por suerte.

—Sin problema —le digo y le veo escaparse por la puerta de la cocina.

Me llega desde donde estoy uno de esos zumbidos eléctricos de las cafeteras modernas de cápsula. Lo reconozco porque ahora tengo mucha experiencia en cafeteras, pero ese trasto no estaba antes en mi casa, aquí nos lo hacíamos con una cafetera normal.

Miro a través de la ventana del salón y veo el avellano que ha crecido un poco desde la última vez que lo vi. Está denso y con un color verde intenso. En verano siempre estaba especialmente bonito, es la época en la que se desarrolla su follaje. Además, ahora hay plantas en varias macetas de colores repartidas aquí y allá por el salón. Me pregunto si el tal Carlos las habrá plantado, porque mi madre antes pasaba de plantas. Y mi padre más.

El aroma a café inunda el salón cuando Carlos regresa con una taza llena y se sienta en mi mesa redonda del comedor. Esta mesa es en la que siempre comíamos. Las sillas también son las mismas, tapizadas en piel oscura con tachuelas doradas en los bordes. El mueble de la pared sí que es nuevo. Unas baldas blancas que parecen de *Ikea.* La tele también es nueva, es el doble de grande que la que teníamos antes.

Carlos me pide que me siente donde quiera pero yo permanezco de pie.

—¿Todavía existe mi habitación? —le pregunto temiendo que mis cosas como el armario que noto que falta y mi vieja tele hayan terminado en la basura.

El hombre deja la taza sobre la mesa y piensa un momento.

—Creo que Anabel metió tus cosas en cajas, podemos echar un vistazo, estarán en el ático.

—Sí por favor.

Él se levanta. Sin querer se golpea la pierna contra la mesa y la taza tintinea. Ha sido un golpe bastante fuerte pero no se queja y hace como si nada. No puede estar más nervioso. Todo es igual en el pasillo. Subimos las escaleras y veo que la puerta de mi antigua

habitación está entreabierta. Es extraño verla así, porque yo siempre la tenía cerrada.

Carlos abre la trampilla del ático y baja la escalera de madera. Sube los peldaños.

Yo aprovecho que está arriba para echar un vistazo rápido a mi antigua habitación desde fuera.

Mi antigua habitación es ahora una especie de despacho. Hay un escritorio y unas estanterías con libros. Nada de lo que veo es mío.

—Creo que las he encontrado —grita Carlos desde arriba.

Me giro y camino hacia la escalera. Cuando subo los escalones y noto el conocido crujido mi emoción es abrumadora. Una sola bombilla ilumina toda la estancia que es tan grande como el piso de abajo, aunque el techo inclinado la hace parecer mucho más pequeña. Aún así lo recordaba mucho más grande. Huele igual que siempre, a polvo y papel viejo.

Carlos está frente a una pila de cajas que están cuidadosamente colocadas delante de la pared y parcialmente etiquetadas con un bolígrafo negro.

—Estas son tus cosas, así que te dejo a solas con ellas para que puedas revisarlo en paz.. si necesitas algo, estaré en el salón.

Se alegra de tener una excusa para no tener que quedarse conmigo, se lo noto. La situación probablemente le esté sobrepasando, igual que me ha pasado a mi. Ninguno de los dos podríamos haber previsto que este encuentro sería así.

—Gracias —le digo.

En cuanto se marcha, me pongo a revisar las cosas. Algunas cajas tienen escrito Saúl, mientras que en otras solo pone una S mayúscula. Supongo que mi madre se cansó de escribir mi nombre completo en cada caja. Ni que me llamara Eustaquio. En fin. Mi madre.

Las primeras cajas que abro contienen principalmente ropa. Pantalones, camisetas y chaquetas que me traen olores y recuerdos que había olvidado por completo.

En otra caja encuentro objetos que tenía por mi habitación, fotos, posters, revistas, muñequitos…cada cosa que veo despierta fuertes sentimientos de nostalgia en mi interior. Pero no debo dejarme llevar por ellos ahora, tengo algo importante que hacer.

Aún así, reviso muchas de mis pertenencias encontrando objetos que significaban muchísimo para mí y algunos otros que había olvidado por completo. Algunos los aparto para cogerlos y llevármelos. Es que es una locura, me fui sin absolutamente nada de Cerroverde.

Cuando termino de abrir la mayoría de las cajas finalmente lo encuentro, mi portátil y el cargador.

Está encima de una pila de libretas y libros de clase. Lo enchufo en el único enchufe que hay en el ático y sonrío cuando veo que se enciende al momento. Cuando aparece el escritorio, hace tanto tiempo que no lo veía que apenas reconozco nada de lo que tengo instalado ni mi fondo de pantalla. Pero sé a dónde tengo que ir. Busco las carpetas en "documentos" donde guardaba las fotos.

Pincho en un par de carpetas al azar y los recuerdos me invaden al momento. Pero me salgo y voy directo y pincho en la última, que pone de título "Verano 2018". Un rápido vistazo a esa carpeta me hiela la sangre.

VEINTITRÉS

Tengo una foto en la que aparecemos Gabriel Silva y yo. Aparecemos sonrientes mirando a la cámara. Los dos vestimos de negro, pareciera casi que vamos de uniforme. Él pasa un brazo por encima de mis hombros y ambos tenemos un vaso con alcohol en la mano.

Me parece realmente grotesco verme en una foto al lado de un hombre que es un completo desconocido. Y sin embargo cuando miró la fotografía, me doy cuenta de que en algún momento de mi vida no lo fue. Se me ve muy tranquilo posando a su lado. Quizás solo fue una noche, pero sin duda hablamos y tuvimos buen rollo. Con el hombre que apareció apuñalado en *La Lagartija.*

Cuando nos hicieron esta foto estábamos en algún lugar oscuro, algo así como una discoteca o un *pub*. Reconozco a algunas de las otras personas que salen al fondo de la foto, eran gente con la que me juntaba, pero Gabriel era un poco mayor en realidad para ir con nosotros.

Miro las "propiedades" de la foto y veo que fue guardada en mi ordenador el 26 de agosto del 2018. Justo esa semana del final de verano que no recuerdo.

En otras fotos de los días anteriores me fijo en unas fotos en la piscina municipal del pueblo. En una de ellas volvemos a salir en la misma foto. Esta vez no salimos juntos, salgo yo en bañador, sentado en el borde de la piscina con un cigarro en la mano haciendo un corte de mangas a la cámara. Mientras, en la piscina, otros dos chicos del pueblo hacen a su vez muecas. En esa foto, Gabriel Silva aparece sentado de fondo, charlando con otro hombre que no reconozco.

Escucho como una puerta se cierra debajo, salgo de mi ensoñación adolescente y me llega la voz de mi madre. Una sensación de emoción me invade rápidamente. Cojo el portátil y las pocas cosas que he elegido para llevarme y me acerco hacia la trampilla.

Carlos seguramente le ha dicho ya que estoy aquí, pero no escucho sus voces. Me hubiera encantado pillarla por sorpresa, ver la cara que realmente pone cuando me vea. Siempre se le dio muy bien actuar, por eso preferiría ver su reacción natural, porque si le das tiempo, seguramente fingirá que está encantada de verme.

Bueno quizás no debería pensar tan mal de mi madre, después de todo, podría haber tirado mis cosas a la basura y no lo ha hecho. Le reconozco ese mérito.

Bajo por la escalera molesto porque los peldaños son estrechos y hacen mucho ruido conforme voy bajando. Cuando llego al primer piso, escucho un murmullo de voces pero se apaga de repente cuando estoy a mitad de la escalera.

Mi madre está al lado de la puerta. Noto sus ojos llorosos e intento con todas mis fuerzas que no me contagie sus lágrimas.

Mi madre ha cambiado más de lo que esperaba. Lleva el pelo más corto, ahora lo lleva hasta la barbilla, antes lo llevaba más largo y más oscuro pero el corte nuevo le queda bien.

Me parece mucho más mayor que como yo la recordaba. Antes no tenía arrugas marcadas alrededor de la boca ni de los ojos. Parece más madura, más tranquila y de alguna manera, más presente. Antes siempre la veía distraída, casi nunca tenía más de dos segundos para mirarme. Ahora está ahí plantada y quieta como una estatua mirándome fijamente. No recuerdo que nunca me hubiera mirado tanto.

—No me lo creía cuando me ha dicho Carlos que estabas aquí —su voz suena quebradiza y tensa.

No sé qué responder y Carlos interviene.

—¿Por qué no os sentáis en la cocina? Así podéis hablar de todo tranquilamente.

Mi madre y yo seguimos su sugerencia como si fuéramos dos niños que están teniendo su primera bronca en el colegio y el profesor les pide que lo arreglen.

Nos sentamos en la mesa de la cocina y esperamos hasta que Carlos se va cerrando la puerta detrás de él.

—Parece un hombre agradable —comento.

—Sí, es un hombre maravilloso. Estoy muy bien con él.

Asiento con la cabeza.

—Y… ¿dónde está papá? ¿Está bien?

—Tu padre está bien, está viviendo en Madrid —ella vuelve la mirada hacia la ventana de la cocina—. Tu tío le consiguió un trabajo allí en su empresa. Tengo entendido que le va bien. Carlos y yo le compramos su parte de la casa y creo que él también iba a comprarse algo allí. Nos divorciamos hace algún tiempo.

—¿Le echas de menos? —le pregunto como un niño ridículo de diez años. Pero tengo curiosidad.

—No, ya no. Mi vida ha cambiado mucho.

—¿Y a mí? —la pregunta me quema por dentro con tanta fuerza que simplemente tengo que soltarla.

Ella asiente con la cabeza de forma inmediata. Sus ojos también se llenan de lágrimas de forma inmediata.

—A ti siempre.

—¿Y por qué nunca me has buscado?

Ella niega con la cabeza.

—Esperaba que volvieras cuando tú lo quisieras. Yo no podía obligarte, porque eras mayor de edad.

—¿Has estado esperando aquí sentada a que volviera durante ocho años? —yo chisto y me cruzo de brazos—. Qué cómodo.

Ella se muerde el labio y niega con la cabeza de nuevo.

—Ni siquiera me puedo creer que hayan pasado ocho años ya… En Cerroverde el tiempo pasa tan rápido que es una locura.

No me gusta su nuevo tono de voz, ni su forma de hablar, ni sus gestos, el cambio que ha dado en su mirada… está demasiado cambiada, ni siquiera parece ella. Y ni mucho menos entiendo lo que acaba de decir.

¿Qué ocho años pasan rápido? Qué diablos quiere decir con eso. Yo he construído toda una vida nueva en ocho años. He vivido casi más cosas en los últimos ocho años que en los diecinueve anteriores que pasé en esta casa. Para mí el tiempo no ha pasado rápido, me han pasado muchas cosas. Y teniendo en cuenta lo diferente que la veo a ella, a ella también le han pasado. Pero esto es un clásico de mi madre, ella nunca dice una verdad si puede inventarse algo que suena mejor.

—No tuviste tiempo para buscar a tu único hijo y ver si estaba bien, pero al menos sí que te dio tiempo de limpiar mi habitación y montarte un despacho —le reprocho.

—Es difícil explicar ciertas cosas que hacemos cuando estamos en *shock* Saúl. Sé que tienes razón y que no he sido una madre perfecta, pero no he sabido hacerlo mejor con las circunstancias que tenía.

No puedo expresar cuanto me hieren sus excusas baratas. Nunca ha sido capaz de decir en voz alta la puta realidad. Y la realidad es que para ella, su hijo siempre ha sido un elemento secundario. Ha estado más ocupada divorciándose y encontrando un nuevo marido que buscándome a mí. Y sé que esta etapa de que me afecte ya debería haberla superado, pero verla aquí delante reabre todas mis heridas de golpe.

—Supongo que siempre tuve razón.

—¿Razón sobre qué?

—En que nunca signifiqué gran cosa para ti.

—Eso no es verdad Saúl, no es así —ni siquiera puede mirarme a los ojos mientras lo dice, ¿cómo se supone yo voy a creerle una sola palabra?

Vuelve con toda intensidad este dolor que ya había olvidado de no ser importante para mi propia madre.

Siempre ha sido igual. Sus palabras decían una cosa y sus acciones otra totalmente diferente. A ella le gustaba decir eso de que siempre iba a estar ahí para mí, pero cuando acudía a ella con un problema siempre me alejaba. En cuanto dejé de ser un niño y comencé a tener problemas de adolescente empezó su huída de mí. No quería oírme, verme ni siquiera tocarme, como si yo fuera un insecto asqueroso nacido para darle problemas.

—Me gustaría que pudiéramos empezar de nuevo —me dice —. Hacerlo mejor esta vez.

—¿Y por dónde vamos a empezar? Si tú no sabes nada de mí, ni siquiera me conoces.

—Te conozco perfectamente, soy tu madre.

Yo me levanto de la silla, y no me importa que al levantarme la silla golpee la mesa auxiliar que tengo detrás, ni que la vela de adorno que está sobre la mesa se caiga al suelo.

Por qué siempre tiene que actuar como si todo estuviera bien. Ella nunca puede ver la realidad.

Antes de irme la miro a los ojos una vez más. Las lágrimas en sus ojos muestran claramente por qué no podemos volver a empezar, porque hay demasiadas cosas que no se pueden borrar. Sé que hay algo dentro de ella que simplemente tiene miedo de afrontar la farsa que ha sido siempre nuestra familia.

—Ni siquiera me has dicho por qué te divorciaste de papá. Seguramente se fue con otra pero a ti no te interesa hablar de eso,

¿verdad?

Me doy la vuelta y camino hacia la puerta de la cocina. Escucho sus pasos apresurados detrás de mí y me detengo.

—Tu padre no me engañó, fui yo la que le engañé a él durante años.

Me doy la vuelta.

¿De qué está hablando? Sé de sobra cómo era mi padre. Mi padre siempre estaba de aquí para allá con la excusa de su trabajo. En los pueblos se escuchan muchas cosas, y mi padre estaba en la lista de visitantes al burdel de las afueras. Mi madre lo sabía, yo lo sabía, y la mitad del pueblo lo sabía. A mí me avergonzaba que todo el pueblo comentara por detrás que habían visto a mi padre saliendo del burdel, pero mi madre y yo teníamos que hacernos los locos, esa era la dinámica de mi familia.

—Yo al principio me decía a mí misma que mi problema era culpa suya, por no apoyarme lo suficiente, pero no era culpa suya. Era culpa mía.

Mi madre coge un trozo de papel absorbente de cocina, se suena la nariz con él y también se seca las lágrimas.

—Cuando tú tenías solo dos años, yo empecé a beber alcohol. Estaba muy deprimida y empecé a colar botellas de *vodka* en la compra semanal. Llegué a necesitar media botella de *vodka* al día tan solo para estar normal.

Ella empapa el papel absorbente en silencio, yo la escucho. Esta historia nunca se la he escuchado.

—Vosotros no os enterabais de nada, y yo no le daba importancia porque beber me hacía sentir más feliz y con más energía. Bajaba varias veces al día al sótano, para que ni tú ni tu padre me vierais y me servía un vaso. Escondía las botellas entre los trastos de tu padre y me encargaba de sacar las botellas cuando él no estaba en casa para reciclarlas. Pero en algún punto después de muchos años tu padre se dio cuenta. No sé exactamente cómo pero

se dio cuenta de que algo raro pasaba y me preguntó y yo se lo negué.

No tengo palabras para lo que estoy escuchando. Es la primera noticia que tengo de que mi madre bebiera alcohol. Nunca la vi beber una copa en casa, ni siquiera cerveza. Si que la veía en las fiestas del pueblo muy animada poniéndose un cubata tras otro, pero es lo que hace la inmensa mayoría de personas durante las fiestas. Jamás se me había ocurrido que mi madre pudiera tener un problema con el alcohol. Ahora que me doy cuenta, esto de que la noto como tan extraña, quizás tenga algo que ver con que a lo mejor es la primera vez que la veo sobria en mi vida. Si es que lo está.

—Cuando tú te fuiste de casa tu padre me dejó y me pidió el divorcio. Fue instantáneo. Él se había dado por vencido conmigo mucho tiempo antes de que tú te fueras, pero nunca me dijo nada porque solo se quedó en casa por ti. Pero cuando tú ya no estabas, se dio cuenta de que ya no existía su familia y que no tenía ningún sentido que se quedara aquí con una borracha mentirosa.

Ella se suena de nuevo.

—Cuando tu padre se fue y tú tampoco estabas, yo me hundí aún más en mi borrachera y mi depresión. En algún momento, me empezó a afectar mucho físicamente y el médico me dijo que tenía que cortar con el alcohol de inmediato. Por supuesto que no le hice caso. Lo único que hacía todo el día era beber para olvidar por un momento que había fallado como madre y como esposa. Quería olvidar que me habíais abandonado.

Yo me acerco a la mesa y me dejo caer en la silla de nuevo. Tengo ganas de decir algo pero ella continúa tomando asiento de nuevo frente a mí.

—Hace dos años y medio tuve una crisis y los médicos me diagnosticaron pancreatitis crónica.

Yo la miro aturdido.

—No sabía nada de esto —le digo.

—Lo sé. Yo me esforcé muchísimo en taparlo para que tú no te dieras cuenta. Porque yo sabía que nadie quiere una borrachuza por madre.

Ella alarga la mano para coger la mía entre las suyas, algo que no recordaba que hubiera hecho nunca.

—Y no te cuento porque nada de esto fuera culpa tuya. Para nada, ni tú ni tu padre tuvisteis culpa de mi adicción. Yo caí sola porque tuve problemas que no supe cómo afrontar y se me escapó de las manos. Y te lo cuento para que puedas entender por qué te decepcioné tanto como madre y por qué no fui a buscarte como habrían hecho otras madres… No te busqué porque me he pasado años borracha sin poder levantarme del sillón, esa es la verdad.

Ella me aprieta la mano y yo trato de recomponerme para no echarme a llorar, pero no puedo evitarlo. Cuando me recupero un poco, me seco las lágrimas con el dorso de la mano y pregunto:

—Y tú aún…

Ella niega con la cabeza.

—Llevo sobria un año y pico —sonríe.

De repente me mira con preocupación.

—Hace dos días recibí esta llamada.

—¿Qué llamada? —me incorporo un poco en la silla y seco mis últimas lágrimas.

—Me llamó un policía del departamento de investigación criminal o algo así. Me llevé un susto de muerte, porque pensé que te había pasado algo. Pero me dijo que quería saber cuanto te vi por última vez y si te escapaste de casa por una discusión con nosotros. Me preguntó dónde estabas el 28 de agosto del 2018.

—¿Y qué le dijiste?

—Que desgraciadamente ese fue el último día que te vi y que no habías estado mucho en casa los días anteriores.

Su mano sigue sobre la mía. Cierro los ojos. Entonces la policía sabe que huí de casa el mismo día que la chica que ha aparecido en el lago desapareció según La voz de la Alcarria.

—Puedes contarme si estás en problemas Saúl, ahora puedo ayudarte.

—No estoy en problemas —le digo porque no quiero que coja ninguna de mis preocupaciones. y menos ahora después de lo que me he enterado. Lo último que quiero es que vuelva a recaer en el alcohol. Yo tengo esa capacidad de hacer que la gente recaiga en sus vicios.

—La policía te llamó porque un hombre fue asesinado fuera del bar donde estoy trabajando y la policía está investigando a todos los que trabajamos ahí, eso es todo.

Ella me mira en silencio escrutándome. Como la veo desconfiar, estoy a punto de añadir algo pero ella me aprieta la mano y me dice:

—Vale, te creo. Si dices que está todo bien y que solo es eso me alegro.

Que me crea en esta situación simplemente con mi palabra me conmueve tanto que siento la necesidad de abrazarla, como si ella también lo sintiera a la vez se levanta de la silla y nos abrazamos.

No sé cuánto tiempo permanecemos abrazados, pero no estoy contando. Nunca me hubiera imaginado que volver a abrazar a mi madre se sintieran así de increíble. Me doy cuenta de que he estado ocho años sin este abrazo y realmente lo necesitaba.

Prometemos mantenernos en contacto. Después de otro nuevo abrazo, nos despedimos. Mi madre insiste en que me quede a cenar o a dormir, pero le digo que estoy con una amiga en el pueblo y no puedo dejarla sola.

Camino a mi coche el móvil empieza a sonarme y lo saco rápidamente. Es un número desconocido. Lo cojo.

—¿Saúl? —me pregunta la voz del inspector Laredo y mi pulso se acelera al instante—. Soy el inspector Laredo de la Brigada de Homicidios, tenía algunas preguntas más para hacerte sobre el asesinato de Gabriel Silva y por eso iba a preguntarte si podríamos vernos.

—Lo siento inspector, pero como La Lagartija estaba cerrada no estoy en casa, me he venido unos días de visita a mi pueblo.

—Según tengo entendido, te encuentras en Cerroverde, Guadalajara. Me gustaría que fueras a la comisaría de Cerroverde, preferiblemente ahora mismo. Como te he dicho, tengo unas cosas que quiero que comentemos en persona.

VEINTICUATRO

Conduzco hacia la comisaría del pueblo. Laredo debe de tener algo muy gordo contra mí si ha venido desde Málaga hasta aquí, lo presiento. Como no tengo ni idea de con qué puedo encontrarme, voy a mantener un perfil bajo y escuchar todo lo que tenga que decir intentando no cagarla.

Veinte minutos después, aparco frente al pequeño cuartel de policía. Es un edificio en forma de cubo que tiene una numerosa hilera de ventanas a través de las cuales se ven a personas vestidas de policía yendo de aquí para allá. He estado aquí varias veces, la mayoría para hacerme el DNI. Aunque también me han traído alguna que otra vez por beber alcohol en la vía pública y resistencia a la autoridad.

Un hombre vestido con uniforme de policía me abre amablemente la puerta. El ambiente aquí dentro es fresco y sobrio. Es agradable que por lo menos esté puesto el aire acondicionado con el bochorno que hay fuera.

No tengo ni idea de dónde tengo que ir así que me dirijo a la joven policía que hay tras el mostrador de la entrada. Tiene la cara brillante, como si se hubiera pinchado mucho *botox* o simplemente es porque está sudando a pesar del aire.

A la mujer no le suena el apellido del inspector Laredo, así que se pone a hablar por teléfono con alguien de otro departamento a ver si saben algo.

La sensación de malestar en mi estómago sube a mi garganta mientras le digo mi nombre para que pregunte por mí. Ella asiente con la cabeza y después me envía al segundo piso.

El segundo piso también es blanco y está inundado de luz. Llamo a la cuarta parte del ala izquierda en la que se adjunta un cartel con la inscripción Rafael Mollero.

—Sí, pasa —escucho una voz tranquila desde dentro.

Abro la puerta y entro en la pequeña oficina. Hay aire ligeramente viciado aquí dentro, como un pequeño toque de sudor. El inspector Laredo se levanta de la silla y me tiende la mano.

—Buenos días Saúl, gracias por venir tan rápido.

El otro policía se levanta de su silla y le veo secarse la mano derecha en la pernera del pantalón antes de ofrecérmela.

Este hombre es más bajo que Laredo y tiene una papada pronunciada, Lleva una camisa que le queda demasiado grande y su apretón de manos me parece cálido y húmedo, me desagrada. Cuando le suelto, siento ganas de restregarme la mano por el pantalón, pero lo evito para no ofenderle.

—Por favor, sígueme a la sala de entrevistas —me dice.

Salimos al pasillo y yo camino entre los dos hombres. No sé qué esperar, pero me siento como un criminal peligroso al que van a detener. Uno me muestra el camino, el otro se asegura de que no escape. Solo me faltan las esposas. Me pregunto si me van a dejar salir sin ellas del edificio. Siento como si estuviera observando toda esta escena desde fuera. Estoy completamente disociado. Apenas puedo creer la situación en la que estoy.

Nos detenemos frente a una puerta y Laredo la abre y nos deja entrar. Es otra habitación de paredes blancas, suelo gris y una mesa de haya con tres sillas. Aunque las persianas verticales dejan entrar suficiente luz, el inspector enciende las luces del techo y la sala se llena de una luz casi desproporcionada. Puedo ver con mucha más claridad cada arruga de la cara de estos policías. Prácticamente, podrían hacer una autopsia en esta mesa.

—¿Puedo ofrecerte un vaso de agua? —me pregunta cortésmente el policía de Cerroverde, Rafael Mollero—. O quizás un

café de máquina, también tenemos refrescos…

—No quiero nada, gracias.

—Siéntate por favor —dice señalando el extremo de la mesa. Yo me siento y Laredo se sienta en el otro extremo justo frente a mí. Deja caer su carpeta gris sobre la mesa, me estremezco brevemente preguntándome por qué es ahora mucho más gorda que la última vez que la vi.

El otro inspector sólo lleva un cuaderno de espiral y un bolígrafo que acomoda con cuidado delante suya. Mi uña busca una de las marcas de borde de la mesa y siento la tentación de rascarla, pero me concentro en evitarlo.

—Ya sabes lo que vamos a hacer Saúl, unas preguntas rutinarias —me dice el inspector Laredo.

Yo observo la habitación, en un rincón hay una pequeña cámara redonda.

—Bueno Saúl, parece que no has tenido unas vacaciones muy agradables en Cerroverde estos días —comenta Laredo abriendo su carpeta.

Yo lo miro.

—Hace dos días hubo una muerte relacionada con drogas en Cerroverde y tú eres una de las personas que reportaron esta muerte…

Él me mira con una ceja levantada. Yo no le contesto.

—Bueno, cuéntame Saúl. ¿Cómo pasó esto? — me mira expectante, como si esperara que le contara otra de mis rocambolescas historias. Si él supiera que son ciertas…

—¿Quieres que te cuente cómo murió Tony? Fue una sobredosis. Eso me dijeron los médicos.

—Y tú encontraste a la persona fallecida.

—Tony era mi amigo y yo fui a visitarlo. Lo encontré en la bañera, no pude hacer nada.

—¿Viniste a Cerroverde a verle a él?

Mi corazón se acelera.

—No solo a verle a él, yo soy de aquí. Hay mucha gente a la que puedo ver aquí.

—¿También has visitado a tus padres?

—He visitado a mi madre, sí.

—Hablé con tu madre el otro día —me dice como si esperara que me quede boquiabierto o algo así. Ha cambiado de tema de lo de Tony muy rápido. Pensaba que iba a insinuar que yo lo había matado. A lo mejor no le interesa tanto. O igual es alguna táctica para despistarme.

—Vale.

—Tu madre me dijo que no sabe nada de ti desde el 28 de agosto del año 2018.

—He estado con ella hoy mismo antes de venir aquí. Puedes preguntarle si quieres.

Él me mira durante un largo rato y luego pasa a mirar un papel en el que hay unas cosas escritas que no veo bien.

—¿Con qué clase de gente te juntabas cuando todavía vivías en Cerroverde, Saúl?

—Gente normal. Gente del pueblo, gente con la que iba al instituto.

—Gente normal como… ¿Gabriel Silva?

La melodía del móvil que le tengo adjudicada a Lucía comienza a sonar. Saco el móvil de mi bolsillo del pantalón y lo pongo en silencio. Lo vuelvo a meter en el bolsillo y noto que vibra en mi pantalón durante un par de tonos más y luego para.

—¿Quieres que te repita la pregunta Saúl? —insiste Laredo.

—No iba con Gabriel Silva inspector, aunque él trabajara en este pueblo. No recuerdo haberlo visto nunca antes de verlo en

Málaga.

Miro al otro policía quien simplemente está ahí escuchando en silencio. De nuevo me pregunto qué hace aquí Laredo, tan lejos de Málaga.

—Y a pesar de que no conocías a Gabriel Silva, has estado preguntando por él a varias personas del pueblo. Hace tres días, por ejemplo, estuviste en el bar El Alambique en el que trabajaba Gabriel Silva preguntando por él con la excusa de ser —Laredo mira su hoja—. ¿Un consultor de seguros? O algo parecido.

—Claro, porque quería saber quién era Gabriel Silva —le digo sin achantarme—. Ya que la policía me acusa de conocer a alguien a quien no conozco, quería saber quién diablos era y por qué estaba en Málaga.

—¿Y has descubierto quién era?

—No. Realmente sigo sin saberlo. Solo sé que era un tío que venía una o dos veces por semana a Cerroverde a presumir de su ático y a ligar con tías. No hacía vida en el pueblo y yo nunca iba al Alambique. Así que no, sigo sin saber nada de él.

El inspector me mira fijamente.

—La verdad Saúl que cuando he mirado tu expediente policial aquí en Cerroverde me ha sorprendido —él levanta un papel de su carpeta—. Cuando tenías diecisiete años por ejemplo, abriste el coche de alguien, se lo robaste y recorriste el pueblo con él sin carné hasta que te detuvo un policía.

Yo pongo los ojos en blanco.

—Sí, sé que tengo alguna denuncia de cuando era adolescente por hacer esa clase de tonterías. Pero eran cosas inofensivas. Soy consciente de que las cosas que hacía de adolescente no me hacen quedar bien inspector, pero tampoco me convierten en un criminal. Fui un adolescente problemático pero luego me reformé. ¿Eso no cuenta?

—¿Y nunca hiciste ninguna tontería de adolescente que creas que tienes que contarnos Saúl?

—Sí, una vez mezclé absenta con cerveza. No lo hagas si no quieres vomitar.

Él sonríe con rigidez.

—Está bien eso de no perder el humor. Pero esta situación es seria Saúl.

—Ya lo sé inspector. Pero no puedo hacer nada por cambiar mi pasado. Lo que tienes ahí es el resumen de por qué me fuí del pueblo. Aquí no hacía una buena, estaba frustrado y aburrido. Pero la gente cambia, yo he cambiado mucho. Tengo una nueva vida y soy una persona responsable.

—Dime cuál es la verdadera razón por la que has venido a Cerroverde, Saúl.

—Solo estoy de visita —le digo rascando con la uña sin darme cuenta el agujerito de la mesa.

El inspector no dice nada durante un rato solo me mira. Después, sigue mirando su carpeta.

—La verdad es que no pareces tener muchos amigos aquí, Saúl.

Madre mía, a saber con quién ha hablado. No puedo aguantar más esta tensión, necesito saberlo.

—Inspector, ¿soy sospechoso de algo? Porque si es así me gustaría que me acusárais formalmente porque creo que necesito un abogado. Tengo la impresión de que ya habéis decidido desde el primer momento que yo soy el asesino de Gabriel. Pero no me lo queréis decir para que así no tenga oportunidad de defenderme.

—No te hemos acusado formalmente de nada Saúl, simplemente, estamos recopilando información del entorno de Gabriel Silva —sonríe brevemente—. ¿Estuviste junto a Gabriel Silva en las fiestas patronales de Cerroverde durante el verano de 2018?

Suspiro, ha ignorado totalmente lo que he dicho. Quiere hacerme una encerrona. Estoy seguro de que esta clase de interrogatorio debería hacerla bajo supervisión de un abogado, pero Laredo es de la vieja escuela, quiere solucionar su crimen por la vía rápida.

Me viene a la mente esa fotografía que he visto en el portátil de fiesta junto a Silva en la fecha de las fiestas patronales.

—No, que yo recuerde.

—Quizás te ayude a recordar si te digo que sabemos con certeza que estuviste en esas fechas en las fiestas patronales con Gabriel Silva.

Él me mira esperando una reacción, pero como no digo nada él continúa.

—Sabiendo que estuviste en las fiestas patronales con Silva, lo que me interesa saber ahora es que hacíais de madrugada, alrededor de las dos cuando ya todo el mundo estaba borracho y comenzaba a sonar Paquito el chocolatero. Porque en la plaza del pueblo no estabais, ¿verdad? Un par de chicos jóvenes como vosotros.

Él sabe algo que ni yo sé. Miro al otro policía que me devuelve la mirada sin cambiar la expresión. Parece un maniquí.

—Déjame adivinar —dice Laredo—. No te acuerdas.

Cree que miento. Cree que realmente le estoy ocultando algo.

—La única verdad es que no recuerdo haber intercambiado una sola palabra con Gabriel Silva en mi vida antes de verlo en el La Lagartija, inspector.

Él sigue ojeando sus archivos y le escucho murmurar algo en voz baja y asentir repetidamente. Estoy tan tenso y harto de verle leer cosas que no me enseña, que tengo tentaciones de agarrar el fajo de papeles y mirar que hay dentro.

Él saca una fotografía impresa y la pone delante de mi cara. Yo retrocedo involuntariamente al verla. Laredo sin duda se da cuenta y toma nota mental de mi reacción. Yo miro la foto de Macarena Millán sobre la mesa y ya tengo claro de qué va a acusarme a continuación.

—¿La conoces?

—He visto su foto en el periódico esta mañana.

—Escucha, Saúl —interviene el otro policía por primera vez—. En esta comisaría queremos resolver el caso de Macarena cuanto antes. Su familia ya ha sufrido muchísimo. Así que si sabes algo sobre lo que le pasó, lo que sea, sería de gran ayuda para nosotros.

Yo le miro y pienso en que está jugando la carta del policía bueno y comprensivo, pero yo sé que en el fondo ambos piensan que soy culpable de todos los crímenes. Del de Gabriel, del de Tony, y ahora también del de esta chica. Si siguen rebuscando en mi historial, quizás también me puedan endosar la muerte de Eric Romero.

Ya solo falta que me pongan un nombre con gancho, como "el asesino de la baraja", "la viuda negra de Patraix" o "el asesino de la katana" y me conviertan en el nuevo asesino en serie del país. Así van a poder llenar horas y horas de tertulias de prensa sensacionalista. Esto es demencial.

—Por qué iba a poder yo ayudar a descubrir lo que le pasó a esta chica. Me he enterado de que existe esta misma mañana.

Pero Laredo toma la palabra.

—Tenemos motivos para creer que sabes algo de ella.

—¿Y yo porque tendría que saber algo?

—Saúl, por qué no dejas de escaparte de las preguntas que te hacemos y nos contestas de una vez.

—¡Es que no sé que puedo contestaros! ¡No sé lo que queréis de mí! Os digo la única verdad, y es que yo no recuerdo a estas

personas de nada, claramente no pertenecían a mi entorno cercano y seguís insistiendo en que sí. Yo me he molestado en venir a mi pueblo para preguntarle a gente que me conocía a mí o a Gabriel si íbamos juntos y todos me han dicho que tampoco recuerdan haberme visto con él. Ahora me sacáis esta otra chica que ni siquiera es del pueblo. Es que no sé qué hacer ni decir ya.

—Solo la verdad Saúl. Eres tú el que le das vueltas. En tu primera declaración en comisaría me dijiste que te fuiste a Málaga para —inclina la cabeza y lee su informe—. Ah sí, haciendo auto stop para buscarte la vida de forma independiente. Pero eres incapaz de recordar nada de lo que pasó justo antes de eso. No es normal.

Noto que mi cabeza va a estallar de un momento a otro.

—Tengo lagunas de memoria pero diga lo que diga no me vais a creer —contesto frotándome las sienes—. Porque yo ya di mi testimonio de que escuché a una mujer llamada Ángela hablar de asesinar a Gabriel Silva la noche en la que lo mataron, y no habéis movido ni un dedo por buscar a Ángela. Todo lo habéis centrado en mí, y estoy seguro de que si tratarais de buscar a Ángela como he intentado hacer yo, resolveríais el crimen.

El inspector arquea las cejas.

—¿Quién dice que no hemos movido un dedo por buscar a Ángela? Por supuesto que hemos seguido tu pista sobre la mujer que conociste en el bar. Estamos revisando las cámaras más cercanas a la zona de La Lagartija, estamos revisando los registros en hoteles… Pero por desgracia nos diste pocos datos sobre ella, así que no podemos ir más rápido, tengo a media comisaría revisando vídeos de vigilancia. No hemos descartado ninguna vía Saúl, lo que pasa es que tú nombre sale en cada paso que damos hacia atrás en la vida de Gabriel Silva. Pero como por desgracia no recuerdas nada…

Pone su dedo índice sobre la mesa.

—Hay una pregunta en particular que me inquieta en este contexto. La de por qué esta mujer, Ángela, querría culparte a ti del

asesinato de Gabriel Silva.

Está claro que no puedo darle la versión de Ángela, que ella lo hace porque me considera a mí también un asesino.

—No sé por qué inspector. Solo sé que he visto a Ángela en Cerroverde dos veces desde que estoy aquí.

—¿Ah sí? —me pregunta levantando las cejas—. Un detalle que tampoco habías considerado importante para comentarnos. ¿Estás dispuesto a ofrecernos una descripción más detallada de ella para que le hagamos un retrato robot en condiciones y la busquemos aquí?

—Supongo… aunque no soy nada bueno con las caras, ni los detalles —mi teléfono vibra de nuevo en el bolsillo. No poder cogerlo me está poniendo más tenso aún de lo que estoy. Debe ser Lucía, y debe estar hartándose de que no le coja nunca el móvil a la primera.

—Bueno, al menos inténtalo. Una última pregunta más Saúl —dice Laredo revolviendo el contenido de la carpeta—. ¿Has utilizado alguna vez un arma de fuego?

Esa pregunta realmente no me la esperaba. Se me viene a la mente de forma inmediata el rifle de mi padre. Mi padre lo heredó de mi abuelo. En Cerroverde prácticamente todo el mundo ha utilizado un arma de fuego alguna vez. Especialmente los hombres.

En Cerroverde se practica la caza como deporte. Tenemos cotos de caza populares en todo el país que atraen a cazadores de fuera. Se hacen batidas varias veces al año para cazar jabalís, conejos, pichones, zorros…

Antiguamente, a los hombres que no querían cazar se los tildaba de *"maricones"* directamente. A mi padre nunca le gustó cazar, le daba pena, me lo dijo muchas veces. Pero tenía el rifle de su padre, e iba a veces con otros hombres del pueblo para que no le tildaran de *"maricón"*. Así de básicos son la mayoría de hombres de este pueblo.

Yo nunca he cazado animales, pero mi padre sí me enseñó a usar su rifle. Sé sostenerlo, cargarlo y apuntar, pero no sé ni cuándo fue la última vez que lo usé. Me suena que fue una vez que lo cogí para ir con Tony y Eric al bosque. Pusimos unas latas encima de un tronco y practicamos puntería. Yo era el que peor disparaba de los tres.

—¿No has entendido mi pregunta Saúl?

—Sí, perdona, es que estaba pensando en la llamada de mi amiga —le digo en un tono demasiado vacilante.

Él sonríe con una sonrisa falsa.

—Entonces ¿has utilizado un arma de fuego alguna vez o no?

—No. Nunca.

La mentira me quema como el fuego en el pecho. No sé por qué le he mentido, ni siquiera he entendido por qué me lo ha preguntado. Él me sigue mirando y luego cierra la carpeta y se levanta.

—Bien Saúl, pues ya hemos terminado por ahora. Espera unos minutos en recepción, que voy a decirle a un agente que te tome declaración de nuevo sobre el aspecto físico de Ángela. Activaremos un dispositivo especial para localizarla en el pueblo.

Algo desconcertado, me levanto de la silla y les doy las gracias, no sé por qué. Gracias por hacerme la vida imposible, supongo. El otro inspector me agradece también por haber venido y me estrecha de nuevo la mano. Esta vez no me importa que tenga la mano sudada porque estoy muy contento de que me dejen salir de aquí, cosa que hace unos minutos no tenía nada claro.

El inspector Laredo también me tiende la mano. Sé por la forma en la que me mira que su "dispositivo especial" va a estar tan pendiente de mí como de Ángela.

VEINTICINCO

Cuando salgo de la comisaría está cayendo una lluvia ligera y yo dejo que me moje mientras disfruto de poder respirar el aire libre de la calle.

Lo primero que tengo que hacer, es ir al apartamento y hablar con Lucía, tengo que hacer algo para que no siga llamándome y pendiente de mí. Al fin y al cabo, ¿qué esperaba viniendo a un pueblo como éste en el que no conoce a nadie? No puedo pasar el día pendiente de ella. También debería comer algo, mi cuerpo necesita energía desesperadamente.

Quince minutos después, aparco el coche en mi sitio habitual y observo la intensa lluvia que cae ahora del cielo durante unos segundos desde dentro del coche. Cuando miro la entrada independiente del apartamento en el que me estoy alojando tengo la vaga sensación de que algo anda mal. Parece que la puerta no está cerrada del todo, sólo entreabierta.

Enciendo el móvil para comprobar si Lucía me ha enviado algún mensaje pero solo veo sus llamadas perdidas. Considero llamarla, pero lo descarto, ya estoy aquí. Bajo del coche.

Camino hacia el apartamento, y estoy empapado de pies a cabeza cuando llego a la puerta. Empujo la puerta muy despacio y solo escucho el repiqueteo constante de la lluvia.

Entro y el sonido de la lluvia se desvanece. Escucho una respiración entrecortada. Camino hasta el salón y me estremezco. Lucía está sentada con la cara tapada llorando. Yo me lanzo hacia ella y separo sus brazos de la cara. No parece herida, al menos físicamente.

—Lucía, ¿qué ha pasado?

—Mi madre se ha caído en casa otra vez, y la han llevado al hospital… —dice y casi suspiro de alivio de que "solo" sea eso. Los ojos de Lucía me miran con rabia—. Y no había forma de dar contigo. ¿Por qué nunca me coges el móvil cuando te llamo Saúl?

—Emm yo…

—¡Saúl para ya! Tienes que parar de buscar a esa mujer. Desde que estás con eso no hay quien te reconozca. Desapareces cada dos por tres, estoy constantemente preocupada por ti. ¿Por qué ya no me cuentas nada de lo que te pasa?

Me acerco a ella y quiero extender la mano, tocarla y calmar un poco su frustración pero se aparta un poco para evitarme.

Voy a perder a Lucía de una forma u otra. Esta certeza me golpea como una roca. Ya hemos perdido la confianza y ya no sabe quién soy. A partir de ahora no hay ningún punto de retorno. No volverá a creer que soy una buena persona. Ya no tengo nada que perder.

—Lucía, resulta que yo sí conocía de algo a Gabriel, el hombre que asesinaron en La Lagartija.

Un torrente de miedo e incertidumbre me recorre el cuerpo. Al mismo tiempo, me siento aliviado de haberlo dicho en voz alta.

Ella levanta la vista sorprendida, o más bien horrorizada.

—Me juraste ayer que no lo conocías.

—No te mentí, es que yo no recuerdo haberlo conocido. Pero hoy he visto una foto en la que salgo con él así que… Creo que solo lo conocí durante una semana de mi vida. Una semana de fiestas patronales en la que probablemente estuve bebiendo y drogándome como un descosido.

—¿Drogándote? —me pregunta horrorizada.

—Hay muchas cosas que no recuerdo Lucía. La semana antes de que me recogieras en aquel camino rural se me ha borrado

completamente de la memoria. Y ahora han encontrado el cuerpo de una chica que desapareció más o menos cuando yo me fuí.

Ella mira a su alrededor como si estuviera flipando.

—¿Y tú tuviste algo que ver en eso? —me pregunta con un hilo de voz.

—¿Quieres que te diga la verdad? No lo sé. Yo hice cosas que estoy seguro que te harían odiarme si las supieras. No tienes ni idea de cómo era yo antes, alguien horrible.

Ella ladea la cabeza y me mira con el ceño fruncido.

—Te conozco desde hace años, te he visto hacer cosas buenas por los demás miles de veces. No eres mala persona.

—Pero no has visto las cosas malas que he hecho.

—Cuéntame la peor. A lo mejor así deja de parecerte tan mala.

Sonrío y saco del bolsillo del pantalón la nota en la que pone "Eric Romero no te olvidamos" y se la doy a Lucía quien la mira y la sostiene entre sus manos.

—Fue un viernes de enero, dos días después de mi décimo sexto cumpleaños. Eric también tenía dieciséis, pero su hermano Álex le había enseñado a conducir hacía tiempo y esa noche le robamos el coche al hermano sin que se enterara para ir a un *pub* que estaba en otro pueblo. Volvíamos a casa en coche después de la fiesta. Estaba oscuro y nevaba, apenas se veía nada. Conducíamos a toda velocidad por una carretera rural, a nuestro alrededor todo estaba blanco. Nosotros estábamos completamente borrachos, Eric no tanto quizás, sobre todo yo. Teníamos el volumen de la radio muy fuerte y yo quería probar el volumen máximo al que podía llegar. A Eric no le gustaba porque le desconcentraba y le dolían los oídos pero yo quería escuchar el límite del volumen. No paraba de pelearse conmigo porque bajara el volumen pero entonces, vi uno de esos cervatillos en la nieve delante de nosotros y sin pensarlo dos

veces, agarré su volante y giré de forma brusca a la izquierda para esquivarlo.

Lucía me escucha con atención con los ojos brillantes.

—Todo pasó rapidísimo. Dábamos vueltas y vueltas, solo recuerdo golpes y un remolino de colores y entonces… un silencio sepulcral. Recuperé el conocimiento en la ambulancia y no querían decirme cómo estaba Eric. No fue hasta que me desperté en la habitación del hospital con una conmoción cerebral y algunos moretones en las piernas cuando me enteré lo que había pasado con mi amigo. A él lo trasladaron en helicóptero al hospital. Tenía la tercera vértebra torácica rota. Estaba paralizado de cintura para abajo. No podría volver a usar las piernas el resto de su vida.

Lucía se tapa las manos con la boca y le digo:

—Aún no he llegado a la peor parte —le advierto y ella me mira asustada—. Después de aquello, Eric tenía que enfrentarse a su nueva vida totalmente paralizado. Él y yo nunca hablamos del accidente, lo intenté varias veces pero Eric no quería hablar del tema. Él no parecía recordar que todo pasó por mi culpa, porque me comporté como un imbécil. Él quería que fuéramos amigos, pero yo no podía soportar ni mirarle a los ojos sabiendo que yo era el culpable de su infelicidad para el resto de su vida. Solo tenía dieciséis años, y no me sentía capaz de soportar el torbellino emocional que me provocaba visitar a Eric en casa y ver en lo que yo había convertido su vida. Así que dejé de ir a su casa paulatinamente. Pasé de ir una vez a la semana, a una vez al mes a simplemente no ir. Sé porque su hermano me lo ha hecho saber mil veces, que fue más doloroso para él el abandono que sufrió por parte de sus amigos que la propia parálisis. Hasta el punto de que seis meses después, se suicidó con un cóctel de pastillas.

Niego con la cabeza.

—Eric era el mejor de los tres, el que más oportunidades tenía de no ser un bala perdida. No era como Tony y yo que queríamos probarlo todo, Eric controlaba. Tenía una familia que le

quería y tenía el objetivo de convertirse en jugador de fútbol profesional, él podría haber tenido un futuro si no me hubiera cruzado en su camino.

Lucía pone una mano sobre mi brazo y me mira con una ternura y comprensión que no esperaba recibir después de contarle que soy el peor ser humano de la Tierra.

—Fue un accidente Saúl.

—Sí, pero abandonarlo no fue un accidente, fue un acto consciente y egoísta.

—Para mí sí que fue un accidente también. Sufriste un impacto emocional muy fuerte, y no supiste afrontarlo y quizás nadie te ayudó o te guió. Siento mucho que tu amigo y tú pasaráis por esas experiencias tan traumáticas de jóvenes…

Yo me siento confundido por su reacción, no me esperaba tanta comprensión. Creo que no entiende la dimensión de las cosas que he hecho.

—Lucía, ¿Tú te acuerdas de que cuando me recogiste haciendo autostop yo tenía sangre en las manos? La que luego me limpié en la gasolinera.

Ella asiente con la cabeza.

—Pues la sangre no era mía. La herida que yo tenía en la rodilla no era tan grave, era un raspón que apenas había sangrado. Así que lo más probable es que esa sangre que tenía en las manos fuera de otra persona.

Lucía me mira con la boca abierta, incapaz de emitir sonido alguno.

—Creo que es posible que yo matara a esa chica.

—¡No! —niega Lucía vigorosamente con la cabeza—. ¡No!

Ella se levanta del sofá y camina de un lado a otro sin dejar de llevarse las manos a la cabeza.

Se detiene de repente, de espaldas a mí y luego se gira con decisión y me mira con calma.

—¿Apuñalaste a Gabriel Silva? —me pregunta.

—No.

—Si lo hubieras hecho, ¿me lo dirías?

—Ángela lo mató. De eso estoy cien por cien seguro. Lo hizo con el cuchillo del bar.

—Y por qué lo hizo.

—Según ella, porque yo maté a alguien en el pasado. Y creo que se podía referir a esta chica, a Macarena.

—Bueno pero por que ella diga que tú le mataste, no quiere decir que sea verdad —argumenta Lucía—. Además, si ella quería vengarse de ti, ¿por qué mató a Gabriel? Él no es importante para ti, podría haber elegido a otra persona, a mí, o a Pedro… Y haberte incriminado igual. Además, ¿qué narices hacía Gabriel justo en *La Lagartija* ese día? ¡No le encuentro sentido!

—Es que no lo tiene —le digo—. Desde que estoy aquí no hago más que darle vueltas a cosas que no tienen sentido Lucía… Por ejemplo, ¿qué hacía Ángela saliendo del Café Central el mismo día en el que tú llegaste a Cerroverde y estabas dentro?

La cara de Lucía cambia en un momento. Se toca el pecho con gran dramatismo.

—¿Qué quieres decir?

—No quiero decir absolutamente nada. Solo pensaba que estábamos jugando a enumerar cosas raras que pasan. Otra cosa rara, que tú que no eres de este pueblo, me recogieras por una de las carreteras menos transitadas y más desconocidas de la zona a las cuatro de la mañana hace ocho años.

Ella me mira indignada.

—No sé qué estás insinuando Saúl, pero creo que se te está yendo la pinza. Yo estaba perdida porque no conocía la zona y no

encontraba la salida para volver a Málaga. Vi a un chico joven caminando por la carretera y pensé que serías un chaval del pueblo de al lado que habías ido a las fiestas y tenías que volverte andando a casa. Paré para hacerte un favor, fin de la historia.

Me levanto de la silla.

—Lo sé, y nunca he dudado de ti Lucía, ni por un segundo. Pero imagínate tener a Laredo delante interrogándote sobre por qué recogiste a un hombre de madrugada en mitad del bosque con lo potencialmente peligroso que era eso para ti. Imagínatelo poniendo en duda tus verdaderas intenciones o que estuvieras perdida. Imagínate que empieza a insinuar que puesto que tú también estabas en Cerroverde aquel verano, tú también conocías a Gabriel Silva o a esa chica que han encontrado en el embalse. Imagínate que tienes a la policía de todo el país insinuando que los has matado a los dos. ¿Cómo te sentirías Lucía?

Ella me mira y se muerde el labio.

—Fatal…Lo que te están haciendo es horrible y no te lo mereces, lo sé.

Niego con la cabeza.

—Lo que pasa es que tengo tantas lagunas en la memoria que empiezo a creer que sí, que a lo mejor sí le hice algo a esa chica. No me encaja ni siquiera con la persona que yo era antes pero… Hoy me he visto en una foto con Gabriel Silva cuando pensaba que era imposible. Está claro que no puedo fiarme de mi instinto.

Ella niega con la cabeza mirando al vacío.

—Necesito salir a que me dé el aire —me dice abanicándose con la mano.

—¿Quieres que te acompañe? —me ofrezco.

—No hace falta, me apetece estar sola para pensar en todo esto…

Lucía coge las llaves y se marcha.

VEINTISÉIS

Espero a Lucía durante cuarenta y cinco minutos. Me he bebido una *Coca-cola* y me he comido a bocados media *baguette* crujiente que he encontrado en la cocina. No tiene sentido que me quede aquí esperando por si vuelve. Se ha llevado sus llaves del coche. Es posible incluso que tome la decisión de volver a Málaga.

Hay tantas cosas de las que me hubiera gustado hablar con ella. De mi encuentro con mi madre… Pero en vez de eso le he insinuado que no es del todo de fiar. La he cagado pero bien.

El pasado finalmente ha alcanzado mi presente y no hay nada que pueda hacer. Solamente me queda por recordar qué pasó aquella semana.

Cojo mi móvil. La batería está casi agotada. Antes de cargarlo, busco el nombre de Álex Romero, el hermano de mi mejor amigo que tanto me odia.

La verdad es que Álex y yo siempre nos llevamos bien. Nunca tuve la sensación de que no me apreciara hasta que su hermano se quitó la vida. Ambos intentamos aceptar la muerte de Eric, cada uno a nuestra manera. Él con su dolor y yo también con dolor y culpa.

Él nunca me lo dijo a la cara, pero la acusación estaba en sus ojos cada vez que nos cruzábamos. Me culpa del suicidio de su hermano Eric y la verdad es que tiene toda la razón. Y eso que él solamente conoce la mitad de la verdad, él no sabe que fui yo quien dio el volantazo con el coche. Esa parte siempre me la he callado.

En *Google* encuentro que Álex trabaja en una especie de taller en el pueblo y pone la dirección, así que en cuanto se carga un poco mi móvil decido conducir hasta la zona.

Aparco el coche y camino hacia la entrada. Esa furgoneta azul oscuro con la que le vi en el taller está aparcada delante. Así que espero que esté dentro. Se oye el rugido de una máquina. Algo como el chirrido de una sierra que proviene del interior de la puerta metálica. La golpeo tan fuerte que me duelen los nudillos. Con todo el ruido sigue sin oírme, así que me agacho y levanto la puerta metálica. El chirrido de la sierra es ahora más penetrante y el olor a metal me llena la nariz. La luz brillante me ciega tanto que tengo que apartar la mirada. Es Álex el que está con una sierra circular de gran tamaño.

Parece que se da cuenta de mi presencia porque la luz se apaga, la máquina se vuelve poco a poco más silenciosa y poco después, nos quedamos en absoluto silencio.

Se quita las orejeras amarillas y las gafas de seguridad y me mira con sorpresa. Su mono de trabajo está cubierto de manchas negras. Se aparta el pelo de la cara y se seca el sudor con el dorso del guante.

—¿Qué haces aquí?

—¿Puedo hablar contigo?

Lucas recoge las varillas de metal que ha cortado y las lanza detrás, sobre una pila de ellas.

—¿De qué quieres hablar?

—De la última noche en la que nos vimos.

Él me lanza una mirada asesina, se quita los guantes de trabajo y los tira sobre la mesa donde está la sierra circular. Luego se acerca a mí, me agarra del brazo y tira de mí hacia fuera.

—¡Eh eh!

—No te he dado permiso para que entres en mi taller.

Salimos fuera y yo respiro el aire algo más fresco de la tarde. Álex sale, se apoya en la puerta del garaje y saca un paquete de

Camel del bolsillo de su pantalón. Saca un cigarrillo, se lo mete en la boca y lo enciende con un mechero. Le da una buena calada.

Sorprendido de que se quede fuera, decido hablarle.

—Nunca había visto un taller tan grande como ese.

—Soy metalúrgico —murmura entre dientes a través del cigarrillo que vibra con cada palabra que dice—. Fabrico piezas para motores y cosas así. Necesito mucho espacio… ¿A qué has venido?

—Me dijiste que tú y yo nos vimos la última vez en las fiestas patronales del pueblo… Y quiero saber dónde me viste, con quién y de qué hablamos.

Se ríe y le sale una bocanada de humo por la nariz. Niega con la cabeza como si lo que acabara de decir fuera una tontería.

—Mira, sé que es difícil de creer… pero tengo lagunas. Hay cosas que no recuerdo y no recuerdo haberte visto en las fiestas patronales. Y me gustaría que tú me lo recordaras si puedes.

Él sonríe con cansancio y golpea el filtro del cigarro con la uña haciendo que la ceniza caiga al suelo.

—¿Dónde te vi? Te vi en las barracas, poniéndote una raya de coca como tu cabeza. Te dije si no te daba vergüenza seguir con esa mierda. Y te me pusiste chulo —dice expulsando otra bocanada de humo por la nariz—. Tú solo no hubieras tenido huevos, pero ibas con unos macarras y te me pusiste chulito.

—¿Alguno de esos macarras se llamaba Gabriel Silva?

—Puede, la verdad es que a mí me importa una mierda como se llamaran —me espeta—. Lo que me importa, es lo que dijiste que le hiciste a mi hermano.

Cierro los ojos y respiro hondo.

—Álex, de verdad que lo siento. Yo sé que fuí un mierda. Era demasiado joven para entender lo que tenía que hacer. Solo tenía diecisiete años.

—No me vengas con tus mierdas a estas alturas Saúl —me espeta.

Su expresión es de enfado absoluto. Le da una calada a su cigarrillo y expulsa el humo por la comisura de la boca.

—Si no fuera por ti, mi hermano no habría acabado en esa silla de ruedas y seguiría vivo, joder —exclama golpeando con el puño la puerta de el garaje. La puerta vibra con estruendo.

—Tú.. ¿lo sabes? —mi voz es un fino susurro.

—¿En serio no te acuerdas? Tanto meterte mierda… Mira cómo has acabado. ¡Tú mismo me lo contaste aquella noche colocado! Me dijiste que tuviste tú la culpa del accidente, y aun así tuviste los cojones de abandonarlo! —golpea de nuevo con el puño la puerta—. Y no te reventé ahí mismo porque ibas con esos macarras que me pararon si no… —su pecho se mueve con violencia, creo que sigue con ganas de pegarme.

—¡Te fuiste huyendo del pueblo como una rata! Igual que dejaste tirado a mi hermano dejaste a tus padres, a Tony… —niega con la cabeza—. Y que mi hermano tuviera que morir por culpa de un mierda como tú…

—Si pudiera cambiarme por él, lo haría —él mira al cielo como si no me creyera—. Oye Álex, tengo que hacerte una pregunta. ¿Me viste en las fiestas patronales con este hombre?

Busco la foto de Gabriel en mi móvil y se la muestro. Él la mira por encima del hombro…

—Sí. Era ese.

Asiento con la cabeza, busco la foto de Macarena Millán y se la muestro.

—¿Y con ella?

Los ojos de Álex van a la foto y luego se clavan en mis ojos como flechas.

—¿Tú tienes algo que ver con la muerte de esa cría?

—No —le digo con rotundidad—. Solo te pregunto si me viste con ella en las fiestas patronales.

Él tira la colilla al suelo y la pisa.

—Si te hubiera visto en las fiestas patronales con ella, habría tardado cinco segundos en llamar a la policía y contárselo —me dice y por su mirada tengo claro que me dice la verdad.

—Vale… Y ¿me viste con alguna otra chica? Alguna otra chica rubia, de esta altura con los ojos marrones… se llama Ángela, ¿te suena?

Me fulmina con la mirada.

—No.

—¿De verdad?

Él apoya la mano en su cadera y levanta la cabeza, como para verme mejor.

—Te he dicho que no.

—No sé por qué, pero ahora tengo la sensación de que me estás mintiendo.

Él me lanza una sonrisa felina

—¿Ah sí?

Él se muerde el labio y resopla como si fuera un toro. Le da un tercer golpe a la puerta y después se agacha y la levanta como si fuera de algodón. Se va porque si se queda me va a dar una paliza y supongo que no le compensa. Ya no.

—¡Álex!

Se detiene con la puerta en la mano y me mira una vez más.

—Si pudiera deshacer lo que hice con Eric, lo haría. Lo siento mucho.

Su expresión permanece inalterada durante un segundo y luego veo que me odia incluso más que antes.

Decido irme antes de que suelte esa puerta y se lance encima de mí. Mientras camino por el asfalto, siento que probablemente todavía está parado en la puerta vigilándome porque no le escucho cerrarla. Pero no me doy la vuelta para comprobarlo.

VEINTISIETE

Ha anochecido y cuando salgo del coche noto que hay demasiado silencio en la calle. Camino deprisa hacia la puerta y meto rallado la llave en la cerradura con la sensación de que alguien me observa escondido en la oscuridad. Cuando estoy dentro, cierro y el apartamento queda en completo silencio.

—¿Lucía? —pregunto en voz alta.

No recibo respuesta.

Me pongo a revisar cada rincón de la casa. El dormitorio, los armarios y me aseguro que no haya nadie tampoco en la cocina. Todo sigue igual, incluso los restos de la *baguette* que he dejado sobre la mesa.

Cuando voy al salón veo una nota escrita a mano de Lucía. Dice:

Querido Saúl. Tengo que ir a Málaga a asegurarme de que mi madre está bien después de su caída. No he tenido tiempo de recoger mis cosas, pero no importa. Volveré yo misma para recogerlas, y tendremos nuestra conversación pendiente. Un beso, cuídate y no hagas ninguna tontería.

Junto al sofá veo la mochila de Lucía y no puedo evitarlo pero me acerco la abro y reviso su contenido.

En el compartimento principal solo tiene ropa y un pequeño neceser con champú y un cepillo de dientes. Suspiro y vuelvo a cerrar la cremallera, ni siquiera sé lo que me esperaba encontrar. Debería acostarme y terminar ya el día.

Sin embargo antes de ir al dormitorio, agarro el cuchillo más grande del cajón de la cocina, por si acaso. Lo dejo en la mesita de noche, me quito la ropa y me acuesto.

Intento dejar la mente blanco y dormir porque necesito realmente este descanso. Pero no puedo dormir. Doy vueltas en la cama, apartando las sábanas con la pierna hasta que caen al suelo porque tengo tanto calor que me molesta hasta que me rocen. La cama huele a Lucía, y mi cabeza es un torbellino de pensamientos y recuerdos sobre ella. Cuando miro la hora en el móvil, ya son las tres y media y estoy tan agitado por dentro, que simplemente no puedo dormir.

Después de otros diez minutos intentando dormir sin éxito, escucho un ruido fuerte fuera.

VEINTIOCHO

No puedo identificar el sonido con exactitud, pero creo que viene de fuera. Cada célula de mi cuerpo se pone en alerta.

Escucho ese sonido de nuevo junto a un golpetazo, seguido de un leve roce, como si algo se arrastrara por el suelo. Nunca lo habría escuchado si estuviera durmiendo, es tán sutil…

"Tranquilízate" me digo a mí mismo.

Quizás ha sido una rama golpeando contra las contraventanas. Un escalofrío de inquietud me recorre al oír un leve clic. Aparto las sábanas y pisó las frías baldosas. Con cuidado, tomo el cuchillo de la mesita de noche y me acerco sigilosamente a la puerta del dormitorio entreabierta. Me detengo y escucho.

Oigo pasos moverse en la grava de la entrada. Abro la puerta del dormitorio y me estremezco porque la puerta del apartamento está abierta, alguien ha entrad. Cuchillo en mano, y en calzoncillos, cruzo al salón y miro con cautela dentro intentando ver con la luz que entra de las farolas de la calle.

Vuelvo a escuchar el crujido de la grava fuera, todos mis músculos se tensan no sé qué hacer. Alguien aparece de repente en la puerta. Me sobresalto tanto que se me escapa un grito estridente.

—¡Saúl! ¿Estás bien? —me pregunta una voz masculina. Suena entrecortada y sobre todo preocupada. Tardo unos segundos en descifrar quien es.

Es el propietario del apartamento. Bajo la mano con el cuchillo jadeando pero permanezco clavado en el sitio.

—Sí —digo, estoy bien pero…

—Mi hijo me ha dicho que ha visto a alguien extraño entrando en el apartamento a la fuerza —me dice antes de que pueda terminar la frase—. Estaba jugando al ordenador, ha escuchado ruidos fuera y lo ha visto. Ha venido corriendo a mi cama: ¡"papá, papá"!.

Miro la silueta del propietario, oscura y recortada frente al resplandor de las farolas naranjas de la calle. No puedo verle el rostro.

—Yo me he asomado y lo he visto irse corriendo. Creo que nos ha oído y le hemos ahuyentado.

—¿Era un hombre o una mujer? —le pregunto.

—No estoy seguro, estaba muy oscuro.

—¿Puedo entrar y encender la luz? —me pregunta—. Me gustaría comprobar si la puerta está estropeada.

Me doy cuenta de que voy en calzoncillos.

—Claro, yo voy a vestirme.

Vuelvo deprisa al dormitorio antes de que encienda la luz y cojo los mismos pantalones y camiseta que llevaba puestos antes de dormir, me los pongo y vuelvo con mi casero. Tiene el pelo aplastado por un lado, como si realmente se acabara de levantar de la cama.

—No sé cómo ha abierto la puerta —dice revisando el marco. Se rasca la nuca. El incidente le resulta desagradable—. Esto no nos había pasado nunca. Lo siento mucho Saúl, no entiendo quién ha podido querer colarse en la casa…

A mí se me ocurren varias personas. Ángela, o la persona que me puso aquella amenaza en el parabrisas. Ahora que se ha corrido la voz por el pueblo de que estoy aquí, quién me dice que no van a empezar a surgir más gente que me odia.

—Me imagino que después de esto, no te vas a sentir seguro durmiendo aquí. Si quieres, puedes dormir en nuestra habitación de

invitados. Es más, insisto. No tengo ganas de que corramos más riesgos hoy.

—Probablemente será lo mejor, gracias.

Paso la noche en casa del vecino. Su habitación de invitados es muy confortable, aunque hace calor y con lo que ha pasado esta noche, no pego ojo. Por la mañana muy temprano voy a la cocina y me encuentro al casero tomando café. Él tampoco ha pegado ojo. Veo un ejemplar de La voz de la Alcarria sobre la mesa.

—¿Es el número de hoy?

—Sí, he ido a dar un paseo y lo he comprado —dice bostezando.

—¿Te importa que lo lea?

—Claro, adelante. ¿Quieres un café?

—Vale, gracias.

—¿Cómo lo tomas?

—Lo tomo solo. Sin azúcar.

—Un hombre sobrio —comenta mientras sirve café en una taza.

Yo me siento en la silla de la cocina con el periódico y veo que la noticia relacionada con Macarena vuelve a salir en portada. Leo el título:

Desaparecida durante ocho años tras las fiestas patronales

Continúan las investigaciones relacionadas con la desaparición de la joven Macarena Millán (16) vecina de Torre de Álamos. La policía ha recibido más de veinte llamadas de testigos durante las últimas veinticuatro horas, pero todavía no se han reportado avances.

Las fiestas patronales de Torre de Álamos se celebran cada año en el último fin de semana de agosto y son conocidas por los

excesos con las drogas y el alcohol. Aunque según los testimonios de la familia, Macarena era una chica sana, buena estudiante, y no era nada conflictiva. Sus seres queridos no encuentran explicación a lo que le pasó y piden justicia.

Al parecer, Macarena era todo lo contrario a mí. Ella evitaba los conflictos y yo era el que los provocaba. En la portada hay una fotografía en blanco en negro en el que salen una veintena de chicas jóvenes, muchas de ellas llevan pañuelos con una inscripción de las fiestas atado al cuello. En el pie de foto pone "fotografía cedida por la peña El Resbalón de las fiestas patronales de 2018". Yo me fijo con atención y no tardo en encontrar en la foto a Macarena. Es una de las que lleva el pañuelo de Torre de Álamo. Observo las caras una a una del resto de chicas de la fotografía buscando a Ángela. Cuando mis ojos se detienen en una de las chicas que no lleva pañuelo, mi sangre se congela de inmediato.

Una joven Lucía posa riendo con el brazo de otra chica por encima de sus hombros. Tengo ganas de chillar. ¡Lucía estuvo con Macarena!

Eso significa que me ha estado ocultando una mentira enorme todo este tiempo. Nunca se me había pasado por la cabeza que Lucía pudiera mentir. Creía que ni siquiera sabría cómo hacerlo. ¿Y si al final no era casualidad que me recogiera en su coche aquella horrible noche de verano?

VEINTINUEVE

Después de tomarme el café en casa de mi casero vuelvo a mi apartamento. Reviso de nuevo el equipaje de Lucía, pero no encuentro nada. La idea de que ella me subiera a aquel coche hace ocho años con alguna intención rara y luego me metiera en su vida me parece cuanto menos, perturbadora.

Saco mi portátil del dormitorio y me siento en la mesa del comedor. Lo enciendo con la vista perdida en la pared del fondo.

Cuando se abre el navegador, busco el nombre de Macarena Millan en *Instagram* y encuentro su cuenta que todavía sigue activa. Quizás nadie de su familia conocía su contraseña y no han podido borrarla. Es curioso que ahora cuando alguien fallece, sus fotos se quedan en internet para siempre. A menos que *Meta* desaparezca un día.

Reviso su *feed* ojeando las publicaciones que subía. Mayormente compartía recuerdos y fotos con sus amigas. Me conmueve de forma inesperada ver esa vida congelada en el tiempo.

Lo último que subió fue un carrusel con siete fotos y en la descripción del post puso "Día 1 de fiestas". El carrusel contiene fotografías del que debió ser su primer día de fiestas de aquel año, un compendio de fotos de ella con otra gente disfrutando del momento. Una de las fotos llama mi atención. Se la ve a ella sosteniendo una copa con un líquido rojo y ella sale sacando una lengua tan roja como su bebida. Lo que me llama la atención es el fondo. Hay unos corchos con numerosas postales pegadas. Conozco ese sitio, Tony y yo íbamos bastante y no está en Torre de Álamos. Se trata de una zona de polígonos en las que hay algunas discotecas

que abren solo durante el verano. Están situadas a las afueras de Cerroverde. Se me ocurre que igual podría pasarme por allí.

Justo en ese momento suena mi móvil y veo que es el nombre de mi casero de Málaga. Lo cojo.

—Hola Ramón, dime.

—Buenos días Saúl, estoy enfrente de tu casa y me gustaría saber qué está pasando aquí.

—¿Qué quieres decir? —le pregunto alarmado.

—La policía está aquí con perros revolviéndolo todo en el piso. También hay agentes rebuscando con un detector de metales hasta en el jardín del edificio. Me habría gustado que me avisaras de esto Saúl, al fin y al cabo es mi casa la que están poniendo patas arriba y no me quieren decir cuándo van a parar.

—Lo siento mucho Ramón, yo no tenía ni idea de que la policía iba a ir. Es que yo ahora mismo no estoy en la ciudad. Estoy en mi pueblo…

Tengo una fuerte sensación de angustia en el pecho, estoy seguro de que Ángela escondió el cuchillo en mi casa y la policía va a encontrarlo sí o sí.

Ramón se aclara la garganta.

—Bueno yo te llamaba sobre todo para que te enteraras si es que no te habías enterado. Me parece a mí que está la situación como para que vuelvas eh Saúl.

Yo me muerdo el labio.

—Pues es que me temo que ahora mismo no puedo volver…

La ansiedad me acecha de nuevo. Empiezo a ser consciente de que van a encontrar en mi casa tanto el collar lleno de sangre que probablemente sea la sangre de Macarena, como el cuchillo, como todos esos escritos en los que especificaba lo mala persona que soy en realidad.

—Saúl te lo voy a preguntar, ¿tú no tendrás rollos raros montados en mi piso? Plantas de marihuana, o algo así.

—No por supuesto que no —le digo de inmediato.

Ramón se queda callado.

—Mira Ramón, te agradezco que me hayas llamado y entiendo que es una situación muy estresante también para ti. Pero te prometo que en cuanto resuelva un problema personal que tengo aquí, voy a volver a Málaga y hablaré contigo y aclararé la situación con la policía.

—¿Sabe la policía dónde estás? —,me pregunta, me imagino que tiene miedo de que no vuelva más ni le pague el alquiler.

—Sí, lo saben. No te preocupes Ramón de verdad, yo te voy a seguir pagando a final de mes como siempre, aunque no esté ahora mismo en casa.

Yo me despido de él y le cuelgo. Se me acaba el tiempo. No puedo confiar en nadie, ni siquiera en Lucía. Creo que hay tanta gente compinchada contra mí, que haga lo que haga voy a terminar en la cárcel. Noto como me quedo sin aire. Hoy el sol brilla de nuevo pero yo no me veo capaz de soportar una nueva jornada en este maldito pueblo. Lo mejor que podría hacer en estos momentos es salir de aquí, coger el coche y conducir hasta Irún sin decirle nada a nadie. En unas seis horas podría estar en el paso fronterizo con Francia. Si tengo suerte y consigo pasar la frontera, podría pirarme de aquí y no volver a pisar este país en la vida. Empezar de nuevo en otro lado…

NO

Una resistencia enorme en mi interior me lo impide. Eso ya lo he intentado. Ya traté de escapar de todo esto, hice todos los pasos correctos para cambiar de vida y ¿de qué me ha servido tanto esfuerzo? Vuelvo a estar exactamente en el punto en el que estaba hace ocho años. Atrapado en Cerroverde, con mi mejor amigo muerto y sin expectativas de futuro.

No me cabe duda de que mi casero va a rescindir mi contrato, así que ya puedo despedirme de mi casa. Seguramente tampoco puedo contar con seguir trabajando para esa mentirosa de Lucía que me ha estado ocultando cosas muy chungas durante una década. Así que para qué voy a esforzarme más, si siempre termino en el mismo pozo. Ojalá Tony estuviera vivo… al menos podría ir a su casa y meterme un tiro de los suyos.

Me levanto como un autómata, cojo las llaves y salgo del piso camino a un supermercado cercano. La temperatura ya está a treinta grados, a pesar de que aún es temprano, estoy sudando, pero todo me da igual, mis problemas están apunto de acabarse.

En el supermercado voy directo a la sección de alcohol, una sección que no he pisado en ocho años. Miro las botellas y ya ni siquiera recuerdo bien cuáles eran los que me gustaban y cuáles no ni por qué. Así que cojo un *mix*, cojo una botella de *Smirnoff*, otra de *Barceló*, la grande de *J&B*, una de *Larios* y otra de *José Cuervo*, para hacerme unos chupitos de tequila, por qué no. De vino no cojo nada porque siempre me ha parecido una cursilada el vino. Voy abrazado a mis cinco botellas y cuando paso al lado de una de las neveras cojo una litrona fresquita de *Mahou* porque a mí la cerveza me encantaba. Cogería dos si no fuera porque no me caben más botellas entre los brazos.

Las pocas personas que hay circulando por la tienda en este momento me miran raro, como si me conocieran. Probablemente todo el pueblo sabe ya que yo, la oveja negra de Cerroverde está de vuelta. ¡Encierren a sus hijos en casa! ¡La bestia está libre!

Dejo en la caja las botellas para pagar y una muchacha joven muy guapa empieza a pasarme la compra. Tengo la sensación de que me mira raro también, así que le pregunto:

—Tú sabes quien soy, ¿verdad?

La chica que le está quitando el dispositivo de seguridad a la botella de J&B para un momento para observarme y me dice:

—Creo que no. ¿Debería saber quien eres? —me pregunta.

—Deberías —le contesto. Señalo las botellas—. No son para una fiesta eh, yo no tengo amigos. Son solo porque no tengo nada en casa para desayunar.

—Ah… vale —me dice la chica un poco cortada.

—Contigo no me importaría compartirlas —le suelto por probar—. Así que si te apetece el plan, estás invitada.

La chica mete las botellas en la bolsa y me dice:

—Son sesenta y tres euros por favor.

Le doy mi tarjeta. No me acordaba de lo caro que era el alcohol, con ese dinero yo como una semana entera, pero como el asesinato de Gabriel me quitó el hambre, ni se va a notar el cambio a final de mes porque apenas estoy comiendo.

—Entonces te apuntas ¿o qué? —le pregunto cuando me devuelve la tarjeta.

—Lo siento no puedo, trabajo un turno completo hoy —me dice la chica muy seria.

—Vaya —digo cogiendo la bolsa con las botellas, pesa tanto, que no me extrañaría que se rompiera camino a casa. Así que la cargo con ambas manos porque no puedo confiar en que el asa aguante.

—Que te aproveche tu desayuno —me dice la chica en el mismo tono en el que me habría mandado al infierno.

Camino a casa cargado con la bolsa y noto como los vecinos de la zona me observan atentamente como si fuera un criminal, como me han mirado siempre en este pueblo. Si no fuera tan cargado les haría un corte de mangas a cada uno.

Vuelvo al piso y cojo un vaso. Por suerte hay cubitos de hielo en la nevera porque se me ha olvidado comprar refrescos para mezclar. Abro la botella de *J&B* y lleno el vaso a la mitad. Me siento en la mesa del comedor con el vaso y lo observo. El olor me da náuseas, y una vocecita en mi cabeza que suena exactamente igual

que Lucía me pregunta si realmente esto es lo que quiero hacer. Me imagino con total claridad la cara con la que me miraría sor Lucía en estos momentos si pudiera verme. Esa maldita hipócrita. Le doy un buen trago al *whisky* que arde con fuerza cuando pasa por mi garganta.

La sensación de asco y repulsión es indescriptible. Tengo que esforzarme para que mi cuerpo lo retenga y no lo vomite automáticamente. Los ojos me lloran del impacto. Uf… me lleva un par de minutos volver a la normalidad y empiezo a servirme un poco más en el vaso. En estos momentos me pregunto por qué me gustaba tanto esto, si el alcohol está asqueroso. Pero el segundo chute ya no me impacta tanto como el primero, entra mejor y me hace tener muchas ganas de encenderme un cigarro. Recuerdo que el humo del cigarro pegaba muy bien con el alcohol fuerte. Hacía que se rebajara un poco el quemazón del alcohol y me permitía beber más. Debería comprarme un paquete de tabaco cuando salga.

No sé por qué lo dejé, me encantaba fumar. Creo que dejé todo lo que me gustaba porque pensaba que así conseguiría gustarle a Lucía pero no vale la pena, esa zorra probablemente sea tan zorra como Ángela. Quizás hasta estén compinchadas y sean un par de psicópatas. Me pongo un poco más.

No han pasado ni veinte minutos desde que me he puesto la primera copa y ya recuerdo por qué me gustaba tanto beber pese a lo mal que sabe. Noto como un calorcito y un buen rollo me invaden y toda la angustia, la ansiedad y la presión en el pecho que llevo sufriendo desde el asesinato de Gabriel se aflojan poco a poco en mi interior. El miedo y el dolor se hacen a un lado en mi organismo y dan lugar a una sensación de bienestar y positivismo. De hecho… no entiendo por qué he estado tan negativo estos días.

Todo el mundo sabe que en España la justicia funciona como el culo. Conozco casos muy mediáticos de asesinos que se sabe que han matado a alguien y siguen en la calle porque la policía anda a vueltas con sus casos. Aunque la policía y Ángela estén empeñados en inculparme, van a tener que pelear con las mil trabas que la

burocracia les impone. Contrataré al mejor abogado que pueda permitirme. Demostraré que no tienen pruebas suficientes para incriminarme en nada. Y si aún así todo sale mal y me meten en la cárcel ¿qué más da? La gente de la cárcel no puede ser peor que la que hay fuera. Aquí todos son unos cerdos mentirosos, acosadores, ladrones, asesinos… no voy a notar la diferencia.

Le doy otro trago a mi *whisky*, me siento mejor tras veinte minutos bebiendo de lo que me he sentido sobrio estos ocho años. Tantas mañanas desperdiciadas en el gimnasio con la falsa promesa de que me sentiría mucho mejor con una vida sana. Me pregunto si esas ratas de gimnasio se habrán bebido un buen vaso de *whisky* en su vida. A esto lo llamo yo sentirse bien.

Vacío el vaso y me pongo a abrir la botella de *vodka* para cambiar un poco.

TREINTA

Me despierto, lo primero que noto es un calor infernal. Estoy tumbado en el sofá de mi apartamento alquilado, en calzoncillos y sudando a chorros. Estiro el brazo para coger mi móvil de la mesita.

Son las seis y media de la tarde, la calima que está pegando ahí fuera es infernal. Todavía no se me ha pasado el efecto de la borrachera a pesar de que he dormido una buena siesta. Veo en el móvil que he recibido un mensaje de un número que no tengo. Lo abro y me encuentro con un mensaje bastante enigmático:

A las 19:00 en el Atlántico, Ángela

Me incorporo en el sofá. ¿En serio Ángela quiere quedar conmigo? Pues perfecto, en cuanto vea a esa perra la voy a coger del cuello y la voy a llevar a rastras a la comisaría. Si se cree que me intimida la lleva clara.

Para que luego la gente diga que el alcohol es malo, desde que he empezado a beber mi día no ha hecho más que mejorar.

El Atlántico es además uno de mis sitios favoritos del pueblo para beber. De los que más iba cuando era adolescente. El tío que lo llevaba me caía muy bien y me viene a la mente esa foto que vi en el perfil de Macarena Millán, la que salía con un corcho lleno de postales de viaje detrás. Ese es el Atlántico. ¿Me habrá citado Ángela precisamente ahí por algo relacionado con Macarena?

Da igual, sea como sea Ángela no me la va a jugar más. Cómo se presente a la cita la lleva clara, porque no va a poder impedir que la ponga delante de Laredo.

TREINTA Y UNO

Me subo al coche todavía sintiéndome borracho. Una extraña mezcla de ira y energía criminal me invaden. Si, me suena esta sensación, la he sentido antes. Antes incluso me dejaba guiar por ella a diario. Allá donde la sentía, era a dónde quería ir. Conduzco sin cinturón, a 70 km/h y con la ventanilla abierta a tope para que me de en la cara este viento cálido como aliento de dragón.

Poco antes de las siete llegó a la zona de polígonos donde está el Atlántico. Un grupo de adolescentes pasa corriendo junto a mi coche chillando y riendo. Aparco cerca del bar y parece que ha pasado una eternidad desde la última vez que estuve aquí.

Toda esta zona era mi zona favorita del pueblo para salir con mis amigos a beber y fumar, pero ha cambiado bastante. Donde antes había algunas zonas de césped donde nos tirábamos horas sentados, ahora hay plazas de aparcamiento. Cuando nosotros veníamos aquí, era una zona en la que solo había gente trabajando en las naves y adolescentes, por eso nos gustaba. En cambio la ampliación que han hecho ha atraído una zona comercial y ahora hay un supermercado, un gimnasio y un par de tiendas de ropa. Además han arreglado la carretera y se nota que vienen a esta zona a comprar gente de otros pueblos. En cambio la vieja zona de *pubs* que aún se mantiene en pie, parece extrañamente desolada y fuera de lugar en este contexto actual en el que no paran de pasar coches de familias con niños.

La fachada del Atlántico todavía conserva su color rojo óxido sucio. La original cúpula de cristal a través de la que se veían las estrellas hace tiempo que perdió su aspecto moderno y ahora está

llena de roña. Dudo que se pueda ver ni la luna en el estado en el que está.

Paso caminando junto a la vieja fuente de piedra que servía como punto de encuentro para quedar con la gente y también punto de encuentro para comprar droga. Aquí se ponían los chavales que eran nuestros camellos, aunque nunca supimos de dónde sacaban lo que nos vendían.

Me preguntó si las adolescentes que veo ahora rondando por la zona estarán tan locos como estábamos nosotros en aquel entonces, que no había nada que no quisiéramos probar. Los miro y a primera vista parecen sanos y normales, pero en el fondo sé que nosotros también lo parecíamos.

Entro al Atlántico. El ambiente sigue siendo el mismo; huele a monedas y *Red Bull*, y salvo algunas máquinas tragaperras nuevas, no ha cambiado mucho visualmente. Las paredes negras detrás de los sillones están cubiertas de postales de viajes. En este bar existe la tradición de que cualquier cliente que se vaya de viaje a cualquier lugar, traiga una postal del lugar. Aquí la firmas y el dueño, Paquito, te la colgaba en la pared. Yo mismo dejé la mía, de mi visita a Italia con el instituto Me da pena no tener una de Málaga para ponerla ahora.

En el centro del espacio sigue habiendo un grueso pilar que sube hasta la cúpula de cristal. La cúpula tiene un aspecto terrible, la cortina con la que la tapan por la mañana para que no entre el sol cae amarillenta a un lado rajada por un par de sitios. Y cuando miro hacia arriba no veo ni un centímetro de cielo, solo polvo acumulado y cagadas de paloma.

Miro hacia la barra, que tiene una forma curiosa, como de proa de un barco. Con su timón a un lado y todo.

Me sorprende ver a Paquito detrás de la barra. Así que ese tío sigue sigue trabajando poniendo cervezas detrás del mostrador. Qué *crack*. También hay otro joven atendiendo las mesas de veintitantos

con vaqueros deshilachados y uno de esos peinados que parecen un brócoli.

Paquito apenas ha cambiado, sigue tan redondo y rollizo como siempre. Ha perdido un poco más de pelo eso sí, pero me reconforta que siga parecido a como lo recordaba. No sé si me reconocerá. No tiene por qué. Ahora el bar está semi vacío pero en su época se petaba todos los días. Han pasado ocho años, no se va a acordar de mí, yo sí he cambiado mucho físicamente.

Me siento en uno de los taburetes, cruzo los brazos sobre la barra y espero a que me mire. No tarda mucho en fijarse en mí.

—Saúl, chaval, cuánto tiempo —dice con naturalidad. Se acerca a mí y nos chocamos como antes hacíamos cada vez que venía. No he perdido ese acto reflejo—. Qué sorpresa, no te esperaba por aquí eh. ¿Te pongo una cerveza?

—Sí por favor.

—Saúl, Saulito… —dice mientras llena una jarra de cerveza en el grifo con una sonrisa de oreja a oreja.

Yo también sonrío. Me alegra que alguien al fin en el pueblo se alegre sinceramente de verme. Hasta ahora solo había tenido gente que me ha recibido con malas caras, lloros, o muriéndose. Miro mi móvil, son exactamente las siete y cinco de la tarde. Miro alrededor. Solo hay un par de mesas ocupadas y en ninguna de las dos está Ángela. Me planteo si estará aquí dentro ya, escondida en algún sitio, quizás en los baños…

Paquito termina de llenarme la jarra y veo que la mitad del vaso es espuma, pero viene hacia mí, no se plantea cambiarla. No me sorprende, este bar nunca ha sido demasiado glamuroso, aquí se venía a beber barato y sin DNI.

—Sabía que estabas por el pueblo, porque me lo habían dicho un par de personas, que te vieron por la plaza del ayuntamiento. Pero no sabía si ibas a pasarte por aquí.

—¿Quienes te lo dijeron? —le pregunto intentando sonar inofensivamente curioso. Aunque no me hace ninguna gracia que la gente ande chusmeando sobre mí.

—Ah no, yo pongo la oreja pero no revelo mis fuentes —dice antes de estallar en una carcajada.

Paquito sonríe con picardía y echa un par de cubitos de hielo en un vaso.

—¿Y dónde has estado todos estos años truhán?

Yo cojo la jarra de espuma y tomo un pequeño sorbo. Cuando me llega algo de alcohol, noto con placer el refrescante hormigueo en mi lengua. No me apetece darle conversación a Paquito, tengo que estar pendiente para que Ángela no me pille desprevenido. A Gabriel Silva le pilló desprevenido y mira cómo acabó.

—Por ahí y por allá —le contesto vagamente a Paquito para que pille la indirecta de que no he venido a darle conversación a él.

—Ya te veo. Por ahí, por allá, pero por aquí nunca.

—Ya ves.

—Pues si has vuelto buscando caras conocidas por el pueblo… te vas a llevar un chasco. Porque ya quedamos pocos de los buenos tiempos. La mayoría se ha ido a la ciudad.

Sonrío y miro mi móvil. Me ha dicho a las 19:00, yo he llegado unos minutos antes y aún no ha aparecido. Quiere ponerme nervioso. Miro alrededor cubriendo todos los espacios del Atlántico con la vista.

—¿Esperas a alguien? —me pregunta.

—Sí.

—Qué casualidad, yo también.

Le sonrío de nuevo, porque supongo que es una de sus bromas. Tiene que serlo, al fin y al cabo, trabaja aquí.

Él mira su reloj.

—He quedado con una chica a las siete aquí.

Yo me giro y le miro a los ojos.

—¿En serio?

—¿Tengo cara de estar de coña chaval?

—Un poco sí.

Él se ríe con esa risa seca tan suya.

—Pues va en serio, una chica me ha mandado esta mañana un privado por *Instagram* preguntándome si podíamos vernos aquí en el bar, a las siete de la tarde. Yo ya le he dicho que iba a estar aquí de todas formas, pero que la recibía encantado.

—¿Cómo se llamaba esa chica?

—Ángela.

TREINTA Y DOS

—¿Conoces a Ángela? —le pregunto.

—¿Yo? No sé. Me imagino que sí, si no no me habría dicho de quedar. Pero ahora mismo no sé quién es.

—Esa misma mujer es la que me ha dicho a mí que yo viniera aquí a las siete —le digo.

Él se apoya sobre la mesa y me sonríe con picardía.

—¿Querrá un trío? —me pregunta, y se pone a reír a carcajadas.

Yo me quedo pensando en qué pretendía Ángela diciéndonos a Paquito y a mí de quedar aquí a las 19:00 de la tarde. Paquito iba a estar aquí de todas formas, entonces… Lo único que se me ocurre es que Ángela quisiera asegurarse de que yo hablaba con Paquito. ¿Pero de qué? Me viene a la cabeza el carrusel de fotografías en el Instagram de Macarena durante las fiestas patronales de 2018 en las que desapareció. Estuvo en el Atlántico, aunque ella sea del pueblo de al lado:

—Oye Paquito… ¿tú conocías a Macarena, esa chica que ha aparecido en el lago?

—Joder qué mal rollo eso tío. Que hayan encontrado a la chiquilla después de tantos años. Con la de veces que ha estado su familia peinando la zona, hasta el abuelo a sus ochenta día sí día también peinando el bosque y nada. Vaya un palo para esa familia, porque todavía guardaban la esperanza de encontrarla con vida.

—Pero… ¿tú conocías a Macarena? —insisto.

—A ver yo conocerla no, verla aquí en el bar sí.

—¿Venía al Atlántico?

—Vino un par de veces. Sí.

—¿Y te acuerdas con quién?

—Con un montón de crías de su edad. Venían todas con la pañoleta amarilla de Torre del Álamo, se las veía venir de lejos. Venían, se pedían unos cubatas, como todos.

—¿Durante las fiestas patronales?

—Sí claro. Las fiestas de Torre del Álamo son a la misma vez que las nuestras, y todos los años tengo algún grupo de alamenses que se vienen aquí de fiesta también.

—¿Y yo? ¿Recuerdas si estuve yo?

—¿Tú? Claro, tú eras de los fieles, nunca fallabas. Eran buenos tiempos, quién volviera —dice con mirada soñadora.

Le doy un trago a mi cerveza, la verdad es que no sé hasta qué punto puedo fiarme de los recuerdos de Paquito. Él lleva muchos años detrás de esta barra, puede confundir fechas, mezclar recuerdos…

—Te pregunté que dónde estaba Tony, porque tú siempre venías con él —me dice—. Y me dijiste que ya no ibais juntos. Te habías empezado a juntar con mala gente… fíjate que cuando te vi con ellos dije…mal, van a desgraciarlo.

—¿Qué quieres decir? ¿Con quién me viste? —le pregunto alarmado.

—El chulo ese del Alambique.

—¿Gabriel Silva?

—Sí con ese.

—¿Me viste solo con él?

—No y con otros, el hijo del farmacéutico, el del algarrobo…. Tíos ya más talludos, ¿sabes? —dice arrugando la nariz—. Joer que tú y tus amigos estabais locos y la liabais a veces, pero erais unos

críos. Pero cuando veo a unos chavales jóvenes juntarse con tíos ya resabiados del mundo de la noche… pues que no van a enseñarles a resolver problemas de matemáticas, ¿sabes lo que te digo? Que mejor te hubieras quedado con Tony, que en paz descanse.

Afirmo con la cabeza.

Gracias Paquito por recordarme que soy un amigo de mierda no, lo siguiente. No sé si es porque voy un poco borracho, pero tengo que hacer un esfuerzo por no echarme a llorar al pensar en Tony. Tantas cosas en este sitio me lo recuerdan. Es que veníamos aquí casi a diario. Nos sentábamos siempre en aquellos sillones. La mesa de billar era prácticamente nuestra, la podíamos acaparar toda la tarde y sólo dejábamos jugar a la gente que nos caía bien. Paquito me nota en la cara que me he puesto mal pensando en Tony.

—No es tu culpa —me dice Paquito—. Yo mismo le he ofrecido ayuda mil veces y le he animado a ir a rehabilitación pero no hubo forma. Ha tenido a su madre pendiente de él, a los amigos, a todo el pueblo nos ha tenido y no hemos podido hacer nada. Lo digo porque he oído eso de que estuviste con él. No te sientas mal, no habrías podido hacer nada.

Afirmo con la cabeza. Realmente me alivia que me diga eso. Pero no me alivia lo suficiente.

—¿Podrías ponerme un *whisky* por favor? —le pregunto.

Paquito tarda dos segundos en sacar una botella de *DYC* de debajo de la barra y echa unos cubos de hielo del tamaño de ciruelas en un vaso. Lo llena de whisky delante mía. Yo tardo bastante en decirle que pare.

—Entonces tú te acuerdas de que estuve aquí con Gabriel Silva durante las fiestas patronales haciendo ¿qué?

—Tomando algo, charlando, intentando ligar con chicas… lo normal.

Le doy un trago a mi copa, siento el calor abrasador recorriendo mi garganta. Es como un reguero de lava que extingue todas mis preocupaciones y malas sensaciones. El alcohol es tan fácil… simplemente te lo tomas y él hace todo el trabajo. Borra lo malo y te hace sentir bien. Es así de simple.

—¿Y viste algo raro?... ¿Algo te llamó la atención? —de repente, me recuerdo al inspector Laredo. Ese pensamiento me hace emitir una risita. Creo que estoy borracho.

—¿Raro? Raro no. Tú te quedaste por aquí, hablando con chicas, intentando meter ficha.

—¿Estuve hablando con las de Torre del Álamo? —le pregunto temeroso de su respuesta.

—De tanto no me acuerdo.

—Ya, entonces no te acordarás ni de coña de a dónde fuí yo cuando salí de aquí.

—Vaya que si me acuerdo. Pero perfectamente —me dice cruzado de brazos—. Espera que se acerca una chica. ¿Qué te pongo guapa?

Yo miro boquiabierto a Paquito servir un par de cubatas. ¿Él sabe a dónde fuí? Me doy un bofetón a mí mismo en la cara par despejarme. Sacudo la cabeza de lado a lado y aparto el vaso de *whisky* de mí. Necesito estar despierto. Cuando Paquito vuelve le pregunto:

—¿Por qué dices que te acuerdas de a dónde fuí yo cuando salí de aquí?

—Hombre… pues por que te llevé yo.

—¿Me llevaste tú? ¿A dónde?

Hace una pedorreta.

—Al preventorio. ¿Ya no te acuerdas? Estabas con ganas de adrenalina.

Algo resuena en mi interior al escucharlo. El preventorio abandonado de Cerroverde es un edificio ruinoso, en una zona boscosa y solitaria. Según tengo entendido, se construyó en el s. XX para aislar a los enfermos de tuberculosis del resto de la población sana. Está completamente abandonado desde los años sesenta, y oficialmente no se permite la entrada por riesgo de derrumbamiento. El preventorio es el rey de todas las leyendas urbanas de fantasmas de la zona del Alto Tajo. Es imposible ir al instituto en esta zona de Guadalajara y que nadie de tu clase te desafíe con atreverte a ir a pasar la noche al preventorio. He escuchado cientos de anécdotas de encuentros fantasmales, eventos inexplicables y maldiciones alrededor del preventorio. En *TikTok* he visto que es un lugar habitual al que la gente joven sigue a día de hoy yendo a buscar su dosis de adrenalina. Hacen *ouijas*, psicofonías, exploración urbana, rituales satánicos… de todo.

En cuanto a mí, he ido varias veces en mi vida, pero siempre me he quedado en el jardín de fuera o como mucho en el recibidor. La verdad es que aunque nunca lo reconocí en voz alta, me daba muchísimo miedo el preventorio. Es que da mal rollo en serio. Es un edificio enorme abandonado en mitad de la nada con *graffitis* dedicados a *Satán*, da miedo.

Recuerdo que yo siempre me burlaba de Eric y Tony porque ellos tampoco querían entrar. Cuando íbamos los tres, nos llamábamos gallinas unos a otros pero los tres estábamos igual de cagados. Nunca nos atrevimos a entrar dentro los tres y explorar sus numerosas habitaciones.

Un segundo después me doy cuenta de que el preventorio está en la misma carretera poco transitada en la que me recogió Lucía hace ocho años. Me levanto de la silla de inmediato.

—¿Por qué fui al preventorio Paquito? —le pregunto.

—Vamos a ver. Porque te peleaste con tus nuevos amigos o algo así. De eso no me acuerdo, sé que ellos se fueron y tú te quedaste aquí tirado. Cuando yo iba a cerrar e irme para la verbena, tú me viniste pidiéndome por favor, por favor que te llevara al

preventorio —me dice, trato de recordarlo pero no me viene—. Yo no quería llevarte eh, que conste. Te dije que te vinieras para la plaza que te lo ibas a pasar mejor. Que el preventorio era para críos, y que esos con los que ibas eran mala gente. Pero tú erre que erre, cuando se te metía una en la cabeza —agita la mano y niega con la cabeza—. Menudo pieza eras. Entonces como tú no conducías y yo sí y tenía que coger el coche pues… accedí a llevarte.

Él me mira con curiosidad y me dice:

—Me miras con una cara como si te estuviese hablando en chino.

—Es que es como si me estuvieras hablando en chino, porque no me acuerdo de nada de todo eso Paquito.

—¿No te acuerdas de aquello? Joder, pues sí que le diste bien fuerte a las drogas ese año —comenta riéndose.

—Lo único que se me ha olvidado es aquella semana concreta de fiestas. Tengo una laguna inmensa en esos días. ¿Y sabes lo que hice en el preventorio?

—No, ya lo que hiciste o dejastes de hacer allí no lo sé. Yo te dejé en la puerta y ya me fuí para la plaza del ayuntamiento. Luego ya, en los días siguientes, escuché eso de que desapareciste y dije: uy qué raro. Tony fue el que me dijo que te habías ido rayado y te habías escapado del pueblo en mitad de la noche con una chica. Dijo que le habías dicho que ibas a irte lejos del pueblo y que ya llamarías cuando encontrases un sitio. Y creo que fue lo último que oí sobre ti. Yo siempre me quedé rayado con aquello. Dije, qué raro que quisiera irse justo aquella noche. Pero claro… apagaste tu número, cerraste tus redes… era imposible contactar contigo.

Siento un pinchazo de culpabilidad. Sí, lo sé, me aparté de todos los que podían protegerme. Pero tenía terror, a algo oscuro y peligroso que me amenazaba en este pueblo. Que era qué… ¿mis padres? No, definitivamente la relación con mis padres era mala. Consistía en gritos, insultos y reproches constantes. Pero no les temía yo a ellos, si no ellos a mí. ¿Temía a las represalias de la gente

del pueblo que me odiaba porque había dejado que Eric Romero se suicidara? No, porque ya me había acostumbrado al desprecio de mis vecinos. Entonces a qué, ¿al viejo preventorio?

—¿Tú no te acuerdas de lo que hiciste dentro?

—Yo no me acuerdo ni de haber ido.

Él resopla.

—Pues eso es porque te pasó algo muy chungo que te traumatizó.

Yo le miro con una ceja levantada.

—Tenía diecinueve años, no era tan crío.

—No solo se traumatizan los niños. Es verdad, te lo juro. Vi el otro día en la tele en *Horizonte*, que estaba hablando un psiquiatra muy premiado y hablaba precisamente de esto que te pasa a ti. Dijo que cuando no recuerdas algo como te pasa a ti, una semana concreta de tu vida, es porque has experimentado algo tan fuerte y tan terrible que tu subconsciente lo está reprimiendo.

Yo afirmo con la cabeza aunque no es que le de crédito a lo que digan en un programa de televisión. Pero es cierto que probablemente un terapeuta podría haber arrojado algo de luz sobre la oscuridad que hay en mi cabeza. El problema es que yo nunca he querido hablar de ello. Sinceramente, pensaba que ni siquiera un psicólogo podría evitar sentir asco de mí. Lo único que siempre he querido era borrar mi pasado. Lo he reprimido tanto y durante tanto tiempo que ahora que quiero saber lo que pasó, no sé cómo sacar esos recuerdos.

—Lo llamaban amnesia retrógrada persistente —dice Paquito —. Al parecer la mente para protegerse, emborrona recuerdos y resalta mucho más otros recuerdos aleatorios que no significan nada y así la mente intenta ocultarse a sí misma el horror que ha vivido. Es un tema súper interesante. A mí estos temas de la mente me flipan.

—Eso es lo que me pasa a mí —admito—. Y los pocos recuerdos que consigo formar, no tienen ningún tipo de lógica. No me explican nada.

—Eso es porque el cerebro humano siempre está buscando patrones y conexiones de forma instintiva —me dice—. Constantemente estamos intentando completar lo que vemos y vivimos con pedacitos que encajan en nuestra lógica. Por ejemplo, puedes conducir todos los días de forma automática al trabajo y llegar sin darte cuenta de cómo has ido hasta allí. Y si intentas recordar el camino que has hecho, tu mente reconstruye la imagen del camino que probablemente has hecho como si fuera un recuerdo, pero no lo es. Es un falso recuerdo creado por tu mente, has conducido sin prestar atención.

Yo le miro y sigo afirmando con la cabeza. Cuando para unos segundos le digo:

—Vaya Paquito, no me acordaba yo de tu inmensa sabiduría.

—Bueno, veinte años trabajando detrás de una barra te hace aprender mucho sobre la especie humana. Ojo y que yo estuve estudiando psicología unos semestres. Lo que pasa es que luego empecé a suspender porque trabajar y estudiar no es fácil, pero aunque suspendiera no quiere decir que no aprendiera… siempre me ha parecido muy interesante la *psique* humana. Pero me temo que no estudié lo suficiente como para ayudarte a ti… En el programa decían que estas cosas se tratan en terapia… Oye, y ¿has probado a ir al preventorio? A veces los recuerdos te invaden cuando llegas a algún sitio en el que has estado así que… Igual si vas y lo ves por dentro puedes reconstruir lo que hiciste allí.

Abro mucho los ojos y no sé si es por el alcohol que he bebido, pero de repente su idea me parece la mejor idea que he escuchado en mi vida.

—Pero es mejor que no vayas solo a ese sitio eh y menos ahora que va a empezar a oscurecer pronto. Que yo no creo en los

fantasmas, pero ese sitio te sugestiona mucho. Yo las veces que he ido he tenido pesadillas durante un mes…

—¿Me acompañas? —me sale preguntarle.

A él le sorprende la pregunta, pero un momento después se para a pensarlo. Mira la hora en su móvil.

—Bueno, si te esperas media hora puedo salir que viene mi compañera. Pero vamos en mi coche. Una visita rápida y volver eh, que en medio del bosque anochece más temprano.

TREINTA Y TRES

Creo que Paquito me está viendo como un objeto de estudio. Como una forma de recuperar la diversión que se perdió en la facultad de psicología. Está claro que le ha fascinado lo que he contado. Pero además él siempre ha sido un buen apasionado de los cotilleos. Soy consciente de que parte de lo que le cuente puede acabar en oídos de otras personas, pero la gente ya me critica a la espalda, Paquito sé que al menos lo hará con cariño.

La cuestión es que yo ya estoy preparado para la verdad. No sé qué me puedo encontrar, pero ojalá encuentre algo que me ayude a seguir adelante.

Cuando salgo del Atlántico, el cielo ya está más oscuro y algunas de las farolas del pueblo ya empiezan a encenderse tímidamente. Tres chicas pasan deprisa a mi lado riendo y vestidas con faldas cortísimas y taconazos. Paquito está recogiendo sus cosas yo voy a mi coche a coger la sudadera que tengo en el maletero porque voy en manga corta y en el campo por la noche, a veces refresca. Al acercarme al coche veo que la rueda trasera está pinchada y la llanta casi toca el suelo.

No entiendo cómo no me he dado cuenta mientras conducía, para haberme matado. Me acerco a la parte trasera y observo el suelo. Veo que la otra rueda trasera también está igual de desinflada. Esto no es un accidente, esto es intencionado.

En cuclillas miro a mi alrededor. Unos adolescentes rondan la farola que está cerca de mi coche, pero no creo que haya sido uno de ellos. Aún así me levanto y me acerco a ellos para preguntar.

—Oye, una pregunta ¿habéis visto a alguien que se haya acercado a mi coche y me haya pinchado las ruedas?

Una de las chicas que lleva una diadema con brillantes me dice:

—Qué va si solo llevamos aquí un minuto —dice con voz chillona.

—No hemos visto nada —dice otro y el resto coinciden afirmando con la cabeza.

Yo regreso hacia el coche y escucho que alguien me dice:

—Ey Saúl.

Me giro y veo al novio de Nerea. Genial, ese pesado, es lo último que me falta hoy.

Lleva una gorra de sol y una camiseta blanca con el cuello y las mangas rojas. Va cargado con una bolsa de la compra.

—Ey —le saludo con la mano.

—Estás en todas partes Saúl —bromea.

—Ya… mira es que estoy un poco cabreado ahora mismo. Porque algún cabrón me ha pinchado las ruedas.

—¿En serio? —dice dando un paso detrás de mi coche para verlo. Se inclina hacia el neumático y pasa la uña por la raja que le han hecho.

—Madre mía se han cebado. Alguien te tiene un poco de manía eh. Pues yo antes cuando he llegado he visto un tío cerca rondando el aparcamiento con muy mala pinta.

—¿En serio?¿qué aspecto tenía?

Héctor se apoya en el capó.

—Tenía el cabello oscuro y liso. Y tenía una mancha muy grande en la cabeza en la zona de la frente, parecía como una marca de nacimiento.

Mi mirada recorre el aparcamiento, no veo a nadie tan pintoresco como el que describe él.

—Si quieres te llevo yo a casa, tengo el coche aparcado aquí —me ofrece—. Te va a tocar llamar a una grúa para que lleven este coche hasta el taller, con las ruedas así no puedes circular. Bueno a lo mejor si llamas al taller ellos te lo recogen. Pero lo dicho, yo te puedo acercar a casa ahora.

Me froto la frente.

—A mí no me cuesta nada eh.

—Gracias Héctor, lo que pasa es que no voy a casa —le digo y abro el maletero del coche para coger mi sudadera—. Tengo que ir a un sitio urgentemente. Gracias de todos modos.

—No hay problema.

Me despido de él con un gesto de la mano y veo a Paquito saliendo del Atlántico. Me hace un gesto para que le siga y veo cómo le saludan los faros de su coche cuando le da al botón de la llave.

TREINTA Y CUATRO

Paquito conduce un coche con un interior tan espacioso que no nos rozamos ni un milímetro. El salpicadero brilla en color azul y los asientos están tapizados en un color crema.

Comienza a llover fuera de nuevo y me alegro de haber cogido la sudadera ya que tiene capucha. El paisaje de árboles se ve borroso a través de la lluvia que cae sobre las ventanas. El camino por el que circulamos me da la sensación de que es un río y que nosotros estamos sentados en un bote que nos lleva hacia aguas inexploradas. No creo que haya ni siquiera treinta minutos desde el Atlántico hasta el preventorio, pero sí que están en lugares opuestos del pueblo y a mí se me hace una eternidad llegar.

Por alguna razón, estoy extremadamente excitado. Desde que hemos salido del *pub* Paquito no ha parado de hablar ni un minuto de gente del pueblo y también ha estado hablándome de su pasión por el aeromodelismo y otras cosas que no me interesan demasiado.

Yo hago sonidos de asentimiento mientras habla, pero mi mente está totalmente alejada de las cosas que me cuenta. De momento estoy pensando que igual el que me ha pinchado las ruedas es Álex Moreno. Él conoce mi coche y lo veo capaz de pincharme las ruedas. Es más, seguro que le encantaría.

Suena mi móvil, lo saco del bolsillo pero al ver que es una llamada de Lucía lo pongo en silencio y lo guardo en el bolsillo.

Y mientras noto como mi móvil sigue vibrando, Paquito me mira extrañado de que no lo coja.

—No es importante —le digo.

Él vuelve a mirar a la carretera con una expresión rara. Fuera llueve sin parar, por el retrovisor veo las luces del coche que va detrás. Me parece que nos ha estado siguiendo desde que salimos.

Cierro los ojos con fuerza y destierro estos pensamientos paranoicos de mi cabeza. Son solo patrones que mi cerebro está formando. Desde que esta mañana he visto a Lucía en una fotografía en la que salía también Macarena ahora desconfío de todo el mundo.

—Tenemos que tener cuidado de no pasarnos la entrada, que con esta lluvia…— comenta Paquito a mi lado encendiendo las luces largas.

Ahora las gotas de lluvia caen contra el parabrisas como pequeños cometas.

—El problema va a ser salir del coche con esta lluvia —le digo.

—Tengo un paraguas en el maletero. También hay una linterna.

—Está bien, yo puedo apañarme con mi capucha.

Poco después, reduce la velocidad y gira hacia un sendero forestal. Solo unos cientos de metros más y la tétrica silueta del preventorio aparece ante mis ojos.

Saco mi móvil del bolsillo y compruebo la señal. Tengo dos barras de cobertura, no está mal. Mi batería está el 45% suficiente para encender la linterna sin peligro de quedarme sin energía. Meto el móvil de nuevo en el bolsillo del pantalón.

El preventorio sigue tan escalofriante como siempre. Una mole de tres pisos con paredes de un blanco sucio. Los muros están llenos de ventanas de madera podrida sin cristales y detrás de cada una de ellas puedes intuir que algo va a asomarse. El tejado es de tejas rojizas ennegrecidos por el paso del tiempo. Los balcones con barandillas oxidadas sobresalen como púas, uno se ha desprendido y ha dejado un enorme desconchón en la fachada. El aire alrededor

del preventorio parece más denso y frío que en cualquier otro lugar del bosque.

Empiezo a sentir nauseas, el rechazo que me crea este edificio vacío es inexplicable.

Paquito ha aparcado el coche junto a la valla que rodea la propiedad. Mide unos dos metros de altura y tiene un alambre de púas retorcido en la parte superior para evitar que las personas no autorizadas puedan treparlo.

Salimos y yo me pongo la capucha de la sudadera.

Paquito va al maletero y saca su paraguas y su linterna.

—Toma —dice abriendo el paraguas y levantándolo por encima de su cabeza—. Podemos compartirlo.

—Gracias yo con mi capucha ya tengo bastante, no está lloviendo tanto.

Después de encender las linternas caminamos juntos hasta la puerta y descubrimos que está asegurada con una gruesa cadena y un buen candado. Sacudo el candado pero aunque los eslabones de la cadena están muy oxidados no parece fácil abrirla.

Paquito se pelea con el candado y yo me pongo a caminar unos metros más hasta que encuentro un hueco en la vaya ligeramente doblado. El agujero es pequeño, pero aún así quiero intentarlo.

Me agacho, coloco la linterna del móvil en el suelo y pego mi torso contra el suelo. Los cables me arañan el cuero cabelludo cuando me deslizo por debajo y el codo izquierdo se me engancha en un alambre que sobresale.

—¿De verdad crees que puedes pasar por ahí?— me pregunta Paquito iluminándome con su linterna.

Yo saco la cabeza, me giro boca arriba y esta vez meto primero las piernas y paso bien hasta que cuando llego a la altura de

la cintura me atasco de nuevo un poco. Ahora estoy boca arriba y me da la lluvia sobre los ojos. Estoy cubierto de barro.

Hago un esfuerzo más y consigo pasar poco a poco el resto del cuerpo bajo la vaya.

—Vaya pues lo estás consiguiendo. Si lo llego a saber, me habría traído unas cizallas —comenta Paquito—. A mí se me tiene que ocurrir otra forma de entrar, porque yo no quepo por ese agujero ni de broma. Voy a dar una vuelta a la valla a ver si hay algún espacio más grande para mí.

Paquito se aleja dando pasos por la maleza y yo me levanto al otro lado de la valla. Cojo mi móvil, me limpio un poco el barro como puedo y camino con cautela por la hierba mojada hacia el preventorio.

Hace décadas correteaban por este jardín niños enfermos de tuberculosis, me pregunto si este sería un buen hospital donde trataban bien a los pacientes o uno de esos hospitales terroríficos de los que hablan las historias.

Miro a mi alrededor, a varios metros a la derecha una luz rebota. Por ahí va Paquito. Cuanto más me acerco a la puerta del preventorio más siento esa certeza de lo mucho que me incomoda este sitio. Ha llegado el momento, voy a atreverme a entrar al preventorio por primera vez en mi vida.

TREINTA Y CINCO

Bajo la escasa luz de luna que consigue penetrar las densas nubes de lluvia, el edificio abandonado parece fantasmal. Aunque el preventorio esté desierto, parece dispuesto a ahuyentar a todo el que se acerque.

A la tétrica fachada se suman los sonidos amenazantes de animales moviéndose entre la naturaleza, las gotas de lluvia golpeando incesantemente el edificio y el bosque aullando.

Al acercarme a la entrada, reviso las ventanas para asegurarme de que no haya nadie, pero dentro está demasiado oscuro para ver nada.

La puerta de entrada era de madera pero fue arrancada en su momento, así que nada impide la entrada al edificio. Comienzo a dar pasos cautelosos dentro, y comienzo a distinguir cosas en la oscuridad. Distingo vagamente algunos grafitis en las paredes, veo un buen montón de litronas vacías entre los escombros…

Cuando era adolescente, circulaban rumores de que aquí se celebraban fiestas secretas, y a mí me fascinaba este sitio y la gente que se atrevía a venir aquí. Lo que más me impresionaba de adolescente, era la gente valiente que no le tenía miedo a la muerte, ni a las experiencias extremas. Por eso me terminé separando de Tony, él tenía bastante con las drogas, no tenía tanta hambre como yo por transgredir las normas.

El recibidor del preventorio donde estoy mide aproximadamente la mitad que un campo de fútbol escolar y está sostenido por pilares de hormigón. La luz de la luna se filtra a través de las numerosas ventanas y huecos dando a las paredes cubiertas

de grafitis un aspecto grotesco. Hay escombros por todas partes un fuerte olor a basura vieja y yeso húmedo.

Me quito la capucha y me limpio la humedad de la cara con la manga. Alumbro con la linterna al suelo de cemento y veo restos de botellas de cerveza rotas, bolsas de patatas fritas y trozos de tela raída.

Nada en esta sala me resulta especialmente familiar, ni despierta ningún recuerdo en mí lo cual es preocupante. Esperaba al menos sentir que de alguna manera, había estado aquí antes. Pero no es el caso.

Miro hacia fuera del edificio buscando a Paquito y veo que ya hay una luz, muy a lo lejos pero que ya está dentro de la propiedad. Una figura oscura camina con dificultad por el césped. Le hago una señal con el foco de la linterna de mi móvil pero no responde, probablemente tardará un rato en llegar.

Viendo que Paquito ya ha conseguido entrar me siento más seguro para explorar. Avanzo un poco y me aventuro unos pasos por el pasillo.

Fragmentos y piedras crujen bajo mis pies a cada paso. Los ruidos de la lluvia resuenan en las paredes aterradoramente fuerte.

Ilumino una puerta medio arrancada y veo que al otro lado hay una escalera completamente a oscuras. En este trozo no hay ni una sola ventana de repente tengo la sensación de no estar solo.

El corazón me empieza a latir con más fuerza en el pecho. Presto atención con enorme tensión incluso al más leve sonido. Examino las paredes con la luz del foco y de repente veo una figura. Sobresaltado, retiro la mano y apago la linterna. Hay alguien aquí.

Siento el impulso de correr, pero si me voy, me va a escuchar así que decido enfrentarlo y le alumbro directamente con mi linterna.

Respiro aliviado. No es una persona, alguien ha pintado con *spray* una silueta con capa y capucha en la pared. Probablemente para asustar a la gente. No hay nadie.

Espero a que mi corazón se calme y luego sigo caminando. Veo unas escaleras de hormigón bajan a una planta que debe ser subterránea. La barandilla está parcialmente rota. Me tendrían que pagar un millón de euros para que bajara ahí y aún así no sé si aceptaría. No puedo evitar pensar en la cantidad de adolescentes sin neuronas que se habrán desafiado unos a otros a ver quién tenía huevos de bajar ahí.

Continúo mi recorrido por la planta baja. Las siguientes habitaciones son más pequeñas. Es imposible saber para qué era utilizada cada una, pues casi todo lo que había dentro ha sido saqueado o destrozado. El suelo de las habitaciones es una escombrera.

Al iluminar una de las habitaciones veo uno de los pocos muebles que se conservan. Es un viejo escritorio puesto contra la pared y frente a él hay una silla de madera ligeramente inclinada, como si alguien hubiera estado sentado en ella hace apenas unos minutos. Quizás alguien que me está esperando detrás de algún recoveco.

Maldición. A ver si paro de inventarme historias como esa en mi cabeza. Tengo que ver el conjunto como lo que es: un edificio vacío y viejo que da mucho miedo por las historias de miedo que nos contábamos sobre él, pero que es tan inofensivo como cualquier otro edificio del mundo.

Continúo examinando cada rincón, una habitación lleva a la siguiente y pronto siento que he perdido el rumbo y que todo esto está siendo una pérdida de tiempo. No recuerdo este sitio, no he estado aquí antes, y no sé qué hago a mi edad, aquí, jugando a los fantasmas. Esto es absurdo. Y pensar que hace tan solo una semana yo tenía una vida completamente normal.

Habitaciones, pasillos, corredores y más habitaciones. Todo este lugar es oscuro y tortuoso, veo huecos y agujeros por todas partes con los que podría tener un accidente.

Tengo que tener mucho cuidado de dónde pongo los pies y recordar donde están las pistas que puedo usar para orientarme y encontrar la salida.

Este pensamiento tan repentino me resulta tan familiar que me hace preguntarme si alguna vez he estado aquí en esta habitación pensando exactamente lo mismo que acabo de pensar. Un *déjà vu* lo llaman ¿no?

Ilumino con mi linterna uno de los huecos que se abren en el suelo y solo veo a través de él hormigón y suciedad. Al parecer ese agujero se puede usar como ascensor para bajar al sótano rápido. Rodeo ese pozo con cuidado y entro por la puerta de al lado. La verdad es que lo más sensato sería quedarme quieto y esperar a Paquito . Podría llamarlo a gritos, pero es que me temo que podría no ser el único que me oiga. Una idea paranoide, pero que aún así me impide hacer ruido.

Los siguientes metros apestan horriblemente a orina. Me encuentro en un pasillo que da a otra habitación y justo al entrar, siento una extraña sensación en la nuca. Muevo mi linterna e ilumino una especie de calefactor de metal. Escucho un chirrido y dirijo el haz de mi linterna con rapidez hacia el lugar. Una rata está sentada junto a una caja vacía mirándome como si yo la hubiera asustado. Se da la vuelta rápidamente y corre a esconderse detrás de la estufa.

Este sitio no es para mí. Llego a un pasillo que me lleva a otro pasillo un poco más pequeño que el primero. Unas enormes tuberías metálicas recorren el techo de un par de metros de altura y algo gotea de alguna parte.

Plaf, plaf, plaf

Mi corazón empieza a latir más rápido de nuevo, y esta vez no sé por qué. Ese sonido segundo a segundo está despertando algo en mí. Es como si ya lo hubiera escuchado antes. El ruido me conecta con esta sala, con este olor a moho, cemento y humo que me han perseguido desde que entré en el preventorio.

Rodeo un charco frente a la puerta e ilumino la pared con la linterna. Allí atrás, junto a una enorme pila de tablas desmoronadas, hay otro pasillo. U otra habitación pienso y me acerco a ella. ¿Por qué mi corazón late tan desbocado de repente? Es como si estuviera advirtiéndome. Me detengo. A parte de ese extraño sonido de gota, no escucho nada más. Me he adentrado tanto en el preventorio, que ni siquiera sé cuál es la forma exacta de salir.

Plaf. Plaf. Plaf

No es que el sonido de una gota tenga un sonido tan particular, pero hay algo concreto en el sonido que hace esta gota en particular que despierta algo, no sé el qué. Me muevo con cautela, con las suelas pegadas al suelo arrastrando los pies para intentar no hacer ruido. Aprieto los dientes porque es inevitable que algunos escombros crujan. Me detengo un instante, escucho de nuevo y sigo adelante. Al llegar a la pila de tablas, ilumino con la linterna a través estrechas grietas y observo la habitación que hay detrás.

Probablemente no sea más grande que un garaje.

Todo es angular y rígido, nada se mueve ahí dentro, pero mi voz interior me dice que hay algo. Me aventuro más allá de las tablas y entro en la habitación iluminando cada rincón con mi linterna.

En el centro, como si fuera un árbol que surge del suelo, se alza una plataforma de cemento. Tiene aproximadamente el tamaño de una mesa de comedor. Los agujeros en las esquinas indican que allí había una máquina antes de que fuera todo demolido. La puerta del otro lado es de hierro y da el exterior. Me asomo por ella y veo una parte del jardín de atrás del preventorio que no había visto hasta ahora. El resplandor de la tenue luz plateada de la luna que entra a través de la puerta me relaja un poco.

Pero esa extraña sensación en mi nuca no desaparece. Necesito encontrar ya a Paquito, probablemente él también esté deambulando por el laberinto de habitaciones y pasillos

buscándome. Estoy a punto de volver al pasillo cuando veo algo que me paraliza por completo el corazón.

Me llevo una mano al pecho, me agacho lentamente y apunto con la linterna la pequeña esfera que yace en el suelo. La recojo con las yemas de los dedos y al verla en la palma de mi mano veo con claridad que es de color turquesa. Es una cuenta turquesa jaspeada como las del collar de Macarena. Me levanto, miro el pedestal de cemento y de repente…

La certeza me golpea con toda su fuerza: ahí sucedió todo.

TREINTA Y SÉIS

Es una sensación intuitiva que me recorre la piel, se extiende con fuerza hasta mi cuello, esparciéndose en mi interior hasta que siento que voy a estallar.

Como si se hubiera abierto una válvula en mi interior, los recuerdos del final de verano de 2018 salen disparados como un chorro de agua.

De repente, lo veo todo con claridad, como si acabara de ocurrir. Tengo diecinueve años otra vez, y me siento humillado porque Gabriel Silva, ese tío que conocí el viernes pasado y que me había "adoptado" en su grupito me ha dicho hoy que soy un cagado.

Odio mi vida. Odio a mis padres, Tony es un *fumao* que no sale de su casa a no ser que sea para comprar más porros y Eric está muerto. Las tías no me hacen caso, no tengo futuro, ya tengo diecinueve años y no quiero estudiar, no quiero trabajar, quiero vivir la vida, y no se puede vivir nada interesante en un pueblucho como Cerroverde.

Conozco a Gabriel el primer día de fiestas patronales, entro a comprar tabaco al Alambique y él se acerca a mí y me pregunta si quiero un poco de coca. Le compro un gramo y nos ponemos a charlar. Poco rato después me dice que soy un tío guay, que dónde había estado estos años, y que él pensaba que conocía a toda la gente guay del pueblo.

Paso los siguientes días de fiestas patronales saliendo con él y sus amigos por el pueblo. Nunca he ido con estos tíos, todos me sacan varios años, pero a ellos les da igual porque todos están de acuerdo en que soy un tío guay.

Gabriel no es como los otros tíos del pueblo, está muchos niveles por encima. Tiene pasta, está fuerte y las tías caen como moscas a su alrededor. Me cuenta unas historias sexuales que me hacen alucinar. Ha probado toda clase de sustancias, ha viajado por los cinco continentes, conoce a todo el mundo, quiero ser como él.

Gabriel me dice que si quiero salir del pueblo, no hay ningún problema. Que puede meterme a trabajar a cualquiera de sus locales. Pero me dice que no compensa mucho, que se gana mucho más vendiendo coca, y que si me atrevo me puede dar un contacto. Me aconseja que me separe de mis padres si me dan problemas, me dice que él también tiene una relación complicada con su padre, que está deseando que la palme de una vez. Nos reímos.

Es el último día de fiestas, toda la zona del Alto Tajo estamos celebrando las verbenas de final de verano. La noche empieza rara, porque una de las novias de alguien ha venido desde otra ciudad a estar con él y lo ha pillado liándose con una tía a la que ha conocido esa noche. Él se pasa la noche intentando calmar a la chica y convencerla de que no se vaya a su ciudad. Intenta convencerla de que se quede, y de ir más tarde a una *rave* en el preventorio. Él llama a esa chica todo el rato "la italiana", pero la italiana no perdona que le haya puesto los cuernos. Yo me mantengo ajeno a todo esto e intento ligar con alguna de las chicas que hay esta noche en el Atlántico. El bar está petado de chicas con la pañoleta amarilla de Torre del Álamo. Allí también están en fiestas, pero han venido un grupito de ellas atraídas por el alcohol barato del *pub*. Yo intento copiar la forma en la que Gabriel se acerca a las chicas y la verdad es que me funciona. Enseguida me pongo a hablar con ellas y parece que todo fluye.

Más tarde, cuando ya llevo un buen rato pegándome la fiesta con las chicas alamenses, aparecen Gabriel y sus amigos de nuevo. Me dicen que la italiana les ha mandado a la mierda, pero que le gustan mis nuevas amigas, y que por qué no las convenzo para ir a una *rave* muy guapa en el preventorio. Cuando escucho lo del preventorio, lo primero que me sale decirle es que paso. Paso

porque son las fiestas del pueblo, hay mucho más ambiente en las calles que en una noche cualquiera, y estoy agusto hablando con las chicas aquí, no veo la necesidad de ir a un lugar oscuro en mitad del bosque en una noche como esta en la que lo estamos pasando bien. Gabriel insiste, y después se pone a venderle la idea a las chicas. Les dice que las fiestas de la plaza son para abuelas, y que la gente joven del pueblo va a una *rave* muy guapa que hay en las afueras.

Yo le pregunto a Gabriel que de qué habla, y él me susurra al oído que no vuelva a llevarle la contraria delante de una tía, que si soy subnormal. Me dice que me deja elegir a mi primero, que elija a la que quiera follarme y que cierre la boca. Le digo que su amigo está ahora hablando con la que me gusta, pero que paso de ir al preventorio. La cosa termina mal. A Gabriel no le gusta que le lleven la contraria y termina diciéndome que soy un cagado, un pringado y que no me quiere ver más el jeto.

Un rato después cuando me baja el ciego monumental y el Atlántico se prepara para cerrar me arrepiento de haberme peleado con Gabriel. Él me había prometido que la semana que viene iríamos a Guadalajara para que me enseñara el local más guapo que tiene. Sigo queriendo formar parte de su grupo, tíos que hacen planes interesantes, y yo me he picado con él porque quería ir a la plaza del pueblo, menuda chorrada.

Cuando la gente se empieza a ir para el centro del pueblo, hablo con una de las chicas de Torre de Álamos y le pregunto que dónde está Macarena, la chica con la que más había estado hablando durante la noche. Una de las chicas me dice que se ha ido a la *rave* con el chico guapo de antes, se refiere a Gabriel, claro. Mientras ellas se preparan para ir al pueblo yo le ruego a Paquito que me lleve al preventorio.

—¿Al preventorio? ¿A estas horas? Tú estás chalado.

Le digo que no, le digo que hay una fiesta ahí montada que va a estar mejor que la fiesta para ancianas del pueblo. Le digo que se venga también pero me dice que no. Que me hace el favor de acercarme pero que él se queda en el pueblo. Me vale.

Cuando llego al preventorio veo un coche aparcado y Paquito me pregunta si estoy seguro que quiero quedarme aquí y le digo que se tranquilice, que luego me voy con Gabriel para el pueblo. Paquito se marcha y yo me cuelo por un agujero en el preventorio. Me pongo a recorrer esos pasillos cagado vivo, pero sé que cuando encuentre a Gabriel y a los otros, van a pensar que he tenido dos huevos bien puestos para atreverme a venir hasta aquí.

Me cuesta encontrarles, pero al final escucho un murmullo de voces y encuentro el camino.

Plaf, plaf, plaf

Escucho ese sonido. Al principio ellos no me ven, pero yo sí que puedo verlos. Veo a Gabriel besando y manoseando a esa chica, Macarena. Hay algo raro en ella. En la forma en la que sus rodillas parecen lánguidas y casi tiene que sujetarla para que se mantenga en pie. Al lado, Héctor está con el móvil grabando la escena merodeando a su alrededor, como si estuviera grabando una maldita telenovela.

—Ponla caliente —exclama Héctor y Gabriel empuja a la chica contra la pared y desliza su mano debajo de su falda.

Ella agarra su muñeca y la aparta pero Gabriel no la retira.

—Primero nos haces venir hasta aquí y ahora quieres parar, qué sentido tiene —le dice Héctor a la chica sin dejar de grabarla.

—Qué hacéis —les suelto y casi los mato de un susto.

Héctor me apunta con la cámara a la cara.

—Joder, este hijo de puta casi me mata del susto. Tú qué coño haces aquí.

—Qué hacéis —pregunto de nuevo—. No tiene gracia.

—Venga no me jodas tío, encima de que eres tú él que la ha elegido. Que yo prefería a la morena de las tetas grandes y tú coges a la plana esta.

—Yo no he elegido a nadie, no me dijiste para qué.

—No me dijiste para quéeeee —me imita Héctor.

—Vale ya, dejadla tranquila y vámonos antes de que la lieis más.

Doy un paso al frente en la habitación pero entonces escucho un clic y veo que Héctor ha sacado una pistola y me está apuntando con ella al pecho. Me quedo en *shock* sin poder creer lo que veo.

—Si te mueves te meto un tiro —me suelta. Este tío es el hijo del farmacéutico de mi pueblo. Y me está amenazando de muerte.

Macarena, a quien le deben de haber dado algo, comienza a revolverse en los brazos de Silva e intenta zafarse de su abrazo.

—¿Pero es que no ves que se quiere ir?

—Cállate de una vez Saúl, que al final nos vas a cabrear —me espeta Gabriel—. La estás poniendo nerviosa tú, que no te callas. Espera tu turno calladito.

—O si te apetece otro tipo de diversión podemos hacer una ruleta rusa —dice Héctor apuntándome al rostro y cerrando un ojo como si practicara puntería—. ¿Estás con nosotros o contra nosotros, déjamelo claro ya.

—Baja eso ya —le pide Gabriel—. Y ayúdame con esta.

Héctor baja el arma pero no la suelta y enfoca con la luz del móvil a la chica. Deja su móvil apoyado en un hueco de la pared y usa su mano libre para llevarla hasta la plataforma. Todo sucede tan rápido que no me da tiempo ni de reaccionar.

Cuando Macarena abre los ojos y ve que Héctor tiene una pistola en la mano, grita. Gabriel le tapa la boca y la obliga a subirse al bloque de cemento. Ella se defiende agitando los brazos y las piernas y patea a Gabriel en la espinilla y en la cara. Él la agarra del collar de perlas jaspeadas y la estrangula con él. Se escucha un chasquido y el collar se rompe. Macarena jadea en busca de aire y Gabriel tira el collar, algunas cuentas ruedan sobre el suelo como canicas.

La chica baja del pedestal, me ve, corre hacia donde yo estoy y entonces escucho un estruendo que me deja sin aliento.

Sus brazos y piernas ceden y su cuerpo cae al suelo inmóvil frente a mis ojos como una marioneta en la que le han cortado los hilos. Mis ojos se abren de terror al ver a la chica en el suelo. Una pequeña mancha roja se ve en su espalda y comienza a ensancharse poco a poco. Me tapo la boca con la mano, soy incapaz de formar un solo pensamiento que me libere de la angustia que siento. Me siento paralizado, aterrorizado en un escenario que me paraliza de horror abyecto.

—Tío… —dice Gabriel mirando a la chica—. Te tienen que quitar esa puta pistola ya, mira la que has liado.

—No venga va, que todavía la podemos aprovechar —dice Hugo.

No sé a lo que se refiere, le veo coger su móvil del hueco de la pared y le dice.

Gabriel coge el cuerpo del suelo, la sube a la plataforma y le rasga la blusa.

—¿Estás grabando?

—Sí venga. Antes de que se le vaya el calor.

Parado como una estatua junto a los tablones de madera presencio el horror. Veo a Gabriel de espaldas, moviendo las caderas cada vez más rápido hasta que finalmente se queda paralizado jadeando encima del cadáver. Héctor le graba dando vueltas a su alrededor, como si grabara una película *snuff*.

—Te toca —me dice entonces Héctor.

Yo le miro boquiabierto.

—¡Vamos! —me chilla cuando ve que no reacciono a la primera.

Lágrimas silenciosas corren por mis mejillas.

Héctor me está apuntando con la pistola con una mano y grabándome con la otra.

—Tienes diez segundos para sacarte la polla y metérsela o te meto un tiro. Diez, nueve, ocho…

Gabriel me mira al otro lado de la plataforma, entretenido.

—Sieteséiscincocuatrotres —empieza a contar a toda velocidad y un segundo después estalla en una carcajada—. ¿Pero qué cojones es eso? ¿Eso es una polla o un espagueti hervido?

Gabriel se ríe.

—Es un puto gallina —comenta mirándome con desprecio.

—No sé de dónde has sacado a este pringado —dice Héctor —. Tienes buen ojo con las tías pero con los chavales no tienes ni idea, te juntas con cada tolai ¡sí, tú, tolai! ¡Guárdate eso! ¡Que das vergüenza ajena!

Yo me subo la bragueta con las manos temblando.

Héctor le pasa la pistola y el móvil a Gabriel y se baja los pantalones, se la saca y empieza a hacer círculos con ella en mi cara.

—Uuuuuh. Te voy a enseñar cómo se hace, ¡maricón!

Yo doy un paso atrás para alejarme de él tanto como puedo. Y luego doy otro, y después otro hasta que mi espalda toca la pared. Esta vez le toca el turno a Héctor mientras Gabriel le graba. Yo no puedo apartar la vista del horror que tengo delante, creo que estoy tan en *shock* que mi mente no está ahí realmente, se ha ido, está ausente.

Cuando termina, Héctor resopla, se sube la bragueta y dice:

—Vamos a hacerle unas fotos así, sexys.

Entonces se pone a hacerle fotografías al cuerpo hasta que quedan satisfechos.

Después veo que intercambian una mirada y Héctor me señala con la barbilla y le dice a su amigo:

—Vamos fuera a hacernos un piti, y luego limpiamos esto.

Gabriel empuja la puerta de metal que da al exterior del preventorio y se encienden un cigarro. Los escucho murmurar desde aquí. Escucho el chasquido del mechero y la primera calada profunda.

Me quedo a solas con mi horror. Me quedo petrificado, oyendo solo el monótono goteo. Una gota que sale de las grandes tuberías del techo cae sobre la mesa de piedra en la que está tendido el cuerpo.

Plaf. Plaf. Plaf

No puedo apartar la vista de la chica inmóvil sobre la plataforma. De repente, noto un pequeño movimiento en su pecho, que sube y baja suavemente. ¡Sigue respirando!

Miro la puerta de hierro y corro hacia la chica que yace como si estuviera muerta y trato de sentir su pulso con ambas manos. Lo busco en su cuello, en su muñeca, no lo encuentro. Pongo mi mano bajo su nariz intentando sentir su aliento. Nada. Creo que me lo he imaginado. Pero entonces abre los ojos. Macarena me sonríe y yo emito un grito, sacudo la cabeza y la miro mejor y veo que no. No ha abierto los ojos y sus labios no se han movido. Sus párpados están cogiendo un tono violáceo sin vida. Y aún así, siento que si la sigo mirando quizás vuelva a abrirlos.

Escuchó un ruido fuera y el sonido de voces un poco más fuerte. Veo que la manivela de la puerta se mueve, me doy la vuelta rápidamente, caigo al suelo y me golpeo la rodilla. Un dolor intenso me recorre la pierna izquierda. Siento algo bajo mi rodilla, lo agarro, es el collar jaspeado de Macarena. Lo agarro como si fuera mi única arma para defenderme y justo cuando me pongo en pie la puerta se abre de golpe y Gabriel y yo nos miramos fijamente a los ojos, la adrenalina me inunda el cuerpo. Ve el collar en mi mano y en ese momento es como si nos conectara una fuerza sobrenatural y ambos

pudiéramos leer con claridad las intenciones del otro. Él se da cuenta de cuáles son las mías y yo de cuáles son las suyas.

En ese momento lo entiendo todo, como no me he puesto de su lado, van a matarme.

Me doy la vuelta y huyo de nuevo al pasillo corriendo tan rápido como puedo.

—¡Que se escapa! ¡Tira! ¡Tira!

—SAÚUUUUUUUUL —me grita desde atrás Gabriel corriendo por el pasillo—. VUELVE AQUÍ HIJO DE PUTAAAAA.

Mis piernas corren más rápido que nunca. Apenas las siento tocar el suelo. Corro con una velocidad que solo se entiende cuando te va la vida en ello. Detrás de mí escucho a Héctor gritar de dolor. Y después chillar:

—¡VE A POR ÉL!

No me detengo a mirar atrás me imagino que se ha tropezado con algo o se ha caído por alguno de los cientos de agujeros. Por fin, veo la sala iluminada de la recepción y bajo los escalones de entrada del preventorio de un salto, ruedo por el suelo y me levanto de inmediato. Cruzo el prado corriendo hasta el hueco de la valla por el que he entrado. Escucho a Gabriel correr detrás de mí cada vez más cerca, pronto me va a alcanzar. Sin pensarlo dos veces, me lanzo de cabeza por el agujero bajo la valla y me desgarro la pernera del pantalón con el alambre. Gabriel está solo a unos metros de mí, me agarra del bajo de los pantalones y me arranca un buen trozo de tela del pantalón pero consigo deslizarme por el hueco. Gabriel me agarra el pie, pero le suelto una patada en la cara y me suelta. Él grita de rabia e intenta arrastrarse debajo del hueco de la valla pero sus brazos hinchados de pincharse esteroides le impiden colarse por un agujero tan pequeño. Me levanto de un salto, salgo corriendo carretera arriba.

—¡Maldito hijo de puta! ¡SAÚUUUL! ¡Voy a encontrarte y matarte! ¿ME OYES? ¡No vas a tener Tierra para esconderte!

TREINTA Y SIETE

Mi corazón late tan fuerte y rápido que siento que va a darme un infarto en cualquier momento. Sigo aquí de pie, inmóvil, observando la silueta de la plataforma y la puerta de hierro. El móvil se me ha caído de la mano durante mi torrente de recuerdos y ahora está en el suelo, con la luz dirigida hacia la pared. Lo recojo y apunto hacia la plataforma, como si necesitara convencerme de que el cuerpo de la chica ya no está ahí. Me tiemblan las manos.

—Así que aquí te escondías —una voz masculina y profunda me hace dar un salto en el sitio.

Me giro, alumbro las tablas con la linterna y veo a alguien moviéndose detrás. Mi corazón se encabrita de nuevo al ver una figura oscura en la entrada del pasillo. Dirijo la luz hacia su rostro y me doy cuenta con horror de que es Héctor.

—¿Qué haces tú por aquí Saulito? ¿Te has perdido?

Mi atención se posa en la cuenta jaspeada que hay entre mis dedos y en el pedestal. Las imágenes espeluznantes están tan frescas en mi mente como si acabara de vivirlas, me resulta imposible borrarlas.

—Vaya, así que has recuperado la memoria. ¡Milagro!

Héctor entra en la habitación. Su altura y sus hombros anchos parecen mucho más amenazantes a la luz de la linterna, lo que me devuelve a la realidad.

—Gabriel y yo nos hemos preguntado millones de veces por qué nunca llamaste a la policía —dice con calma—. Si el te hubiera visto aquí estos últimos días, habría alucinado del todo.

Me pregunto cuánto tiempo tardaría en llegar a la puerta de hierro, girar la manivela y salir por la puerta. Creo que puedo ganarle en una carrera, ya lo hice una vez. Y ahora está más viejo, y en peor forma que yo.

Como si me leyera el pensamiento, Héctor camina en dirección a la puerta de hierro rodeando el pedestal y obligándome a mí a moverme hacia el otro lado. Me bloquea el paso hacia esa salida. Si quiero salir por ahí, tengo que tumbarlo primero.

Héctor pone su mano sobre el bloque de cemento y lo acaricia.

—La niña esa del embalse vino porque quiso. Ella era muy participativa, en cuanto le dijimos de venir aquí a pasarlo bien se apuntó. ¿De verdad te piensas que no sabía a lo que venía? Eres tú el que lo jodiste todo.

Apago la linterna del móvil, pero siento su mirada en la oscuridad, saboreando mi miedo. Siente que me tiene bajo control.

¿Tendrá alguna idea sobre por qué he apagado la luz?

—Pero aunque tú aquí flipaste con lo que pasó, luego te mantuviste tranquilito, con la boca cerrada… Pensamos que igual te habías muerto. Yo iba a casa del *yonki* ese con el que ibas, para preguntarle si sabía algo de ti, pero nada. Me dijo que ni tu madre sabía nada de ti. Yo ya me quedé tranquilo y me olvidé del tema, pero Gabriel se puso histérico como una nena cuando se enteró que el cuerpo de la chavala había aparecido de repente en el embalse —continúa hablando como si no le importara estar a oscuras—. Resulta que hacía tiempo que te había localizado. No sé cómo lo hizo. Creo que contrató un detective o algo así. A mí me la sudabas porque yo estaba viviendo mi vida, pero Gabriel no tenía vida. Un hombre sin trabajo y sin familia se pasa el día haciendo cosas raras, como buscarte a ti, que te habías portado bien y habías mantenido la boquita cerrada. Y vino a mi casa, a decirme que fuéramos a Málaga, a acabar contigo. Como si yo quisiera seguir metido en esas mierdas ¿sabes?

No le respondo. Yo solo estoy buscando una salida. Me giro ligeramente hacia un lado, quizá pueda sacar mi móvil del bolsillo sin que me vea, pero ¿cómo hago una llamada a la policía sin que se dé cuenta por el brillo de la pantalla? Quizás mi única alternativa sea distraerlo para poder escaparme por donde he entrado.

—Yo ya no estoy para esas cosas. Soy padre, y quiero hacer las cosas bien. Todos hemos hecho burradas de jóvenes, pero se puede madurar y seguir hacia delante… La verdad es que me descojoné cuando te vi aparecer por aquí con tu memoria borrada. Debo admitir que he estado bastante obsesionado con pillarte a solas estos últimos días, pero eres escurridizo como tu puta madre. Antes en el *parking* he pensado que ya no ibas a poder escaparte y te ibas a subir a mi maldito coche por fin. No sabía si realmente me estabas vacilando o de verdad eras tan tonto de haberte olvidado de algo que podía costarte la vida. Pero efectivamente, eres tonto.

—Tú sí que eres tonto —me envalentono—. Mira que tirar el cuerpo de Macarena al embalse. Era cuestión de tiempo que saliera.

—¡A mí no me lo digas! —dice con un tono de voz que me hace pensar que sonríe—. Yo quería enterrarla en una zona que conozco donde sé que nunca la hubieran encontrado. Si hubiéramos hecho lo que yo dije, no habría pasado nada de esto. Pero Gabriel siempre ha sido un vago de mierda, no quería hacer el esfuerzo extra de llevar a la muerta hasta allí y cavar un agujero, así que eligió la opción más fácil, echarla al agua y desentenderse.

No ha dicho el nombre de Macarena ni una sola vez, hasta ese punto la deshumaniza.

—Este sitio me trae muy buenos recuerdos —dice acariciando el pedestal de nuevo—. No sabes lo intenso que es hacerlo aquí entre estas paredes oscuras. Me encanta como se escuchan aquí los gritos y los lloros.

Trago saliva. Mientras Héctor sigue intentando asustarme, sujeto con fuerza el móvil en mi mano como si fuera un detonador. Presiono sin querer el botón de encendido y la pantalla se ilumina.

Un segundo después, Héctor saca su pistola y me apunta con ella.

La conmoción me recorre el cuerpo. Sobre todo al oír el inconfundible *clic.* No esperaba que llevara la pistola, pensaba que podría abalanzarme sobre él y derribarlo en algún momento.

—Dame el móvil —me exige extendiendo su mano libre.

Dudo un segundo y dejo el móvil en el pedestal y le doy un empujón haciéndolo deslizar por la superficie pero no lo lanzo directo hacia él, si no ligeramente ladeado. Él reacciona como esperaba, inclinándose hacia ese lado para agarrarlo. Aprovecho ese segundo de distracción para rodear el pedestal y salir corriendo entre las tablas.

Con los oídos zumbando de adrenalina, corro como alma que lleva al diablo sin luz, completamente a oscuras por pasillos que apenas puedo ver. Pero no tengo más remedio que confiar en mi instinto.

—¡Me gustan más cuando corren! —le escucho aullar maliciosamente.

Mi pie pisa un charco y se que la puerta está cerca. Avanzo con las manos estiradas, porque no veo nada, esperando que en cualquier momento una mano se agarre a mi capucha y tire de ella hacia atrás. O peor aún, me dispare. Tanteo la pared sin estar seguro de dónde estoy, salgo a otro nuevo pasillo y me escondo tras el marco más cercano. Todo mi cuerpo tiembla de tensión.

Al no escuchar nada más, enciendo la linterna e ilumino el lugar hacia donde sospecho que está la entrada.

Sigo el rayo de luz atravesando nuevos corredores y los ruidos detrás de mí aumentan mi tensión desmesuradamente hasta que llego a una habitación de la que no hay salida. Al iluminar un enorme montón de escombros, de repente pienso en Ángela.

En que no sé qué tiene que ver ella en todo esto. En por qué ella se empeñó en convencerme de que yo era un asesino, ni por

qué mató ella a Gabriel Silva y me acusó a mí de haberlo matado.

Un ruido interrumpe mis pensamientos. Me doy la vuelta y me quedo inmóvil. Se escucha un ruido de pasos. Está a pocos metros de mí. Se me pone la piel de gallina. Veo una pequeña luz moviéndose como un puntero laser y entonces me ilumina. Me ciega con tanta fuerza que tengo que protegerme los ojos con la mano.

—¡Gracias a Dios Saúl! Te he estado buscando por todas partes —escucho decir a Paquito y siento un enorme alivio.

Me llevo el índice a los labios para silenciarlo, pero él sigue hablando.

—Estoy muerto de miedo, vámonos Saúl. Estoy escuchando unos ruidos que voy a tener pesadillas un año entero. He venido por aquí porque me ha parecido escucharte, pero no me he caído en un agujero de milagro.

—*Sshhhh* hay alguien muy peligroso aquí dentro —susurro tenemos que salir de aquí ya.

—¡¿Qué?! No me digas eso Saúl que me cago.

—Paquito, tenemos que salir de aquí ya —le repito—. ¿Por dónde está la salida?

TREINTA Y SIETE

Sigo a Paquito, esperando que él esté mejor orientado en estos momentos. Sigo buscando a mi alrededor en la oscuridad, pero no veo ninguna señal de Héctor.

—He dejado mi paraguas por aquí, en algún lugar —dice Paquito caminando a lo largo de la pared cubierta de grafitis.

Que le den a tu paraguas estoy a punto de decir cuando noto un movimiento por el rabillo del ojo. Me giro y ahí está, cómodamente apoyado tras una de las ventanas del edificio, observándonos. El aire caliente entra en mis pulmones y lo suelto con un grito ahogado.

Ha debido de salir del edificio por la puerta de hierro en lugar de deambular por la oscuridad como yo. Simplemente ha dado la vuelta porque sabía que nuestros caminos se cruzarían en la entrada.

—¿Pero quién es ese tío? —pregunta Paquito volviéndose hacia él.

Antes de que pueda decir una palabra más Héctor levanta su pistola y apunta.

—¡No! —grito y al mismo tiempo se oye un estruendo tan fuerte que me zumban los oídos. Con un golpe sordo, Paquito se desploma en el suelo a mi lado. Lo ilumino con la linterna. No se mueve, veo sangre brotando de su estómago. Rápidamente vuelvo a enfocar a Héctor que ahora trepa por la ventana entrando de nuevo en el edificio. Mis piernas se mueven hacia atrás hasta que toco la pared. mi mente está completamente en blanco. No puedo respirar,

no puedo pensar, solo puedo sentir el miedo arrastrándose por mis venas.

—Si te digo la verdad Saúl, no me apetece matarte tan fácil. Prefiero darte de ostias —dice acercándose hacia mí guardando el arma en sus pantalones. Se está crujiendo los nudillos.

Tengo que salir de aquí, no quiero pelearme con este psicópata. Pero las ventanas están fuera de mi alcance mientras él está frente a ellas. Respiro hondo dos veces, intento coger impulso y vuelvo corriendo al pasillo atravesando la oscuridad.

—¡Puto cobarde tío! —se queja y comienza a dispararme.

Yo corro sin seguir una trayectoria lineal, cambiando de rumbo todo el rato para que no pueda alcanzarme. Le escucho refunfuñar. Deja de disparar, no puede tener balas infinitas. Comienza a perseguirme, justo lo que no quería. Oigo sus jadeos detrás de mí pero aumenta la velocidad y grita de euforia como un loco. Realmente, creo que disfruta persiguiéndome en la oscuridad. Siento su presencia a mis espalda como una ola que amenaza con arrollarme en cualquier momento. Tengo los músculos tensos, debería apagar la linterna por si vuelve a sacar la pistola pero necesito ver por dónde voy.

Me afono de correr, cuando siento que me arden los pulmones apago la luz y me escondo en una de las habitaciones apoyando la espalda contra la pared. Mi respiración agitada rompe el silencio. ¿Dónde está Héctor? Ya no lo oigo. Quizás ha vuelto a salir porque cree que voy de nuevo hacia la puerta de hierro.

Miro con cautela hacia el pasillo no veo nada. Pero al mover el haz de luz presiento que está aquí a unos metros de mí y apago la linterna de inmediato. Sus pasos se arrastran por el suelo, luego escucho un roce metálico, como si hubiera pisado una tapa de una botella, se me pone la piel de gallina y mi ritmo cardíaco sube a doscientas pulsaciones por minuto.

Intento avanzar de puntillas, tropiezo con algo en la oscuridad y caigo de rodillas en el suelo lleno de escombros.

El móvil cae a mi lado. Me agachó rápidamente para cogerlo pero una mano me agarra con una fuerza extrema de la nuca. Jadeo en busca de aire.

—Se acabó jugar al escondite— me susurra y tira de mí para ponerme en pie.

Respira entrecortadamente mientras me levanta. Me agarra con tanta fuerza, que siento como si me estuviera estrangulando. Lucho, pero por mucho que tiro de sus dedos para que me suelte, por mucho que le tiro patadas hacia atrás para darle en las espinilla, su agarre sigue siendo dolorosamente fuerte.

—Dime Saúl, ¿has encontrado ya a Ángela? —pregunta con un tono burlón.

Me cuesta encontrar las palabras, pero rodea mi cuello con su otro brazo y me ahoga. Por mucho que tire de su ropa, él me arrastra sin esfuerzo. Se me llenan los ojos de lágrimas, es inútil resistirme, tengo que conservar mis fuerzas. En algún momento me soltará y quizás pueda darle un puñetazo. Así que dejo que me arrastre hacia atrás por la oscuridad.

Entramos en una de las oficinas, dos ventanas dejan entrar algo de luz. Héctor se detiene y me obliga a arrodillarme y finalmente me suelta del cuello. Tengo que salir de aquí pienso, pero saca su pistola y me presiona el cañón en la frente, quita el seguro con un *clic,* un regusto amargo me recorre el paladar. Espero que dispare en cualquier momento.

Me estoy clavando algo en la rodilla, gimo e intentó alcanzar el objeto afilado que se me clava en la piel. Mis dedos rozan algo duro, es un fragmento de vidrio, intento agarrarlo con los dedos. El puñetazo que me da en la cara me corta la respiración. Cuando todavía no me he recuperado del primero recibo el segundo. Héctor me da una patada en las costillas brutal que hace que me tambalee hacia un lado. Aprovecho que estoy hecho una bola momentáneamente para arrancar de un tirón el trozo de vidrio clavado en mi carne, un instante de alivio me invade.

El trozo de vidrio es pesado, sólido. como si fuera el culo de una litrona. Con dedos temblorosos lo palpo y siento una punta afilada. Cuando intenta girarme para darme otro puñetazo en la cara le hundo la punta en la garganta con toda mi fuerza. Un jadeo profundo y animal se escapa de su boca.

Su sangre caliente empieza a resbalar por mis dedos. Con los ojos desorbitados intenta agacharse para coger su pistola del pantalón y yo le hundo con más fuerza el cristal que tiene clavado en la garganta. Se hunde tan profundamente, que su cuerpo se desploma sobre mí enterrándome por completo bajo él. Unos gorgoteos ahogados llegan a mis oídos y luego se hace el silencio.

Su sangre cae a chorros por mi clavícula y empapa mi pecho. Huele a metal y la sola idea de que sea su sangre la que me está empapando me dan náuseas. Me libero de su peso haciéndolo rodar hacia un lado.

Me incorporo un poco y me quedo sentado a su lado mirando su cuerpo inmóvil con asco. Estoy cubierto con su sangre caliente y pegajosa. Aunque no se mueva, estoy esperando que se dé la vuelta en cualquier momento para dispararme. Me levanto con cuidado, paso por encima de su cabeza y le doy una patada a la pistola para alejarla de él. La pistola se desliza en la oscuridad y aterriza debajo de una ventana.

Buscó su móvil en sus pantalones y me doy cuenta al sacarlo de que es mi móvil. Toco la pantalla rápidamente hasta que por fin se enciende la luz. Al iluminarse su cara medio sumergida en una enorme charco de sangre, tengo que convencerme de que está muerto.

Mientras miro su cara inexpresiva pienso en Paquito. Me levanto y corro a través del camino que acabo de hacer hasta llegar al enorme cuerpo de Paquito en el suelo. Corro hacia él y le iluminó la cara con la linterna.Tiene los ojos cerrados.

Me agacho y le tomo el pulso con dedos temblorosos, siento un movimiento. Está vivo.

—Paquito ¡estás vivo! ¿Me oyes? ¡Paquito! ¡Estás vivo! ¡Háblame! le digo dándole una palmadita en la mejilla.

Creo que no está muerto, pero está mal, tengo que llamar a una ambulancia.

Marco de inmediato el número de emergencias y espero a que alguien conteste. Una mujer responde y le digo dónde estoy y le comunico que estoy con alguien que ha recibido un disparo. La mujer me dice que la ambulancia está en camino y luego me indica que hacer. Sobre todo intenta que mantenga la calma.

Para lo que he vivido hoy, estoy sorprendentemente tranquilo en estos momentos, quizás estoy en *shock*. Siento como si toda esta situación me estuviera atravesando en estos momentos como un tren desbocado. Ahora soy consciente de que nada me había vuelto a afectar realmente desde la primera vez que estuve en este edificio y vi lo que le hicieron a Macarena. He estado todos estos años funcionando como un autómata, sin sentir nada de todo este dolor que ahora late tan fuerte en mi pecho.

Para mí pasa una auténtica eternidad antes de ver por fin parpadear las luces azules de la policía. Hacía tiempo que no me alegraba de verles. Dos ambulancias y dos vehículos policiales se detienen y tardan un poco en abrir las puertas del preventorio y entrar con los vehículos. Yo me quedo junto a la puerta haciéndoles señales con la linterna de mi móvil para que sepan a dónde tienen que venir. A partir de ahora, yo ya no puedo hacer nada más. Tendré que confesar lo que le he hecho a Héctor. He matado a un hombre, pero ha sido en defensa propia.

Los paramédicos atienden inmediatamente a Paquito, lo colocan en una camilla y con fuerzas combinadas lo sacan al exterior. Al ver mi sudadera empapada de sangre un paramédico me pregunta cómo estoy pero yo le digo que estoy bastante bien.

Mientras camino detrás de ellos hacia la entrada me encuentro con dos policías que me piden que los siga. Les digo que hay un hombre muerto dentro y que yo lo he matado. Siento un

horror insoportable al reconocerlo. Dicen que se encargarán del asunto y me meten esposado al coche policial.

TREINTA Y OCHO

Llevo unos días ingresado en la unidad de presos de un centro psiquiátrico. He permanecido sedado la mayor parte del tiempo, aunque también he tenido que enfrentarme a intensos interrogatorios por parte del inspector Laredo. Me ha hecho desgranar minuciosamente cada detalle de mi testimonio varias veces y me ha agotado con sus preguntas inacabables. También he estado hablando mucho con mi psiquiatra asignada, la doctora Sandemetrio. Es una mujer muy agradable y habla con mucha suavidad.

No me esperaba que Laredo y Sandemetrio me citaran de forma conjunta hoy. Desde el principio me ha parecido raro, pero cuando se han puesto a hablar, me he bloqueado totalmente.

—Escúchame Saúl —me pide Laredo— Sé que esto es complicado de entender, para mí también lo es, por eso he pedido la colaboración de tu terapeuta. Porque nos lo facilitará a ambos… Hace ocho años presenciaste un crimen horrible, una auténtica salvajada imposible de entender. Y además fuiste amenazado de muerte por Gabriel Silva. Nuestro psicólogo forense ha estado trabajando codo con codo con tu psiquiatra y parece que ambos están de acuerdo en que presenciar aquel crimen fue enormemente traumático para ti. ¿Verdad? —le pregunta a la doctora Sandemetrio, mis ojos se desplazan de Laredo a ella.

—Ajá. Tu subconsciente quiso protegerte de ese horror que viviste y lo reprimió. Por eso no te acordabas de nada relacionado con la experiencia de conocer a Gabriel a Macarena o Héctor. Tu cerebro bloqueó todos los recuerdos que tuvieran que ver con ellos. Ayudado por la circunstancia de que eran personas que habías

conocido durante muy poco tiempo —se toma un momento para ver si la estoy siguiendo—. Cuando volviste a ver a Gabriel en el lugar en el que trabajabas, tan fuera del contexto que habrías esperado, parece que se abrió una "puerta" en tu memoria permitiendo que algunos de tus recuerdos reprimidos afloraran. Sin embargo, esos recuerdos seguían siendo tan traumáticos para ti, que tu mente se protegió de ellos. Los disoció y separó los recuerdos del trauma, de tu personalidad normal.

No tengo ni idea de lo que está tratando de decirme.

—Lo que quiere decir —interviene Laredo que es un hombre un poco ansioso—. Es que cuando Gabriel Silva entró a La Lagartija hace unas semanas, desencadenó algo en ti. Una parte inconsciente de ti donde almacenabas la experiencia traumática, se separó repentinamente de tu personalidad. Y esa parte separada de tu mente creo a Ángela.

Niego con la cabeza.

—¿Qué? No. No empecemos otra vez con esto inspector. Ángela es real. La he visto, he hablado con ella, me ha mandado mensajes a mí y a otras personas que conozco.

—Hemos estado revisando todas las pruebas encontradas hasta ahora Saúl. Lo hemos revisado absolutamente todo y Ángela no aparece por ninguna parte. Los únicos indicios que tenemos de ella se pueden relacionar contigo, tus circunstancias y con un transtorno de la identidad disociativa.

Niego de nuevo con la cabeza.

—No puede ser. Ángela entró en mi apartamento, al menos dos veces.

—Lo hemos revisado —insiste Laredo.— No hay señal alguna de que nadie entrara a tu apartamento Saúl. Hemos revisado las huellas en tus escritos, también en la que le dejaron a tu jefa, a Lucía. Las únicas huellas que hemos encontrado son tuyas. No hay ningún indicio sólido de que entraran a tu apartamento la noche que

murió Gabriel Silva. Creemos que fuiste tú quien sacaste tus propias notas y la cadena de Macarena y las pusiste sobre la mesa. No digo que lo hicieras aposta o que debas recordarlo —contesta Laredo cuando me ve negar con la cabeza de nuevo—. Entendemos que es normal que no te acuerdes, porque la parte de ti que se había separado y creía ser Ángela, fue la que hizo todo esto mientras tú creías estar durmiendo. El forense me ha explicado que un solo estímulo basta para que esa parte de ti tome el control.

—¡Pero en Cerroverde sí que tengo pruebas de que entró en mi apartamento! Mi casero lo vio, y su hijo. Me invitaron a pasar la noche en su casa. ¿Mi casero también se imaginaba a Ángela?

—No lo hemos podido confirmar todavía —comenta Laredo molesto—. Pero tenemos motivos para sospechar que quien intentó entrar en tu apartamento aquella noche fue Héctor. Según nuestras investigaciones, tenemos indicios de que Héctor se puso nervioso con tu llegada al pueblo y te estuvo acechando todo el tiempo.

—¿Entonces me estás diciendo que tengo una enfermedad mental y veo a gente que no existe?

—No necesariamente va a ver a más "gente" —interviene la doctora—. Pero creemos que tú episodio disociativo puede estar estrechamente relacionado con Macarena Millán. Ángela podría ser una especie de proyección de Macarena. Una Macarena con más edad, como sería ahora si no la hubieran asesinado. Piénsalo. Ángela era rubia como Macarena.

—No tenían la misma cara —contesto de inmediato.

—Pero en realidad, las dos veces que te pedimos una descripción de los rasgos faciales de Ángela —interviene de nuevo el policía—. diste dos versiones bastante diferentes de ella. Como si no pudieras darnos sus rasgos físicos exactos. Y hemos comprobado que no tienes ningún problema a la hora de describir a otras personas que sí conoces. ¿Te acuerdas cuando te pedí que hicieras una descripción de tu madre y otra de Lucía? Esas las completaste de forma satisfactoria, pero no tienes la misma claridad sobre

Ángela, porque sus rasgos probablemente cambian cada vez que la imaginas.

—Pero algunos se mantienen —dice la psiquiatra—. Ángela era rubia como Macarena, tenía una altura descrita por ti muy similar a la de Macarena, y se llamaba Ángela. Cuando Macarena desapareció, llevaba una camiseta con el dibujo de un ángel en su espalda. Creo que tu mente escogió un par de rasgos de Macarena para crear tu imagen de Ángela.

Niego de nuevo con la cabeza.

—No, no lo veo.

El inspector Laredo resopla.

—La personalidad, o más bien las frases que nos has dicho de Ángela, concuerdan con lo que sería la supuesta respuesta de Macarena a día de hoy. Lo de que le tenía miedo de Gabriel Silva, que quisiera que pagaras por lo que habías hecho, que te considerara un asesino… Son rasgos que tú podrías atribuirle. Tiendes a culparte por lo que les pasa a las personas que están a tu alrededor, probablemente piensas que Macarena te culparía a ti también. Porque tú le presentaste a Gabriel y Héctor según tu última declaración. Ángela también te dijo, que el cazador había sido cazado. Todavía estamos empezando la investigación sobre Gabriel Silva y Héctor Expósito, pero tenemos motivos para sospechar que son depredadores sexuales en serie y que Macarena no es tampoco su única víctima mortal. Estamos examinando a fondo los ordenadores de Héctor y Gabriel porque les gustaba grabar lo que hacían. Puedo adelantarte que el departamento encargado de visualizar esos vídeos ya ha comenzado a buscar en el archivo de mujeres desaparecidas, coincidencias en la última década.

—Pero hay gente que me dijo que sí que sabía quién era Ángela. Héctor, por ejemplo.

—Sospechamos que te siguió la corriente para despistarte —replica de inmediato Laredo—. Hemos hablado con su viuda y nos

ha confirmado que ella no conocía a Ángela y tampoco había escuchado nunca ni a Héctor ni a Gabriel nombrarla.

—Tony, creo que Tony la conocía. Ángela mató a Tony inspector. No puede ser casualidad. La vi cerca de su casa el día en el que él murió. Y después cuando llamé a Tony aquella tarde, escuché claramente la voz de Ángela diciéndome que ya no iba a tener tiempo para hablar con él.

La psicóloga afirma con la cabeza.

—Los fenómenos auditivos son habituales Saúl. Creo que el aviso que recibiste de Ángela en aquella ocasión, era tu propio inconsciente avisándote de la gravedad del estado en el que se encontraba tu amigo.

—La autopsia ha revelado que Antonio Moreno murió de sobredosis —dice Laredo.

—¡Pero Ángela pudo inducirle a que se tomara una dosis extra! ¡Ella pudo incluso pincharle una dosis mortal de la droga!

El inspector Laredo frunce los labios.

—Por poder, todo puede ser en esta vida. Pero tu amigo había ingresado al hospital muchas otras veces por sobredosis. Esta vez no tenía por qué ser distinta.

—Fue distinta, porque justo fue esa sobredosis la que le mató y no otras —apunto yo.

—Cierto —confirma la doctora—. No todas las sobredosis son mortales, pero todas son muy peligrosas. Es posible que el volverte a ver después de tantos años, despertara en tu amigo la sensación de que tenía algo que celebrar y lo hizo aumentando su dosis. No es culpa tuya, entiéndeme, tú no tienes nada que ver con lo que hizo. Las personas con un cuadro de adicción como el de tu amigo tienden a subir sus dosis a menudo. A veces es por felicidad, otras por tristeza. El motivo no importa, es la mala regulación de sus emociones lo que les lleva a aumentar la dosis a niveles peligrosos.

—Pero… entonces… Si Ángela no existe y es una parte de mi inconsciente quiere decir que… ¿yo maté a Gabriel Silva según vosotros?

Niego con la cabeza. No puede ser. No puedo haber olvidado algo tan brutal y reciente como eso.

—Lo hiciste en defensa propia, al menos por ahí irá tu estrategia de defensa cuando tengas que sentarte ante el juez— comenta Laredo—. Cuando apareció Ángela y te preguntó cómo matarías a un hombre tan grande como ese no fue una pregunta morbosa, fue una pregunta de supervivencia lanzada por tu propio inconsciente. Nuestras investigaciones parecen indicar que Gabriel Silva fue a Málaga con motivo, si no de asesinarte, al menos a silenciarte de alguna manera. Ya te había amenazado de muerte en el pasado, así que tu reacción, por extravagante que fuera, entra dentro de lo que consideramos en criminología defensa propia. Sentiste que tenías que actuar rápido para protegerte. Si le dejabas dar el primer paso a él estabas perdido, porque él sí estaba familiarizado con la violencia. Consideraste que tenías que acabar con él antes de que acabara él contigo pero como no soportabas la idea de matar, dejaste que Ángela lo hiciera por ti y cargara con el peso de la culpa.

No puedo decir nada porque tengo la mente en blanco. Me cuesta entenderlo. Me cuesta creer que mi cabeza pueda crear personas de apariencia real que hablan, se mueven y actúan como personas distintas a mí. Pero sobre todo me cuesta creer que yo maté a Silva, e incluso estuve dispuesto a dar el primer paso. Aunque ahora que he recuperado mis recuerdos, una parte de mí me dice que si volviera atrás, a la misma noche en La Lagartija, volvería a actuar igual incluso de forma consciente. Al fin y al cabo lo hice con Héctor, por qué no iba a hacerlo con Gabriel si mi vida estaba en juego.

La psiquiatra coloca su mano sobre la mía con suavidad.

—Saúl, ¿sabes dónde vive Ángela?

—No.

—¿La has visto alguna vez en fotografías o vídeos?

—No.

—¿La viste hablar con alguien más aparte de ti?

Pienso en la primera vez que la vi en el bar. Recuerdo que Gabriel Silva no paraba de mirarme a mí, a pesar de que ella se sentó muy cerca de él y no paraba de observarle. Recuerdo con claridad que Gabriel Silva no la miraba, con lo rara que era. Solo pareció mirar a su mesa cuando yo puse un vaso de *vodka* delante de ella. Un vaso que Ángela no llegó a beberse…

Al final va a ser verdad que Ángela no existe, ¿estoy así de loco?

EPÍLOGO

Hoy me han dicho que tengo visita y me han acompañado a una habitación con un par de sillas. No espero que sea mi madre pues he hablado esta mañana con ella por teléfono y no me ha dicho que fuera a venir.

Me siento y espero hasta que la puerta se abre. Me sorprendo al ver que es Lucía. El personal de enfermería nos deja a solas, pero se mantienen tras la puerta por si hubiera algún problema.

Me levanto, nos abrazamos y siento que he echado muchísimo de menos estos abrazos.

—Hola —le digo repentinamente avergonzado de estar donde estoy.

No sé ni qué aspecto debo tener, porque en este sitio no tienen espejos. Pero me imagino que tengo el aspecto de una persona que está encerrada en el ala de presos de un psiquiátrico. Me siento como un tonto con mis pantalones de chándal grises y mi sudadera holgada.

—Me han dicho que Ángela no existe —le anuncio por si todavía no se ha enterado.

Ella sonríe con timidez y asiente con la cabeza.

—Lo sé, tranquilo, me lo han explicado todo. ¿Tú cómo estás?

—No muy bien —le digo, se me han quitado las ganas de mentir. A partir de ahora solo la verdad, por amarga que sea.

—Lo siento mucho —dice acercando su silla a la mía y cogiendo mi mano—. Me ha dicho tu psiquiatra que hay algo que tienes muchas ganas de preguntarme.

Afirmo con la cabeza.

—Quiero saber por qué estabas en Cerroverde hace ocho años en aquella carretera. Y también quiero saber si conocías a Macarena Millán.

Esta vez es ella quien afirma con la cabeza.

—Fui a Cerroverde desde Málaga porque conocí por internet a un chico y empecé a salir con él. Yo creía que lo que teníamos era especial. Estuvimos saliendo medio año y a veces venía él y otras iba yo. En verano me dijo que eran las fiestas patronales de su pueblo y me invitó a ir allí a pasar unos días. Ese hombre era Héctor.

Yo alzo las cejas horrorizado. No me puedo creer que Lucía haya estado con ese psicópata o haya tenido buenos sentimientos hacia él.

—Lo sé, yo tampoco me lo explico—dice como si me hubiera leído el pensamiento—. Pero es que él se mostraba como un tío encantador. Me da vergüenza reconocerlo, pero creo que llegué a estar incluso enamorada. Supongo que tiene una doble cara increíble. He conocido a su viuda. Pobrecita, parece tan normal y se la ve tan triste…La cuestión es que cuando fui a pasar unos días en Cerroverde con él y vi de cerca cómo era su ambiente… Vi que sus amigos eran un grupo de chuloplayas que se dedicaban a acechar a chicas, a tomar drogas y trapicheos ahí se me calló un poco la venda. Una de las chicas que conocí en las fiestas, me comentó que a Héctor se le veía con otras chicas por el pueblo. Me di cuenta de que estaba haciendo la tonta con él, cogiendo un coche durante seis horas solo para ver a un sinvergüenza que a la cara me decía que él no tenía ojos para ninguna más…

Lucía hace un gesto de autoburla, como si no pudiera creer lo inocente que era.

—En resumen, el último día de fiestas me di cuenta de que eso no iba a ninguna parte así que lo confronté. Le dije que quería dejarlo y que me iba a ir a Málaga ese mismo día. Él me empezó a insistir con que me quedara una última noche, que iba a haber una fiesta increíble en el preventorio de las afueras del pueblo…

Abro muchos los ojos.

—No…

Ella afirma con la cabeza.

—Sí, parece que me libré por poco. Pero yo le dije que no, le dije que me iba a volver a Málaga esa misma noche y que me dejara en paz. Lo que pasa es que yo en las fiestas conocí a algunas personas que me habían caído bien. Me hice amiga de un grupo de chicas, y estuve con ellas en la plaza hasta que se hizo el castillo de fuegos artificiales que daba por terminadas las fiestas. Canté el himno de vuestro pueblo con el resto de vecinas y di por terminadas mis fiestas patronales. Lo que pasa es que yo no tenía hotel en Cerroverde donde pasar la noche, porque me había estado quedando en casa de Héctor. Así que pensé conducir hasta Málaga. Antes de irme, se me pasó por la mente pasarme por el fiestón ese que decían que iba a haber en el preventorio. Quería ver si lo pillaba con alguna y podía gritarle a la cara de nuevo lo hipócrita que era. La cosa es que puse en el GPS la dirección del preventorio y fui hasta allí. Pero cuando vi la clase del lugar que era dije: aquí no entro yo ni de broma vamos. Y ni me detuve, seguí conduciendo. Seguí conduciendo por una callecita pequeñita que no sabía a dónde daba hasta que me encontré un chiquillo muy mono que andaba solo por la calle a altas horas de la madrugada — me dice sonriendo con timidez—. ¿Te suena?

—Me suena —le digo devolviéndole la sonrisa—. Gracias por aclarármelo. Eso me estaba volviendo loco, la foto en la que te vi con Macarena me pareció… surrealista. Aquello casi me hace descender a la locura también.

—La verdad es que no recuerdo haber hablado con Macarena. Estuve con un grupo muy grande de chicas toda la noche, quizás Macarena estaba entre ellas pero no lo recuerdo bien. Ojalá no se la hubieran llevado esos desgraciados.

Lucía me aprieta la mano.

—He hablado con tu madre, ¿sabes? Nos hemos caído muy bien. Me ha dicho que va a venir a visitarte todas las semanas y que está muy enfocada en tu recuperación y en la preparación de tu defensa… Va a estar a tu lado y yo también voy a estar aquí para ti Saúl, no te voy a soltar en ningún momento.

Sus palabras y su mirada van directas a mi corazón.

—Pero Lucía… si yo ni siquiera sé cuándo voy a salir de aquí. No sé si voy a ir a la cárcel, no sé si van a dejar de aparecer personas que no existen en mi cabeza o cosas peores. Soy un asesi…

Ella me tapa la boca con la mano para que no lo diga.

—¡Calla! Por favor eh Saúl.

—Solo lo digo porque ahora mismo soy una carga, y no quiero ser una carga para ti. Bastante me has ayudado ya en la vida como para que tengas que aguantar también esto... Deberías seguir con tu vida.

—Hombre claro que voy a seguir con mi vida, por supuesto que sí. Lo único es que espero que tú continúes estando también en ella. ¿O es que tú te piensas que puedo llevar yo sola la gestión de todo? Pues no. Como jefa tuya, que sepas que sigo contando contigo para que vuelvas a tu puesto de trabajo cuanto antes. He estado hablando con tu abogado y va a ir a por tu absolución, cree que tienes muchas posibilidades, especialmente si en la investigación que están haciendo ahora a Gabriel y Héctor salen más víctimas, quedará sobradamente probado que tú no podías hacer otra cosa que no fuera defenderte de esos dos. Así que vete preparando… que cualquier día te vuelves a Málaga.

Yo miro a Lucía alucinado.

—¿De verdad piensas que voy a salir de aquí pronto?

—Tú lo único que tienes que hacer, es hacer caso a todo lo que te digan los terapeutas y tratar de curarte.

—¿Y qué pasa si tardo veinte años en curarme? —le pregunto con una sonrisa.

—Pues que me tocará esperarte durante veinte años —dice apretando mi mano con fuerza.

FIN

Querido lector/a, gracias por haberme acompañado hasta el final de esta historia. Si te ha hecho pasar un buen rato, te agradecería que me dejaras tu valoración del libro en Amazon y que me contaras qué te ha gustado de esta historia. Con tus valoraciones ayudas a que el libro llegue a mucha más gente. Puedes hacerlo, escaneando con tu móvil este código QR que te dejo aquí, y que te lleva directamente al lugar indicado:



También puedes encontrar en Amazon y leer si aún no lo has hecho mi primera novela: Pregunta por Claudia, un thriller psicológico-policial.

Y si te has quedado con ganas de más, no te vayas muy lejos. Porque en agosto saldrá a la venta mi tercera novela en Amazon. Pero para no perderte nada, puedes seguirme a través de Instagram y Tiktok.

En ambas cuentas me encontrarás como @a.g.soriano

¡Nos vemos pronto entre páginas! Gracias y un saludo.

A.G. Soriano